

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE

MISTERIO Y TERROR





Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 38.060-1981.
ISBN: 84-7526-009-8.

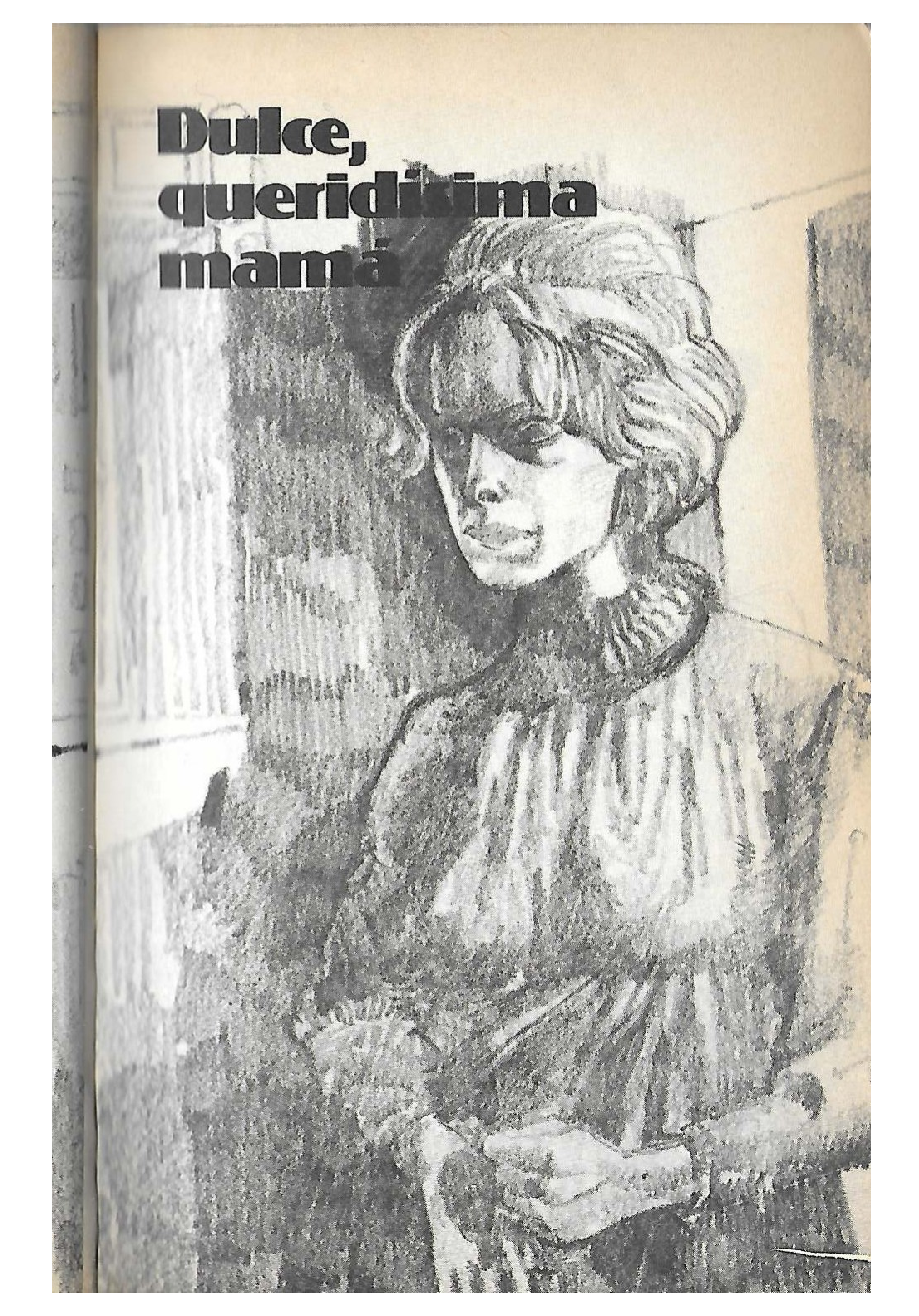
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO



Dulce, queridísima mamá



Dulce, queridísima mamá

Juan Tébar

¿Dónde nace el horror? ¿Cuál es la fuente primigenia de ese escalofrío incontrolable que nos atenaza en la butaca de un cine o frente al receptor de televisión? ¿Cómo descubrir el origen del pánico que dio lugar a nuestra película de terror favorita...? Usted, lector amigo, recuerda seguramente «La Residencia», aquella película de Chicho Ibáñez Serrador que le hizo perder el sueño... Pues bien, el detonante de aquel film de éxito es este relato inédito que, a continuación, les ofrecemos. En él se basó «La Residencia».



AMÁ se va a enfadar. Hace calor aquí y hay demasiadas moscas. No le gustará este sitio, a ella tan cuidadosa y tan pulcra. A mí tampoco me gusta este olor ni este agobio, pero no hay otra forma de hacer lo que hago ni otro sitio que no visite nadie y del que yo pueda guardar la llave. No hay otro sitio mío aparte de mi habitación.

Cuando Mamá pase por mi habitación y no me encuentre, ya la veo intentando dominar ese brillo furioso que le aparece en los ojos al irritarse. Son las diez, hace una hora que todas las internas se habrán acostado y mi obligación es no salir del cuarto, estar siempre allí, no exponerme a corrientes de aire que según el médico podrían ser fatales, o a encuentros que Mamá no aprobaría, porque desde que me trajo aquí para que reposara y pudiera aliviarse mi enfermedad me dijo bien claro que no debía relacionarme bajo ningún concepto con las chicas. Mi obligación, pues, es hacer caso a Mamá, que sabe lo que me conviene, esperar dibujando a que ella venga a darme las buenas noches y sonría y se acerque a mí y ponga sus manos en mis hombros y nos vayamos a sentar los dos en el diván

tan grande como una cama, y yo coja sus manos y ella me mire dulcemente. Pero no estoy. Mamá se va a enfadar muchísimo. Y este sitio, cuando llegue, no le va a gustar. Pero yo le explicaré. Le explicaré todo y ella entenderá, porque realmente no he hecho otra cosa que seguir sus consejos.

Una de las moscas sube por un dedo y se ha metido debajo de una manga del vestido malva de Mamá. A ella le gustará, estoy seguro, volver a ver su vestido malva de tardes antiguas. Me siento a esperarla. Más tarde o más temprano ella vendrá a donde estoy.

El enfado será mucho mayor si ha descubierto antes la cama vacía de la chica, porque ella tenía que estar ya en el dormitorio general con las demás internas. Mamá es muy estricta con las chicas del colegio, más aún que conmigo porque Mamá es la Directora, no es su madre. El reglamento del colegio es de hierro y Mamá lo exige a rajatabla. Sobre todo después de las desapariciones.

A Mamá no le gusta ni siquiera que mire de lejos a las internas, y mucho menos que las hable. Ella comprende que soy mayor y que me gustan las chicas. Precisamente porque lo comprende le preocupa y estrecha su vigilancia. Cuando descubre que me he fijado en alguna del Colegio —y siempre lo sabe— habla conmigo de ello pero sin referirse directamente a ello. Como los dos nos conocemos bien, los dos notamos de qué me habla, aunque ninguno de los dos reconocemos que se trata de esa chica —la que sea— a la que he mirado ya más de una vez con especial curiosidad. Mamá se pone triste, me acaricia y me pregunta si no la quiero. Me duele que lo dude porque yo quiero a Mamá más que a nadie en este mundo y sé que ella me quiere igual o quizá mucho más. Pero ella piensa que yo puedo olvidarla por cualquier chica del Colegio (unas veces por aquella, otras por ésta...) y procura convencerme de su amor como si yo no lo estuviera y resulta penoso que ella

se esfuerce tanto en demostrarme lo que sé, cuando yo la adoro y no debía dudar de mí de esa forma que incluso la humilla al decirme, casi temblando (ella, que se comporta tan cruel y tan dura con las chicas) «No encontrarás ninguna otra mujer que te quiera como yo... Desconfía de ellas, las mujeres engañan siempre y no debes caer en sus trampas. No debes creer en su amor, que sólo pretende utilizarte para su provecho, alejándote de mí, que te quiero de verdad, sin egoísmo... No debes engañarte confiando en que tus deseos te puedan llevar más que a su mera satisfacción, que sirve para muy poco... No debes buscar nada distinto de tu madre. No debes...» Yo la beso y saco alguno de mis últimos dibujos para que lo vea y paso mis dedos por su cabello y ella se abandona sin disgusto aunque siempre procura estar bien peinada y una de sus mayores preocupaciones es aparecer siempre elegante y perfecta ante las internas o las celadoras y no digamos ante los padres o los tutores que traen a las chicas y se marchan y generalmente se tarda mucho en volver a saber de ellos si se sabe...

Cuando Mamá descubrió que Marta se veía conmigo después de la última campana, Marta se asustó mucho y quería escaparse del colegio, aun sabiendo lo difícil que es, con las vigilantas y los perros y lo lejos que está del pueblo y además a dónde iba a ir si casi todas las chicas están aquí porque nadie las quiere.

Mamá tampoco me dijo nada concreto esa vez, y cuando no se volvió a saber de Marta y hubo sonrisas de comedor y cuchicheos de dormitorio pensando que había conseguido escaparse, Mamá redobló sus cuidados y trajo al médico (que no solía venir porque las enfermedades de las chicas se curaban con purgas que hacía la cocinera) y los dos me recordaron que yo debía permanecer todo el día en la cama y vigilar las manchas en el pañuelo cuando tosía y que Mamá le avisara si mis eyaculaciones nocturnas eran muy frecuentes y que no leyese mucho y comida especial para mi estado y nada de quedarse despierto hasta

tarde y Mamá a veces me preguntaba los sueños y se ruborizaba al contárselos. Yo sabía que ella venía a mi cuarto tantas veces, ahora más que antes, no sólo para cuidarme sino para vigilarme. A pesar de todo, lo de Julia pasó casi desapercibido, pero yo creo que Mamá debió sospecharlo aunque no tenía pruebas porque si no su mirada de triunfo cuando Julia desapareció no hubiera sido lógica, sobre todo porque las sonrisas y cuchicheos fueron más frecuentes. Al menos eso me dijo Laura.

Lo de Laura y lo de María fue casi seguido.

Ahora parece que entra un poco de aire y es que he dejado la puerta entornada y quizás alguien, seguramente Mamá, está sobre la pista y ha abierto alguna de las puertas que lleva a alguno de los pasillos que lleva a dónde yo estoy. La puerta no está cerrada porque la espero. Tiene que encontrarme y cuando le explique lo que hice me comprenderá y volverá a besarme incluso en los labios, como nos gusta aunque a veces Mamá no se atreve. Acaricio el pelo un momento para que ella se lo encuentre bien cuando venga. La preferirá peinada.

En cuanto no se volvió a saber de Laura, ya nos citábamos María y yo a escondidas cada noche, cuando los árboles fuera se quejaban porque estábamos en pleno invierno. Nevaba casi todos los días, y por aquel entonces, a pesar de las frecuentes reuniones en la capilla preparando la Navidad, que debían dar a las internas una paz interior, las chicas habían empezado a preocuparse por las desapariciones. Mamá seguía evitando el tema conmigo. Solía estar más pálida que de costumbre y seguramente más nerviosa aunque ante mí procurase parecer más serena que nunca. Pero yo estaba enterado que circulaban teorías entre las chicas respecto a Marta, a Julia y a Laura y que en los dormitorios, antes de la primera campana de las cinco, seguían cuchicheando desveladas pero ya no creían que se hubieran escapado sino otras cosas, y las internas tenían miedo de Mamá. Las caricias de ella eran entonces más profundas y más

largas y me miraba despacio los ojos y la boca. Estaba preocupada y yo quería decirle que no, que todo iba bien, que no temiera ninguna cosa que pudiese alejarnos. Ella me besaba y estábamos mucho tiempo juntos y yo no le decía nada porque creía que ya ella notaba en mí lo que necesitaba notar. Ultimamente ni siquiera le enseñaba los dibujos. Sólo hablábamos, al final, de mi tos y mis dolores de cabeza y mi ahogo en el pecho y ella decía que iba a curarme pronto. Mamá hacía planes para cuando yo estuviese bien del todo y a veces, no siempre, ella volvía a decirme que lo que yo necesitaba, ella lo comprendía, claro, era una mujer, pero una mujer como ella. Mamá se expresaba como si hablase con un niño pero yo entendía mejor que si fuera ese niño que ella cree porque me gustaban los cuerpos de las chicas aunque de Julia me gustaron los ojos más que nada, y de Laura los labios y ahora María tenía ese pelo bellísimo... Estábamos de acuerdo en el fondo. Los dos sabíamos lo que me conviene.

Ahora, sin embargo, va a enfadarse y quizá no pueda dominar ese brillo furioso en los ojos. Sí, va a enfadarse mucho descubriendo que María no está en su cama y que yo no estoy en mi cuarto. Sin alarmar a nadie, sin producir escándalo en el colegio, recorrerá el edificio, todas las clases, la cocina —donde estará ya dispuesta la olla que se encenderá para el desayuno con el mejunje que las chicas dicen que tiene azufre para quitarles el apetito— el comedor, la sala de música, los lavabos, y acabará llegando aquí, donde yo estoy esperándola y cuando me vea sonreír iré para calmarla. Sonrío.

Sí, Mamá tiene ese brillo en los ojos. Está despeinada y ha debido ir también fuera, al patio, porque trae un poco de nieve en la cabeza y en los hombros. Nerviosa. Aspira el aroma podrido de este lugar y si no la conociera tan bien diría que tiene miedo. Ahora ha dejado de mirarme. Mira a María.

«Mamá, ya la tengo, ya he encontrado a esa mujer igual que tú, ya la he conseguido, supe hacerlo».

Mira a María. Yo también, acercándome a Mamá para los dos mirar igual, de la misma forma, desde el mismo sitio. Acaricio su pelo, cojo su mano y la acerco hasta el pelo de María.

«¿No es igual que el tuyo...? Fue casi lo más difícil de encontrar».

Zumban las moscas y Mamá se separa de mí cuando yo le enseño muy de cerca el cabello de María. Un hermoso cabello como el suyo, cabello largo, fuerte, que ahora tiene todavía sangre y un poco de piel cuando lo cojo y se lo llevo a ella, que retrocede hacia la puerta.

«¿No te gusta...?»

Mamá se lleva las manos a su propio cabello. Y mira, aunque no quiere, el cuerpo depositado en el suelo, ahora calvo mientras tengo yo el pelo en mis manos, el cuerpo con el vestido malva de Mamá que ella usó en viejas fiestas algunas tardes antiguas con algunas personas quizá muertas... El cuerpo ideal que he hecho yo con otro cuerpos imperfectos.

«Ya sé. No te parece idéntico. Pero es casi igual. Casi tú... Tus piernas son más delgadas que las de Julia, pero los ojos son casi exactos... Y los labios de Laura... Los dientes de Marta, míralos, parecen perfectos... Y con el pelo ahora... Es lo más casi tú...»

Mamá hace un gesto. Nunca he visto ese gesto en Mamá. Es gesto de querer librarse de mí. No dejo que se vaya, la cojo del brazo, la traigo hasta el cuerpo, los trozos de cuerpos, espanto las moscas. Quiero que la toque, que acaricie el vestido malva. Vuelvo a colocar el pelo de María, reciente su sangre. María, muerta y sin pelo, aún está junto a la estufa, no quiero quemarla hasta no asegurarme que no hay otra cosa de ella que me sirva para completar la otra, casi Mamá. Ahora ya no tendré que mirar a las chicas y estará contenta porque ahora ya tengo a la otra y Mamá ve que es como ella, que me he esforzado en conseguirla y aunque necesito cada vez más una mujer y no me puedo aguantar sin tenerla «yo nunca me

habría conformado con una que no se pareciese a tí...» Le digo con toda sinceridad.

Mamá tiene abierta la boca pero no dice nada, abre sólo la boca sin voz, con ruido raro, algo que suena roto, a graznido como cuando yo mataba a Marta, a Julia, a Laura, a María. Mamá retrocede otra vez y no parece conocer ese vestido suyo malva con el que la otra parece tan ella, aunque a lo mejor lo considera un vestido antiguo y preferiría vestirla de otra manera más seria o más a la moda. No tengo la culpa si no he acertado en lo del vestido, esas no son cosas de muchachos.

«Tú enséñala a coser y a tener tu seguridad en todo y a ir bien peinada y a leer poemas y a vestirse y a tocar el piano y a caminar como tú...»

Mamá parece que intenta irse pero no se irá.

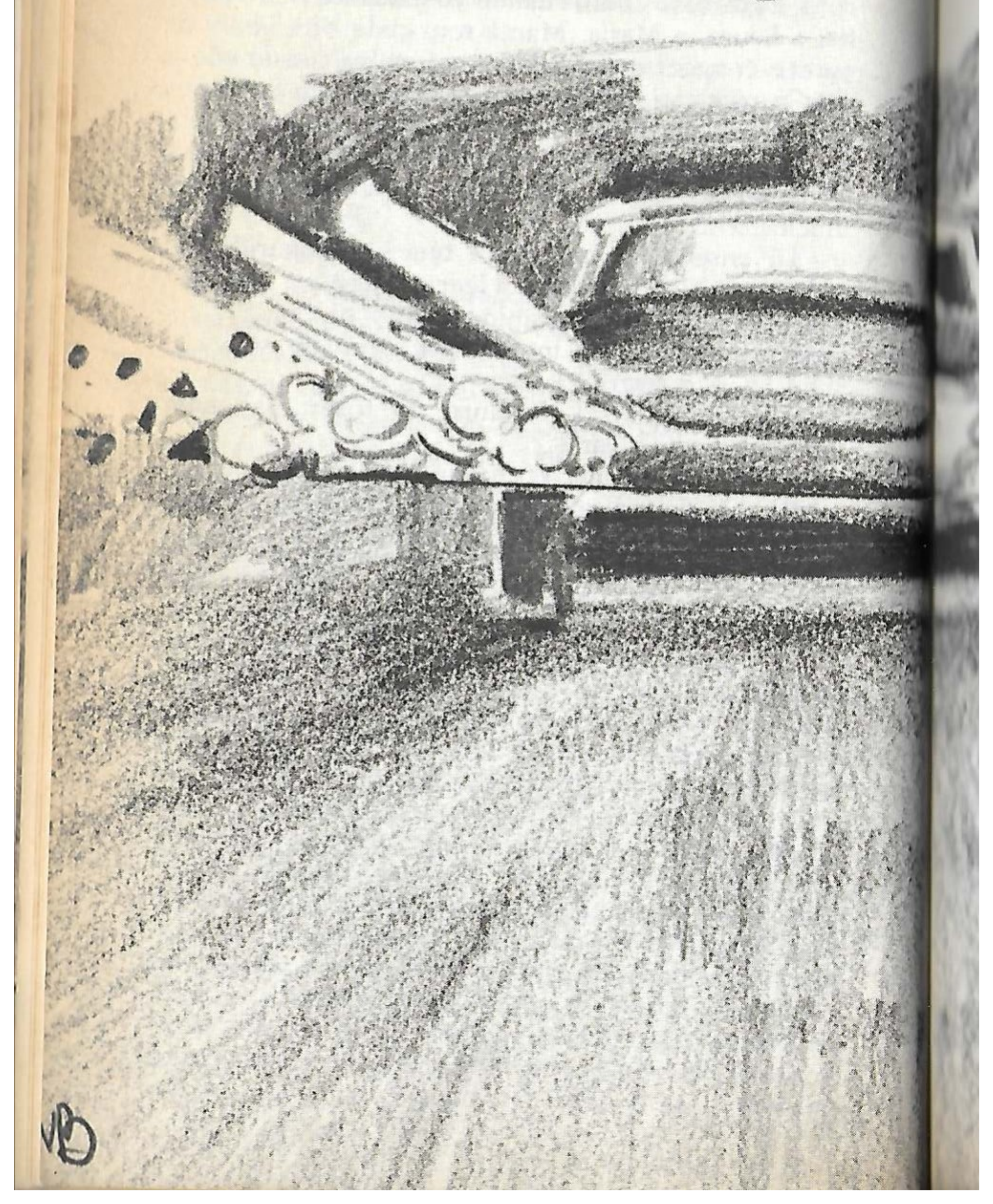
«... Y a quererme».

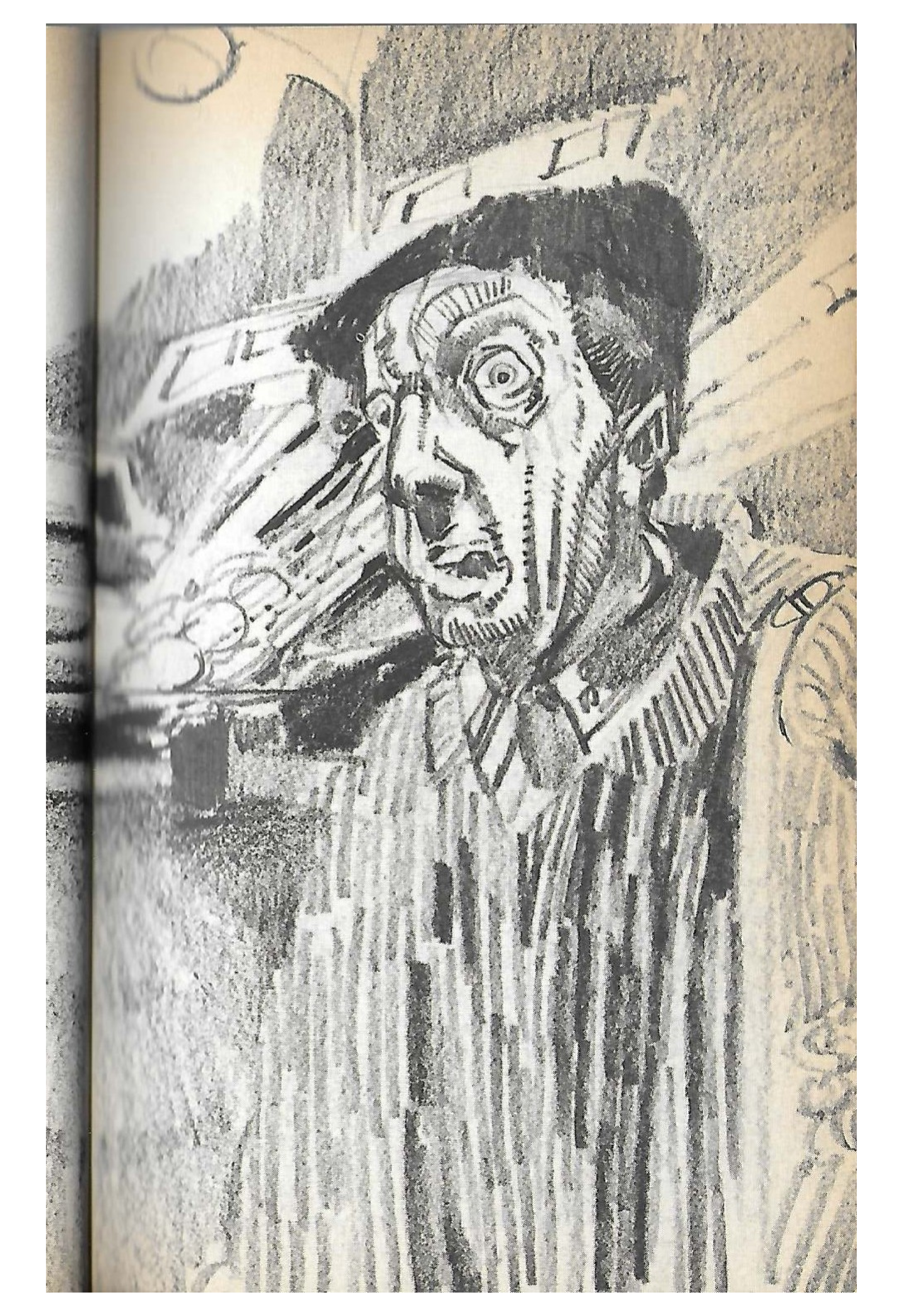
La sujeto. Sonrío. Procuro no toser, hay tanto polvo en este lugar...

«Quédate con ella y enséñaselo todo».

Me voy. Cierro la puerta por fuera. Sólo yo tengo la llave.

El largo viaje

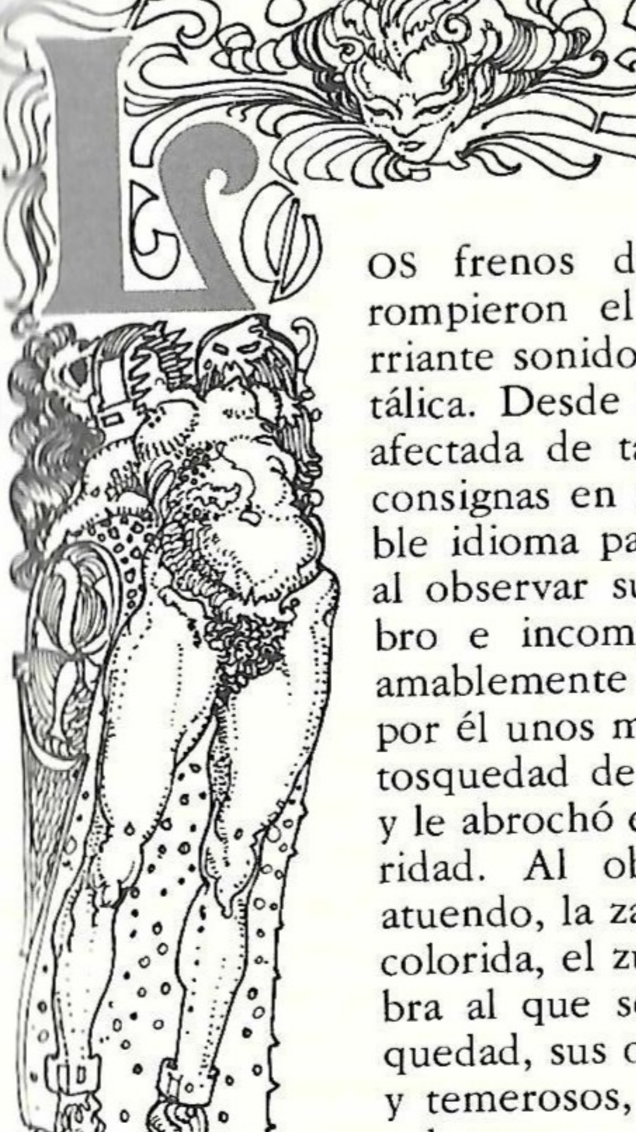




El largo viaje

Fernando Martín Iniesta

Le habían asegurado que allí, al otro lado del Océano, le esperaban el bienestar y la riqueza. A nadie, sin embargo, se le ocurrió advertirle que para conseguir ambas cosas tenía que sumergirse en el terror de lo desconocido. Parecía tan simple, tan cotidiano...



LOS frenos del potente avión rompieron el aire con el chirriante sonido de una sierra metálica. Desde la cabina, una voz afectada de tan amable, dictaba consignas en aquel incomprensible idioma para él. Una azafata, al observar su mirada de asombro e incomprensión, le quitó amablemente el cigarrillo liado por él unos minutos antes con la tosquedad de sus gruesos dedos y le abrochó el cinturón de seguridad. Al observar el extraño atuendo, la zamarra de pana descolorida, el zurrón de piel de cabra al que se aferraba con terquedad, sus ojos, entre infantiles y temerosos, estuvo a punto de soltar una carcajada. Pero el olor a ovejas que desprendían aquellas ropas, olor que pese al tiempo y a la distancia que le separaba de sus rebaños, no había logrado perder, le hizo mirarle casi con compasión. Compasión que él acostumbrado a leer en los ojos de los animales, agradeció sumisamente. Sabía que aquella forma de mirar nunca la tendría el lobo, único enemigo implacable que había conocido en las montañas y en las aldeas. Y él, estaba necesitado de que le mirasen de aquella manera, que le tendieran con los ojos, ya que

no con las manos, un puente de comprensión en aquel viaje a lo desconocido. Su mirada, como única y muda respuesta, encerró todo el agradecimiento de un niño al que intentan desterrar sus injustificados miedos.

Introdujo su callosa mano en el zurrón y agarró aquel trozo de papel donde con signos para él ininteligibles, estaba escrito, por si algo extraño le sucedía, la dirección en Reno de su primo Chistu, quien con holgadas promesas de riqueza —para él un sencillo trabajo como pastor, si estaba bien pagado ya era síntoma de riqueza— le había hecho nacer la tentación de cambiar sus montañas y sus ovejas por las de aquel desconocido país. Por si la seguridad que le daba aquel papel fuese poca, se contempló la tarjeta que, cogida por un imperdible, llevaba en su zamarra. Al mirarla, al comprobar que seguía en su sitio, respiró aliviado. Al mismo tiempo palpó la bolsa de tela cosida al forro de la prenda, donde llevaba el escaso dinero que había podido juntar ya que el viaje se lo había pagado su primo; dinero que no esperaba tener que utilizar, ya que, según le había escrito Chistu, le estaría esperando en la Terminal y se encargaría de todo hasta que cobrase su primer sueldo. Aquella palabra «Terminal», la había grabado en su memoria gráficamente. Se la había escrito, y él, trazo a trazo, la había aprendido. Más que aprendido, ya que era imposible descifrar su significado y el sentido de las letras, la había marcado en su mente. «Terminal» era la otra tabla de salvación que le daba seguridad. «Tú pregunta por la Terminal», le había dicho. Pero él, con esa ingenuidad infantil que cobijaba en su corpachón de hombre elemental, no dudaba. Si su primo Chistu le había escrito que estaría esperándole, le estaría esperando y, una vez con él, solamente le restaba dejarse llevar porque donde le llevaría era a un mundo conocido, el único que conocía: las montañas, las ovejas y el cielo estrellado que él pensaba que era igual en todas partes, aunque acaso los lobos abundasen más que allá en su tierra. Pero no los temía, se

había enfrentado en más de una ocasión con una manada y sabía defenderse y defender su rebaño, incluso con la navaja cabritera que siempre llevaba consigo y de la que no se había desprendido ni siquiera en aquel viaje, a falta de otras armas más eficaces. No era un cobarde y le gustó recordarlo en aquel momento en que las correas del cinturón de seguridad le inmovilizaban en el asiento. Al volver a contemplar la hilera de butacas vacías entorno suyo recordó que cuantos viajeros se habían sentado a su lado se habían marchado a los pocos minutos, después de una conversación gesticulante con la azafata en aquel idioma extranjero que parecía brotar a gritos y del cual nunca pudo entender nada. Sabía de las distancias sociales existentes allá en su tierra y comprendía que aquellos hombres, elegantemente vestidos, con los que compartía el vuelo, no aceptaran sentarse con una persona humilde como él: un pobre pastor. Nunca adivinó, lo que le hubiera herido profundamente, que aquel rechazo se debía al olor que desprendían sus ropas, pese a ser las más nuevas que tenía y que únicamente usaba cuando, cada dos o tres semanas, bajaba desde la tierra de pastos hasta la aldea. Aquel camino, siempre hecho a pie, era el único que conocía hasta que emprendió aquella aventura. Todavía recordaba la sensación de temor y el deseo de huir que sintió al subirse al autobús que le conduciría hasta la estación del ferrocarril. La estrechez del asiento y el zumbido del motor, pese a haberlo oído con anterioridad, le crearon una sensación de ahogo que tuvo que vencer, más por orgullo que por valentía. Pero en aquel trayecto, así como en el viaje en tren hasta la capital, fue acompañado de Chiki, hombre acostumbrado a estos avatares, quien le tranquilizó compartiendo con él viandas y vino. El traqueteo del tren casi le adormeció. Sin embargo, sorprendido por cuanto veía, con infantilismo que no disimulaba, fue señalando a Chiki, sin escatimar gestos de admiración, la rapidez con que cruzaban los árboles, los andenes de las estaciones, la llanura que parecía infinita perdiéndose en

la lejanía y los rostros y vestidos de los otros viajeros. En una ocasión, al comprobar como estos se preparaban antes de llegar a su destino, preguntó: «¿Cómo saben cuándo han llegado?». Chiki, con infinita paciencia, intentó explicárselo. Pero sólo cuando, como ejemplo, le preguntó que cómo sabía él que estaba cercana la aldea cuando bajaba del monte, pudo entenderlo, aunque él insistió: «No es lo mismo, no es lo mismo», hacerse una remota idea, llegando a pensar que aquellas personas vivían tanto en el tren como en sus propios domicilios, que el tren era, más o menos, lo que el monte para él. Su asombro y alegría llegaron al máximo cuando, al llegar la noche, se encendieron las luces del apartamento. «¿Los hilos, dónde están los hilos de la luz?» Pese a las concisas respuestas de Chiki no logró entender cómo si los hilos estaban quietos y el tren corría, podían darles luz sin que se rompieran. Pero éstas y otras cosas dejaron rápidamente de preocuparle, al quedarse dormido. Chiki se había comprometido a no separarse de él hasta dejarlo en el avión. Al llegar a la capital, y debido al retraso del tren, Chiki le obligó a tomar un taxi hasta el aeropuerto. Al entrar en aquel inmenso recinto, no quiso mostrarle sus dudas y temores, y se aferró a su brazo con tanta fuerza que llegó a causarle dolor. No pronunció una sola palabra. Fue Chiki quien le condujo a la oficina de la compañía aérea para confirmar el pasaje y quien le tuvo que acompañar hasta los servicios ya que no estaba decidido a soltarse de él un sólo instante, por temor a perderse. Cuando, por los altavoces, anunciaron la salida de su vuelo, Chiki casi le empujó hasta el pasadizo por donde embarcaban los pasajeros. Tardó unos minutos en decidirse y sólo los continuos empujones de su acompañante y el temor a las burlas que de él harían en la aldea, le dio ánimo para emprender el viaje. Tras cruzar la barrera, y ya sin el apoyo de Chiki, sintiendo como le vacilaban las piernas, le gritó con toda la fuerza de sus pulmones: «Y, ahora, ¿qué hago?». Chiki, ha-

ciendo bocina con las manos, le respondió: «Ve con todos. Haz lo que hagan ellos», y le levantó la mano en señal de despedida. Aquel brazo levantado le pareció que era un adiós definitivo y, por primera vez en su vida, sintió lo que era el terror de la soledad. Tan honda fue esta sensación que no pudo oír las risas que habían provocado su aspecto y aquellos gritos extemporáneos en el silencio que observaban los pasajeros. Al ocupar su asiento en el avión, se sintió como un ser extraño, distante, que nada tenía que ver con aquellas personas que hablaban en extraños idiomas. Acababa de entrar en un mundo desconocido. Durante el vuelo, y pese a las insistentes atenciones de los auxiliares de vuelo, no permitió comer otra cosa que el pan y queso que llevaba en su zurrón.

El avión había aterrizado suavemente. Al mirar por la ventanilla descubrió otros aparatos aparcados en las pistas, lo que le obligó a pensar: «¿Con tantos chismes de éstos, y todos iguales, como sabrá Chistu en cuál llego yo?». Pero era tal la confianza que tenía en la palabra de Chistu, que se dijo con firmeza: «Si Chistu prometió que me estaría esperando, estará esperándome». Los pasajeros se preparaban para desembarcar y hablaban animadamente entre ellos, ajenos totalmente a su presencia. Intentó recordar cómo se desabrochaba el cinturón de seguridad ya que tuvieron que ayudarle al despegar, y no pudo. Sintió la angustia de estar preso, la sensación de que todos se marcharían y él quedaría allí, sin poder moverse, sin poder llegar a aquella «Terminal» donde le estaría esperando Chistu. Buscó con los ojos a la azafata que le había ayudado en la otra ocasión y, al no poder descubrirla ya que se encontraba en la puerta despidiendo al pasaje, intentó romper aquella correa. Se movió desesperadamente, agarró con todas sus fuerzas la hebilla, sin que esta cediera. Por primera vez, por única vez en su vida, se sintió impotente. De su garganta salió un grito estremecedor, un grito de animal herido que hizo que los pocos pasajeros que todavía no habían desembarcado, volvieran temerosas

sus miradas hacia él. Alguien comprobó lo que le sucedía y avisó a una azafata quien, diligentemente, y con sólo un leve movimiento, le liberó del cinturón. La muchacha, al mirarle los ojos inyectados en sangre, al comprobar el temblor que le azotaba todo el cuerpo y las gordezuelas manos de piel de lija, apretadas en un gesto de desesperación, no pudo evitar un sentimiento de ternura que la obligó a alejarse de aquel hombre. El buscó, inútilmente, la cándida y comprensiva mirada de otras veces y, al no hallarla, se sintió presa del desasosiego. Temiendo que se cerrase la puerta por la que salían los pasajeros, dejándole encerrado para siempre, corrió por el pasillo, tropezando con los asientos, los escasos metros que le separaban de ella. Al asomarse y descubrir la altura que le separaba del suelo, quedó asombrado y temeroso. Tardó unos segundos en descubrir que, bajo sus pies había una cómoda escalera para descender. La azafata se despidió de él en un español bastante raro. Sintió un gran vacío, como si alguien conocido de toda la vida le hubiese estado acompañando en aquel viaje y, ahora, le dejase a su suerte. Preguntó: «Terminal». La muchacha, sonriendo, le indicó: «Vaya, vaya con todos. Sígalos. No tiene pérdida». Al pie de la escalerilla estaba aparcado un autobús que acogía a cuantos bajaban del avión. Recordó: «Vaya, vaya con todos», y entró en el vehículo que, extrañamente, sólo tenía asientos adosados a las paredes, dejando el centro libre de obstáculos, de cuyo techo colgaban, balanceándose, unas agarraderas. Se asió a una de ellas y, a los pocos instantes, volvió a observar como otros viajeros se separaban bruscamente de su lado. Esta manifestación de rechazo, en esta ocasión claramente comprendida, le irritó. Nunca, allá en su tierra, se había sentido rechazado de esta manera. A veces, su elemental y primitiva forma de entender las cosas, había provocado risas entre sus vecinos. Pero eran risas que no le herían, que, en cierta medida, le acercaban a ellos ya que aceptaban su ingenuidad. Ahora, todo era distinto, en

aquel avión y en este autobús, se separaban de él como si fuese un animal salvaje. «Chistu, Chistu, arreglará todo esto». «El, si es preciso, les hablará en su lengua, les dirá quién soy yo y para qué he venido». Este pensamiento le animó mientras el autobús cruzaba la pista y se detenía. Los pasajeros se dirigieron hacia un pasadizo estrecho y él les acompañó. «Vaya, vaya con ellos». Al levantar la vista hacia las terrazas que coronaban el inmenso edificio, sintió lo que era el pánico: allí, miles de personas se asomaban a las barandillas. Nunca había visto un gentío semejante. Algunos levantaban sus manos como saludando a alguien. En aquel instante, un nuevo aparato tomaba tierra. El intenso rugido de sus motores le hizo taparse los oídos. Al mismo tiempo, por encima de su cabeza, a una altura que a él le pareció pequeñísima, rompiendo el aire, un reactor levantaba el vuelo. Instintivamente se agachó tratando de ocultarse, de protegerse. Se sintió aturdido. Otro pasajero tropezó con él arrojándole al suelo. El hombre balbuceó unas palabras que debieron ser de disculpa, pero que no entendió. Al levantar la vista, volvió a observar aquella multitud y pensó: «Si Chistu está ahí, entre esa gente, ¿cómo lo voy a encontrar?» Otra idea más urgente, más necesaria le hizo levantarse: «Vaya, vaya con ellos». A pesar de que las piernas se le doblaban de temblores siguió en la fila, caminando hacia aquel pasadizo. Observó como los pasajeros sacaban aquella libreta de pastas oscuras que a él le habían dado. La buscó en el zurrón y la asió fuertemente. Para que ninguno de aquellos documentos se le extraviara, se los habían puesto en el pasaporte y este lo habían atado con hilo bramante. Al llegar donde se encontraban los funcionarios de aduanas fue incapaz de desatar el hilo. Un funcionario de gesto amable, le desató el pasaporte y observó, uno por uno, todos aquellos papeles. Hizo un gesto afirmativo y le indicó que podía seguir su camino. Su única palabra fue «okay». Quiso repetirla, pero ningún sonido salió de su garganta.

Por los amplios andenes cruzaban centenares de personas de un lugar a otro, constantemente, insistentemente, con una prisa que a él le pareció sin sentido. Se quedó un instante contemplando el gentío. Cuando quiso reaccionar no vio a ninguno de sus compañeros de viaje, lo que le asustó. «Si los he perdido, ¿cómo llegaré hasta la Terminal?» Al volver la mirada vio como, por aquel pasadizo, volvían a salir gentes. Creyó que eran, todavía, del avión en el que había llegado, y los fue siguiendo. Sus toscas albarcas de cáñamo, más aptas para caminar por la tierra que por aquellos brillantes y resbaladizos pasillos, estuvieron a punto de hacerle caer. Con una tenacidad que tenía mucho de inconfesada desesperación, siguió a aquel grupo de gentes. En varias ocasiones estuvo a punto de coger por el brazo, para no perderse, a un hombre alto, con cara roja de alcohólico y sombrero de alas anchas, pero no se atrevió. Siguió por andenes, subiendo, bajando escaleras, siempre detrás de aquellas personas hasta que por una puerta de cristales que se abría y se cerraba sola y cuyo mecanismo le despertó la curiosidad, salieron al aire libre, frente a unos autobuses que ocuparon rápidamente. Sin dudarlo. Subió al autobús y se aposentó de un asiento en la última fila. Sus acompañantes eran hombres y mujeres, en su mayoría de bastante edad y parecían muy contentos del viaje. Cuando el autobús se puso en marcha, un hombre con uniforme y gorra de plato fue dando indicaciones por un altavoz y, algunas de ellas, eran coreadas con frases de admiración y agrado por los ocupantes. Pese a no entender lo que decía aquel hombre, los gestos exagerados de los oyentes, le resultaron divertidos. Con su cachaza y paciencia habitual, lió un cigarro, pasó la lengua por el papel engomado y con un chisquero, lo encendió entre el asombro de cuantos, por estar cerca de él, pudieron verlo. El sentirse, aunque sólo fuera unos instantes, centro de atracción, le satisfizo plenamente.

Aquel trayecto por la ciudad debió durar un par de

horas. Entretenido con cuanto veía logró olvidarse de Chistu y del motivo de su viaje cuando el autobús se detuvo, y fueron descendiendo todos los ocupantes. Su intuición le hizo adivinar que allí terminaba el viaje y descendió con los otros pasajeros. Preso de inconcretos temores y con una decisión de la que no se creía capaz, agarrando por la manga al hombre que había hablado por el altavoz, le preguntó: «¿Terminal?» El guía comprendió perfectamente la pregunta y observando que aquel extraño personaje se le había colado entre sus turistas, y para deshacerse de él indicándole una parte de la acera que por estar en obras la habían tapiado con carteles publicitarios, le contestó: «Oh, yes, Terminal». Y siguió acera adelante con su grupo, mientras él quedaba en la valla.

Miró anhelante a todas partes esperando ver a Chistu, sin hallarlo. Una angustia seca le atravesó la garganta. Al elevar la vista, el asombro fue mayor que sus temores viendo aquellos enormes rascacielos. Frente a él, riendo, con una dentadura blanquísima, había un hombre negro. Nunca, nunca había visto a un negro, ni nadie le había hablado de que existieran. El temor le dominó y quiso huir. No pudo. Las piernas no le obedecían, eran incapaces de ponerse en movimiento. Por la calzada, a velocidades de vértigo, los coches le parecían monstruos. Estaba anocheciendo y las luces de posición de los vehículos le hicieron creer que el cielo se había vuelto boca abajo y corría, escapándose, en una fuga enloquecida.

La cara del negro le perseguía y supo que Chistu no llegaría nunca, que estaba perdido, perdido para siempre. El horror le hacía ver negras a todas las personas que cruzaban por la acera, seres que caminaban indiferentes a su tragedia, propietarios de una ciudad que, para él, era un monstruo desconocido, donde el peligro le acechaba por todas partes y ante el que se encontraba impotente.

Sintió hambre, un hambre atroz. Hurgó en el zurrón y encontró un trozo de pan reseco y un pedazo de queso. Buscó donde sentarse y, sin hallar un lugar

adecuado, se decidió por hacerlo en el suelo, apoyando la espalda contra la tapia. Allí devoró, ávidamente, los restos de su comida.

Las gentes pasaban a su lado sin detenerse, sin prestarle un mínimo de atención, como si no existiera. Tuvo necesidad de hablar con alguien, no importaba quién fuese. Levantó sus manos como un mendigo, implorantes, temerosas y asió con ellas la chaqueta de un transeúnte. El hombre, al sentirse cogido, reaccionó con ira y, mascullando una maldición, asestó una violenta patada a aquellas manos que imploraban solamente unas palabras. El golpe rudo, violento, le llegó hasta el costado, obligándole a soltar un grito de dolor. Temiendo nuevos golpes, se ovilló contra la pared. Cuando levantó la vista vio al hombre alejarse rápidamente, aún volviendo la cabeza hacia él.

Era ya noche cerrada. Los zigzagueantes anuncios luminosos enclaustraban el aire con fantasmas multicolores. Temía mirarlos: le mareaban. Un vértigo alucinante le rodeaba. Las gentes, al chocar con las luces, recogían en sus ropas tintineos de colores que las convertían en extrañas y desconocidas, en una especie de animales venidos de no se sabía que tiempo o lugar.

Tuvo la certeza de que si no se levantaba, si no rompía aquel círculo de gentes, luces y sonidos, su muerte estaría cercana. El instinto de conservación le obligó a levantarse. Pero no podía mirar, cara a cara, a cuantos le rodeaban. Hizo un esfuerzo sobrehumano y miró hacia el otro lado de la calle. Parpadeando, encendiéndose y apagándose, creyó ver aquellos signos que tenía grabados en su mente: «Terminal». La esperanza le brotó dándole nuevas fuerzas. ¡Si cruzaba la calzada y era capaz de llegar al otro lado, allí, esperándole, estaría Chistu!

Los neumáticos de los coches chirriaban veloces, imparables, terriblemente amenazadores. Los faros, como ojos incandescentes, barrían en haces de luz el pavimento que olía fuerte, intenso, a goma quemada;

el latir de los motores creaba un zumbido constante y enloquecedor que golpeaba en sus tímpanos, casi a punto de estallarlos. Pero él cruzaría a la otra parte desafiando aquel torbellino, porque, en el otro lado, estaba Chistu.

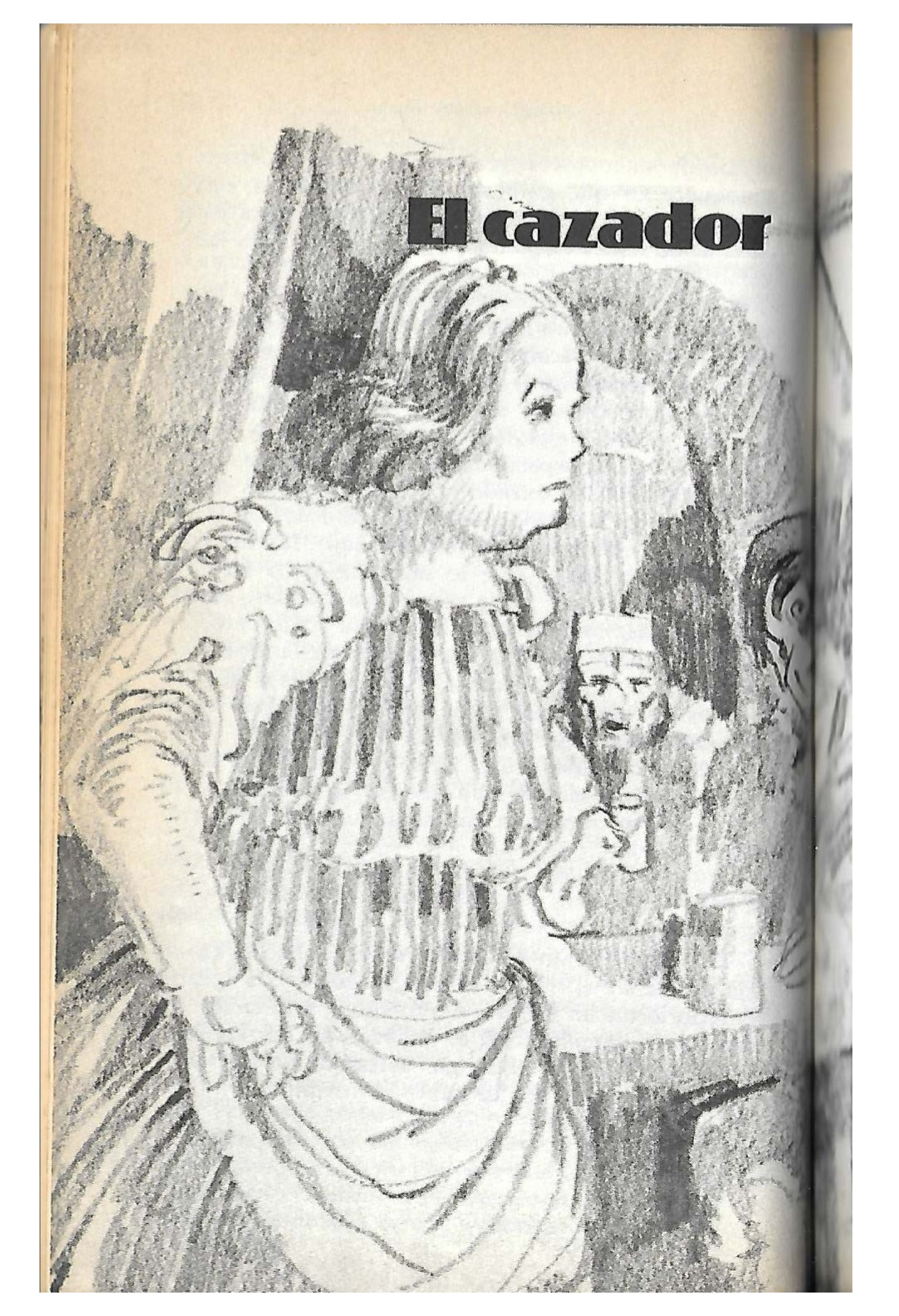
Esperó unos instantes hasta que creyó que las luces partían un poco más lejanas y tendría tiempo de cruzar. Corriendo, sacando las fuerzas que, todavía, le restaban, emprendió la travesía. De repente, unas luces le cegaron. Sintió un golpe seco, terrible, en el costado y salió despedido hacia el centro de la calzada, dónde una especie de islote protegía una farola. A ambos lados, en sentido opuesto, los coches cruzaban cada vez más veloces. Un fuerte dolor en la cadera le impedía perder el conocimiento. Intentó cruzar el metro escaso que le separaba de la farola y comprobó que no podía mover las piernas. Arrastrándose, agarrándose con las uñas al pavimento, logró llegar hasta la farola y se abrazó a ella. Por unos instantes, se creyó a salvo. Pero al observar que los coches no cesaban de pasar, comprendió que nunca nunca llegaría a la otra orilla.

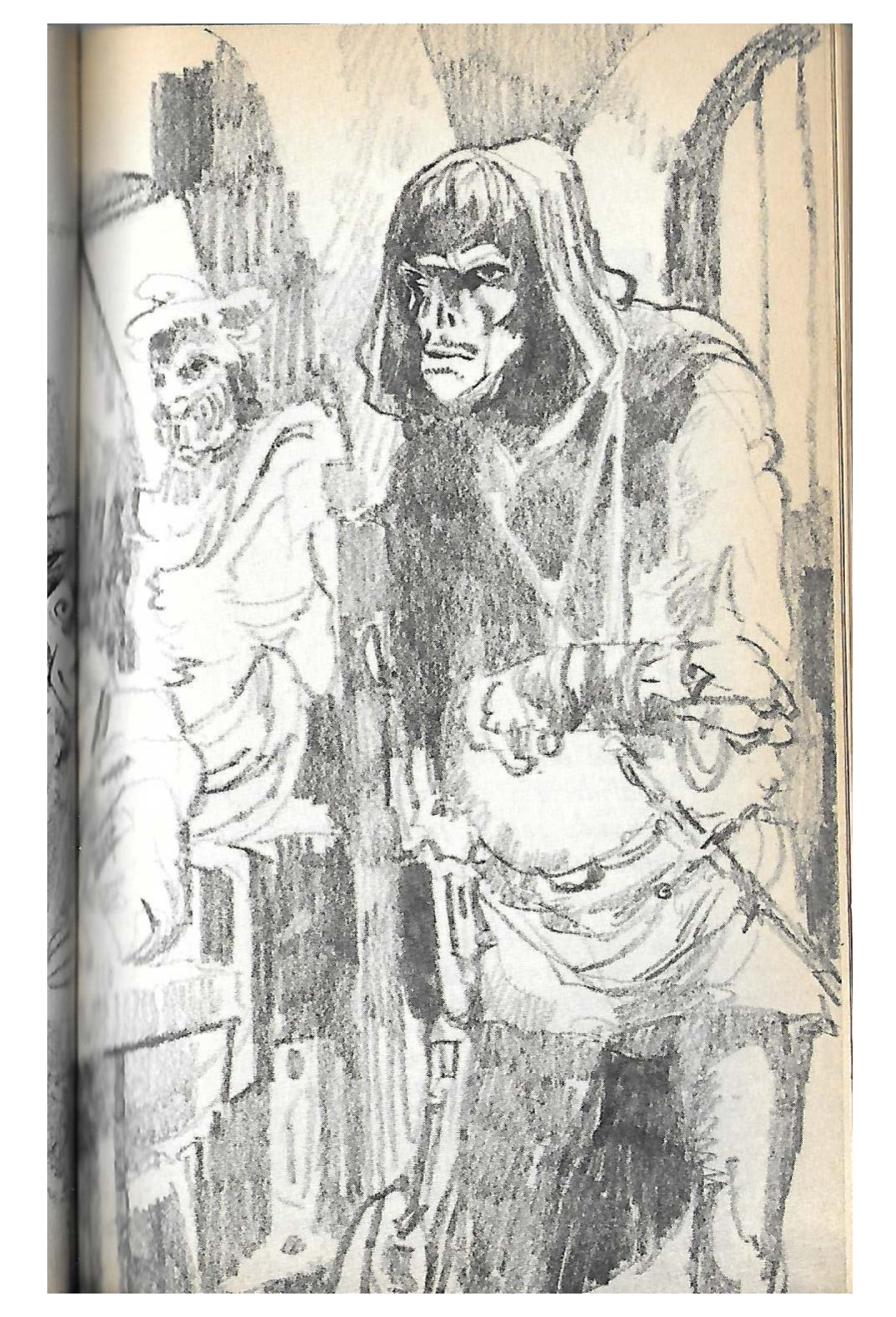
Sólo le quedaba gritar. Gritó horas enteras, acaso días, sin que ningún vehículo se detuviera. Gritó hasta que se rompió la voz de angustia y desesperación.

* * *

Días después, un accidente común obligó a la policía a detener el tráfico en aquella zona. Los agentes descubrieron un bulto extraño junto a la farola. Al acercarse, descubrieron el cadáver de un hombre, junto a un charco de sangre amasada con el monóxido de carbono de los tubos de escape.

El cazador





El cazador

Manolo Marinero

Jana era animosa, pero su rostro palideció y sus rodillas temblaron cuando vio la figura horripilante que la observaba con ojos parados, cargados de una extraña intensidad sensible en la distancia.



DURANTE tres décadas, entre 1618 y 1648, la espantosa Guerra de los Treinta Años no sólo cobró la vida de las dos terceras partes de la población de Bohemia, el Alto Palatinado, Baviera, Maguncia, Baden, Wurtemberg, Tréveris, el Palatinado del Rhin y Alsacia. Destruyó además, burgos y haciendas, y asoló las tierras laborables, mermando o arruinando los recursos de los supervivientes. Y legó a todos estos territorios una innumerable hueste errante de mutilados, desertores, enfermos contagiosos, mendigos, forajidos, salteadores de caminos, mercenarios envejecidos y peregrinos sin más meta que la subsistencia. En gran parte procedían de lejanas naciones que habían participado con sus ejércitos en la conflagración. Otros muchos huían de las plazas y parajes donde habían sufrido o contemplado (o intervenido en) los horrores de la guerra. Eran fugitivos de sus temibles recuerdos. Y otros temían que aquella contienda fuera en verdad interminable, y sospechaban que la última tregua, la paz de Westfalia, no sería más duradera que las anteriores. Por esta razón escapaban de

los dominios de sus señores, hurtando la posibilidad de ser reclutados por primera o enésima vez.

* * *

A una legua de la villa de Susice, al oriente, y a media legua de la aldea de Vrátky, al poniente, en lo más frondoso de la Selva de Bohemia, el mesón de Jiri Pleschner servía de parada y de cobijo a viajeros y caminantes. La planta alta contaba con seis alcobas, y en la baja una acogedora chimenea, largos bancos, redondos escabeles, rubia cerveza y gallinero anejo estaban a disposición de la clientela. Las caballerizas eran las más limpias y holgadas de la comarca, luego de las del conde Ottakar Deggendorf. Jana tenía buena mano en la cocina, los gruesos muros servían de baluarte contra la humedad y el frío, y Jiri, versado en Veterinaria, sabía además herrar y desherrar a las caballerías. En vida del buen conde Ettvald la posada del padre de Jiri estuvo repleta de parroquianos y huéspedes a todas horas del día y de la noche. El camino entre Susice y Kdyne fue una ruta muy transitada por comerciantes. Pasaban damas y burgueses de Brunn y de Viena hacia Mariembad y Carlsbad. Paraban en el mesón los carreros del hierro de las minas de Amberg, en vía a la fortaleza de Tábor o a las forjas de Budweis. Pero el hijo de Ettvald, el conde Ottakar, había provisto de almas y de armas a las causas luterana y romana alternativamente. Vendió a buen precio a dos generaciones de hombres de aquellos lugares, reclutados por leva en su juventud, a los ávidos capitanes de Gabor Bethlen, del general Thurn, del emperador Fernando, del elector palatino Friedrich, de Wallenstein, de Bernhard von Weimar, del landgrave de Alsacia y del vizconde de Turena, según se inclinara hacia uno u otro bando la suerte de la larga campaña. Si los súbditos de Ottakar se encontraban por mayoría en la miseria, él dobló durante la guerra su fortuna. Ejercía la autoridad con fiereza; no podía señalarse ningún pueblo del con-

dado en el que no hubiera sido ejecutado alguno de sus habitantes. Fuera de los bienmandados del conde, quienes practicaron la rapiña en el desorden fueron desmembrados o ahorcados.

Todos los principales militares vivos que habían combatido entre el 18 y el 48 del Báltico a los Alpes, del Limburgo a los Sudetes y a las colinas de Moravia, aborrecían al traicionero conde Ottakar Deggendorf. No pocos políticos, pese a sus prácticas de sesgos y sus teorías de las relatividades, le guardaban profundo rencor. Pero el conde gozaba de impunidad, por haberse aliado a tiempo, según hábito, a los vencedores. Y pasaba el ocio cazando en solitario y honrando su escudo, un halcón en vuelo rasante sobre campo de gules.

* * *

A la sombra del hayedo, el niño miró satisfecho su cesta cargada de setas. Decidió suspender la búsqueda. Llegaría a Vrátky para la hora de comer.

Descendió la empinada cuesta, esquivando arañarse con los matorrales. Entonces vio abajo, en un claro de las ramas, al horrible desconocido en el camino. Reculó y se ocultó tendido entre la maleza. Había estado a punto de toparse con él. De perfil, y luego de espaldas, aquel espantoso merodeador le seguía infundiendo un pánico cerval. Gruesas gotas de sudor se agolparon en la frente del niño escondido.

Mientras, a un cuarto de legua, Jana depositó dos picheles de cerveza, rebosantes de giste, en la esquina de la mesa. Su hermosa cabellera de un dorado pálido se ocultaba en un moño. La inocencia de sus ojos verdegay desmentía once largos años de tratos con bebedores y de duro trabajo. Un blusón sucio cubría sus pechos redondos y separados y caía sobre las anchas caderas. Su piel brillaba por el sofoco de su continuo trajinar.

—¡Diablos con Jiri! —se quejó el cliente grueso, el

traficante de simientes—. ¡Ya podría haber elegido mejor día para ausentarse!

—Por fin nuestros ahorros alcanzan para una lechera —le explicó Jana—. Y no hay mercado todos los días en Susice.

—Pero el mercado es mañana —rezongó el comerciante.

—Jiri hará noche en Susice. Hoy vende la leña a las cocinas del conde y en casa del burgomaestre, y mañana comprará la vaca —añadió Jana.

—Entonces le veré mañana en la trata. Pero mi mula tiene el lomo entero sarpullido de ronchas coloradas. No aguanta el peso de mi panza y yo estoy harto de moverme a pie.

Jana asintió con una sonrisa cortés antes de encaminarse de nuevo a la cocina.

—Suerte tiene el canalla —meditó el cliente flaco en voz alta y arrastrada— Jana es la mujer más bonita del condado.

—Sigue con su cara de niña y desde luego aventaja a la condesa, por más que a ésta la ayuden los cuidados y la coquetería. ¡Deggendorf no me oiga!

—Te colgaría por la gorja de un garfio a un merlón, como hizo con los dos silesios.

—Merecido lo tuvieron esos —resopló el gordo—. No hemos disfrutado desgracias bastantes, para que unos extranjeros vengan a asaltarnos nuestras mujeres, cuando están de lavanderas.

—Bien dicho. Debieron sujetarse las calores y esperar hasta llegar a Silesia —aprobó el flaco, aguador del manantial de la montaña.

—Largo trecho ese. Por otro lado —se contradijo el comerciante de simientes, para asegurar la prolongación de la gustosa charla— los pobres no intentaron forzar a nadie. Sólo querían hacerse con algo de ropa limpia.

—¡Bah! Conozco a esos mercenarios. Hay que calcular de ellos siempre lo peor —opinó contrariado el flaco, antes de sorber el borde espumeante de su pichel.

—Infelices; son tan desgraciados o más que nosotros, la gente de paz.

—Por mí que hubiera muerto toda la soldadesca en liza —sentenció el aguador—. Sólo merecéis miramientos los que fuísteis forzados a batallar.

—Noramala me llevaron a Nordlingen, tras la mosquetería de Bernhard von Weimar. Ví allá mucha mortandad —el comerciante en semillas meneaba la cabeza con los párpados cerrados al recordar escenas indeseables—. Suerte que unas fiebres me apartaron de la campaña.

—Y yo hubiera tenido que ir con los primeros, cuando la saca de Thurn, que hago los cincuenta en San José, si no me escondo por los montes.

—Buen juicio el tuyo. Ví en Nordlingen tanta carnicería que me robó el sueño un año largo.

Un tercer cliente, que estaba apartado, economizando en el descantillar un filete de tasajo, oyó afuera unos estridentes ladridos. Volvió la cara, asomándose a una ventana. Era el perro del molinero. Ladraba con osadía cara a la izquierda del camino, para retroceder inmediatamente en trechos hacia la dirección contraria. Parecía huir de algo.

Entonces el cliente descubrió la horripilante figura, acercándose por el sendero.

—Dios me guarde de esta clase de limosneros— se dijo.

Y echó el tasajo al morral, recorriendo con acelerados pasos la distancia que le separaba de la salida trasera, comunicada también con las caballerizas. Al pasar junto a la cocina se despidió someramente de Jana.

—Me propuse entonces no tener hijos jamás —proseguía el gordo— fuera por medios naturales o contranaturales. No tendría valor para criar a un inocente destinado a la sangría y a engordar la bolsa del conde Ottakar. Me hubiera visto a mí mismo culpable, reflejado en los ojos de una criatura encaminada de antemano a una muerte cruel.

—A veces se igualan la piedad, la justicia y la falta de coraje.

—Por más que merezca la Reforma...

—Tanto me importan a mí —le cortó el aguador— la Iglesia Católica Romana y la Reforma. Echar gente a la tumba por los pensares es crimen y locura. Podría hacerme desnucar por la disputa de un queso de cabra, pero jamás moveré un dedo por lo que opinen unos u otros de las estrellas.

Quebraron la calma un relámpago aislado sobre el vecino bosque de hayas, el trueno correspondiente y el repentino sonsonete sordo de una aguarrada. Los dos clientes dirigieron la vista a las ventanas y trasegaron unos cuantos dedos de cerveza.

—Creo que ha pasado un hombre junto a las ventanas.

—Pues no creo. Con esta lluvia, entraría.

—... ¿Y si es un merodeador?

—O un mendigo que se conformará con guarecerse en las caballerizas.

—Dejémosle. Hay que distinguir con ecuanimidad y comedición —de nuevo el comerciante de semillas temía por un precipitado fin de la cálida conversación, y derivaba el discurso de sus palabras como un letrado— el rigor hipócrita y arbitrario de los imperiales papistas del rigor sentido y lógico de los agustinos luteranos.

—No distingo ni media —declaró áspero el enteco—. Lo seco por lo llovido y que no nos compliquen con banderas a los faltos de ambiciones...

—Es que aunque los estragos fueran...

—... pues al cabo, tras tantos horrores sin reparación posible, los papistas franceses, las hordas de Richelieu y Mazarino, ¿no eran esos sus nombres?, se batieron por la Reforma de los principados y contra sus correligionarios, los papistas del Imperio.

—Pero...

—Pero nada. De oscuro que fue, el negocio es transparente.

La lluvia arreciaba. Chirriaron entonces los goznes de la puerta frontera entornada.

Apareció un individuo encorvado, un brazo en cabestrillo y arrastrando con el otro un zurrón. Tenía una presencia pavorosa, un rostro monstruoso. Echó hacia atrás su capucha empapada y sus ojos acuosos, bovinos, intranquilizadores, examinaron la estancia detenidamente. Las pausas en el vaivén de su mirada sobre las personas de los dos clientes causaron a estos desazón. El recién llegado no parecía sentir consciencia de su repugnante figura, que hizo apartar la vista a los bebedores de cerveza. El advenedizo tenía la barriga hinchada, sobresaliendo de sus caderas estrechas por alguna insana razón. El vacío de los labios enseñaba enteramente su dentadura carcomida y sus encías blanquecinas. El aguador le miró de soslayo y sintió la fugaz impresión de que aquellos dientes descubiertos sonreían tras el examen del confortable mesón.

El intruso se apartó a un rincón al que no llegaba la luz de las ventanas. Tomó asiento allí. No era un limosnero, pensaron los dos viajeros. Tampoco les había pasado desapercibida la daga oxidada de orín que el abyecto sujeto llevaba al cinto.

* * *

Jana era animosa. En los peores lances, tras un breve período de desánimo y llantinas, se sobreponía a fuerza de valor, decisión y un sentido común impermeable al desfallecimiento. En parte conservaba por ello una expresión franca y simpática, acorde con sus rasgos juveniles. Sus ilusiones habían sufrido, pero no estaba señalada físicamente por la desilusión ni el sufrimiento. Tenía 31 años, aparentaba cinco o seis menos.

Pero cuando entró con la jarra de cerveza a atender de nuevo al aguador y al comerciante en semillas, palideció y le temblaron las rodillas. La figura horripilante, encogida en la mesa más apartada del aposento,

la observaba con ojos parados, cargados de una extraña intensidad sensible en la distancia.

Jana deploró la ausencia de su marido, Jiri. El hubiera sabido enfrentar aquella angustiosa situación. Cuando ella buscó con la mirada el apoyo o la mediación de sus antiguos clientes, estos fingieron no advertirlo.

—Es... es horrible —susurró Jana a un metro del oído del aguador.

Este parpadeó, algo nervioso.

—Sólo querrá gastarse las limosnas bajo techo —dijo encogiéndose de hombros.

Jana contuvo su miedo y se acercó al desconocido. Frente a él sintió náuseas, pero se obligó a mirarle cara a cara. La voz rota del forastero le pidió un pichel de cerveza. Sus dedos empujaron sobre la mesa unas monedas. Ella no disponía de una excusa para pedir al extraño que se fuera del mesón. No podía decirle sencillamente que su presencia causaba horror.

Ya en la cocina, después de haber sufrido la visión del forastero por segunda vez, Jana no podía apartarla de su memoria, mientras guisaba una gallina para los clientes conocidos. La piel cenicienta, violácea y cadavérica, pegada a casi todos los huesos descarnados de la cara del extraño. El hueco de la nariz que dejaba ver una repulsiva cicatriz lisa, con dos hoyos verticales como planas fosas nasales de murciélago. La mirada melancólica y húmeda que a veces le parecía humilde, a veces amenazadora, a veces arrogante. El cráneo marcado por extraños surcos, con unos cuantos cabellos ralos. El codo descoyuntado del brazo en cabestrillo. Los antebrazos desnudos bajo las mangas de un jubón reventado y descosido, que mostraban oblícuas rayas blancuzcas, señales de una horrible comezón de sarna. Aquel rostro desfigurado, la dentadura al aire, parecía mitad un capricho monstruoso de la Naturaleza, mitad una calavera dotada de movimientos.

* * *

El aguador cinchaba a su tordo. El comerciante en simientes examinaba con preocupación la erupción del lomo de su mula.

—Han de ser picadas de pulgas que se le han infectado —opinó el aguador, indiferente.

Entró en las caballerizas Jana, cerrando la puerta interior con un pasador. Era presa de gran nerviosismo. Su tez estaba lívida y el pánico y la alarma alteraban y extraviaban la expresión de sus ojos.

—No podéis iros —les rogó a aquellos clientes que conocía desde su infancia—. Ahora no. No podéis dejarme sola.

—Ya pasará más gente —animó el aguador.

—¿Y si no viene nadie?

—Yo tengo que hacer mi trabajo, Jana —mientras alzaba del suelo las lanzas de su carro, el aguador había adoptado un aire de seriedad para excusarse—. Por aquí a nadie le gusta el agua de lluvia.

—Y yo he de estar en Susice antes que anochezca —el gordo rehuía la mirada aterrada de la joven mesonera.

—No me dejéis; por compasión. Esperad a que se vaya. Os convido a toda la cerveza que queráis. O mejor, a licor de cerezas. A una botella entera. Jiri lo comprenderá. Tenemos un licor de cerezas del que dice todo el mundo que...

—No es posible, Jana.

—Yo no puedo perder más horas. Tengo quehacer.

—Pero ese..., ese... hombre...

—Ya ha comido, bebido y reposado. Se marchará ahora que ha escampado.

—... no da impresión de tener intención de marcharse. Sigue quieto en el fondo del mesón. Cada vez que paso por allí, no me despega la mirada.

—Coge el destral de la leña o la cuchilla de la carne y que te vea. Al fin y al cabo, sólo es un tullido.

—Es inofensivo —razonó el gordo piadoso—. No tiene en todo el cuerpo ni un hueso ni un músculo

sano. Le podrías derribar de un sencillo empujón, si prueba a robarte.

—Por favor, por favor —insistió Jana—. Si os vais los dos, me saldré corriendo al bosque. No puedo aguantar quedarme a solas con ese...

—Hazme caso, Jana. Lo mejor que podrías hacer es quedarte en el mesón —le aconsejó el aguador—. Será lo más práctico. En el bosque puede pasar cualquier cosa. Pero quienquiera que sea a buen seguro sabe que a un mesón pueden llegar en todo momento gentes de orden.

—Es posible que vea delante de alguna casa el caballo de tu marido. Muchas veces le piden que practique de albéitar. En tal caso le pondría al tanto. O que me cruce con los alguaciles del conde de acá a Susice. Si es así, les diré que acudan al mesón, que hay un forastero sospechoso y que les convidarás a ese licor de cerezas.

—Os lo pido por favor. Me conocéis desde niña; tened piedad de mí.

—No exageres, Jana.

La joven se cubrió el rostro con las manos, pues había empezado a sollozar, desconsolada.

—Házte cargo —añadió el gordo, que quería infundirle optimismo—. Sólo es su fealdad lo que te ha puesto fuera de tí. Una fealdad monstruosa, verdaderamente. Pues no le mires; si ya te ha pagado, no tendrás que ocuparte más de él.

* * *

Jana regresó sigilosamente a la cocina. Sentada en un escabel fijaba los ojos en la tabla de partir carne donde descansaba la cuchilla. Había adivinado en la húmeda mirada del extraño los más bajos deseos. Sentía un horror incontenible por el desfigurado visitante sin labios ni nariz, de brazos aquebrazados. Si el estado de sus nervios se lo hubiera permitido habría ascendido la escalera para recluirse en una de las ha-

bitaciones altas hasta que se fuera el desconocido. Pero le preocupaba que este advirtiera que ella seguía un comportamiento anormal, que le temía. Jana sentía la mirada afilada del monstruoso ser del otro lado de las paredes de piedra de la cocina.

Se levantó, avanzó unos pasos y abrió una rendija la puerta que daba al salón. Dirigió una rápida mirada hacia la mesa lejana ocupada por el caminante. Ahora estaba vacía. Jana suspiró aliviada. Y en ese momento se oyó en el camino trote de caballos. Quizá fueran los alguaciles. La posadera vacilaba. Finalmente se decidió a cruzar a la carrera el comedor en dirección a la puerta de la fachada. Pero sus nervios hicieron que las abarcas resbalaran por el piso de pizarras. Se puso en pie y alcanzó a salir al camino sólo a tiempo de ver desaparecer a los caballeros por una curva de la vereda.

Iba a volver a entrar cuando le dio un vuelco el corazón: el forastero estaba descendiendo lentamente la escalera. De perfil a la puerta, movía la barbilla hacia abajo como aprobando el piso superior que sin duda acababa de examinar. Y ahora se interponía entre ella y la cocina. Jana retrocedió velozmente afuera. No estaba segura de que él no hubiera descubierto su acción. Dio un rodeo al mesón por la parte de las caballerizas, recogió el destral en el pequeño recinto de la leña y entró por atrás en la cocina.

Menguaba la luz y no se oía ni la marcha del intruso ni la llegada de ningún viajero. Jana pensó que en tres cuartos de hora a buen paso estaría ante las primeras casas de Vrátky. Pero a Jiri y a ella les había costado enormes esfuerzos y sacrificios sostener el mesón durante todos aquellos ruinosos años. Si abandonaba la casa y el extraño se aprovechaba de ello, tendría un grave disgusto con su marido. Los oídos alerta de la bella posadera anhelaban escuchar cascos de caballos o los pasos del advenedizo perdiéndose hacia la puerta del camino. Pero cuando escuchó los pasos, estos se acercaban a la cocina.

Ella se volvió rápidamente y se ocultó en la ala-

cena. Era un cuarto estrecho con el poco espacio ocupado por ristras de embutidos y botellas de vino. Jana se agachó en cuclillas; la puerta estaba acristalada en su mitad superior. Su corazón quería escapársele del pecho y ella se mordía los labios, temerosa de que sus agitados latidos la delatasen, y bajó los ojos al suelo. No tenía valor para alzarlos hacia el cristal de la portillera. Su puño temblaba cerrado sobre el mango del destral. Escuchó los pasos del extraño adentrarse hacia el centro de la cocina, rebasar la portillera de la alacena, acercarse a la puerta trasera de la huerta y retornar a la del comedor. El cuerpo de Jana se distendió y ella resbaló a un lado, desmayadas las piernas. Jana era incapaz de coordinar sus pensamientos, de la misma manera en que quienes son víctimas de una aguda angustia, una fuerte conmoción, o de la sumisión a una autoridad rígida o desaprensiva no consiguen articular sus palabras. Por miedo más que por precaución, no se atrevió a salir de su escondite hasta mucho más tarde. Un tiempo incalculable; casi una hora quizás, o una hora y media incluso. La había retenido también la esperanza de que el desconocido se sintiera desatendido y abandonase el mesón. Al ponerse en pie y abrir con tiento la portilla de la alacena, la bella Jana notó sus piernas entumecidas.

Se asomó a la puerta sin distinguir nada. Había oscurecido. Así que se arriesgó a explorar el comedor. Sus abarcas se desplazaban silenciosamente sobre las losas de pizarra. Sólo se podían apreciar los contornos de bancos y mesas, de una negrura más espesa que la circundante. En esta ocasión la ausencia de todo ser viviente alentaba el ánimo de la rubia posadera. Por fin se sentía sola y a salvo. Era ya la hora en que tenía costumbre de encender la chimenea. Luego prendería las velas de los hachones de las paredes. El viento silbaba contra el zaguán y las ventanas. Agachada, Jana empujó con el badil los maderos desparramados, carbonizados o chamuscados, en montón. Tenía que recoger el destral olvidado en la alacena para añadir leña nueva a la chimenea.

Entonces le rozaron por detrás un brazo desnudo unos dedos fríos y por toda la piel de Jana circuló una corriente de hielo. Al volverse en un movimiento reflejo, sacudida por el sobresalto, sólo vio los ojos húmedos brillando en la oscuridad inmóviles, detenidos en ella. Sintió el pecho y el estómago huecos, agolpada toda su sangre en las sienes.

—Pasaré aquí la noche; puedo pagar —por extraño que parezca había más de orden y de disculpa que de sencilla observación en el tono de la voz quebrada.

No supo Jana cómo le convenía reaccionar. Pensaba que si respondía al extraño, la debilidad de la voz que podría arrojar su garganta secada delataría un pánico mortal. Con una mansedumbre obligada por la situación, Jana se limitó a asentir con la cabeza.

—Antes quiero algo de cena. Las migas y encurtidos que hay en el aparador de la cocina... y algo de embutido del que cuelga en la alacena...

Turbada por aquellas palabras, con un sabor amargo en la garganta provocado por la falta de saliva, Jana cerró y abrió los párpados en señal de asentimiento.

* * *

Era más de la medianoche. Aunque el viento golpeaba en las planchas de pizarra del techado y en las contraventanas, el interior del mesón conservaba la temperatura templada conseguida por la cocina de leña y la chimenea. El piso alto, de madera, era menos silencioso que el bajo, donde la piedra guardaba una quietud sepulcral.

Jana estaba sentada sobre su cama de matrimonio, en el cuarto contiguo a la cocina. No se había desvestido. Tenía a mano la cuchilla de la carne, sobre las sábanas. Por fin se recostó, sin apartar la vista de la puerta de la alcoba. Esta carecía del mobiliario pesado que hubiera servido de parapeto. La puerta estaba cancelada por un ligero pasador, un tubo de acero que no podía resistir un empujón aplicado con

mediana fuerza. En medio del soplo grave del viento, Jana escuchó unos extraños gruñidos procedentes de arriba. Y en seguida el crujido del entarugado. Miró hacia las vigas del techo de la alcoba. ¿Eran pisadas? Jana asió el mango de la cuchilla. Aunque no hacía frío, su brazo temblaba. Luego se hizo de nuevo el silecio, mientras el viento iba amainando. Un viento que a veces sonaba como el llanto ahogado de un hombre.

A intervalos el sueño vencía a Jana por agotamiento. Ella cabeceaba hasta que su barbilla daba contra su escote y sentía el golpe tenso del estirón de su nuca. Entonces enderezaba el cuello de nuevo y se retrepaba en los codos, dispuesta a no desprenderse de su arma en toda la vela. ¿Cómo pudo llegar hasta ella por sorpresa la horripilante figura? La tenía inmovilizada por las muñecas y la había arrancado la toquilla, desgarrándole el blusón. Destilando una baba amarillenta, la dentadura de calavera le mordisqueaba los pezones desnudos. Jana sentía el repugnante contacto de los miembros esqueléticos comidos de sarna, el peso de la barriga monstruosamente hinchada. Los dientes menudos y afilados como el pico de un pájaro.

Al alba el relente la devolvió a toda su sensibilidad y su consciencia. Jana recogió las piernas bajo los muslos. Volvió a oír sonidos arriba. Y ahora sí. Eran los pasos del extraño que recorrían el corredor. Luego descendían por la escalera. La pesadilla podía transformarse en realidad. Cantaban los pájaros en la acebeda lindante. Oyó también las pisadas apagándose en el suelo duro de abajo, cruzando lentamente el comedor. Luego los goznes de la pesada puerta exterior, que siempre rechinaban. Y el seco portazo. El pavoroso desconocido había salido al zaguán.

Jana estaba al fin libre de su presencia. Sus labios se distendieron y ella sujetó sus sienes con las manos, para hacerse plenamente consciente de la marcha del caminante. Ya había pasado todo. En la mañana nunca faltaban clientes que iban de Susice a Vrátky, o

al contrario. Y al mediodía o a primera hora de la tarde estaría de nuevo en casa Jiri. Jana se dejó caer hacia atrás, entregada a las convulsiones de una risa histérica. Aunque tendría grabada en la memoria por unas cuantas semanas aquella visita indeseable, Jana se sintió transportada por un embate de felicidad. Pero si hubiera dirigido en aquel momento su rostro hacia la ventana de la huerta, habría recibido un susto de muerte.

Porque allí, tras el cristal, la cara horripilante del extraño estaba paralizada en su contemplación. Enmarcada por el rostro desfigurado, era una mirada triste e intensa. El visitante era muy consciente de que miraba a Jana por última vez. Así lo había decidido al encontrarse a cientos de leguas en tal estado de deterioro físico, irremediable. El no volvería a ver más sus ojos verdes e ingenuos, sus carrillos llenos, su cabellera dorada, sus labios amables, su cuerpo esbelto armoniosamente culminado de curvas. Ella nunca podría saber que el extremo de fealdad al que había desembocado Hannes en su penosa trayectoria por tantos países lejanos y tantos campos de batalla le había valido al menos para proteger uno de sus sentimientos más íntimos. El de la vergüenza de ser identificado por su antigua novia, su querida Jana. Y añadir al impersonal horror visual, inevitable, otro horror más profundo. Pero Hannes se sabía irreconocible. Estaba enterado desde diez leguas antes de llegar a Vrátky que Jana estaba ahora casada con el hijo del mesonero y era feliz. La información le confortó, disipando sus temores. A lo que no hubiera podido resignarse era a despedir la vida sin volver a verla de nuevo.

* * *

Por dos horas Hannes permaneció a escusañas, aterido, oculto en las ramas blancas y rojizas de una haya convenientemente alta. Como tantas veces durante todos aquellos años de desgracia, se le representaban

escenas del tiempo anterior al verano en que fue reclutado para la guerra, sin cumplir la veintena. Escenas felices de su amor con Jana, reproducidas en el recuerdo con una intensidad que sorteaba el curso de trece años y borraba la distancia presente. Y Jana era la misma que a los dieciocho años.

Hannes era ajeno al trino de los pájaros, a los animales que triscaban abajo la hojarasca. Veía con indiferencia cruzar por el sendero a tipos desconocidos y a otros reconocibles pese al paso de los años. Eran personas a las que no buscaba.

Hasta que al fin distinguió entre las ramas el emblema condal en el ropaje del espolique, a unos cincuenta metros.

* * *

Había gran cantidad de setas en las manchas de musgo. El niño llenaba sin dificultad su escriña. Entonces oyó un revoloteo y vio con asombro cómo una rapaz tropezaba a ciegas con los troncos de las hayas. No se sabrá por qué atacó al halcón encapuchado con su vara. El ave cazadora, ciega y atontada por los golpes recibidos en su vuelo, estaba indefensa. Aleteaba en la mayor desorientación. El niño le partió un ala y la persiguió a la carrera, descargando la vara con puntería. El halcón se arrastró sobre un ala, dejando un reguero de plumas sanguinolentas, hasta hincar el pico al recibir el golpe de vara en lo alto de la capucha. Cayó tumbado de lado, tras un estertor, con una pata tiesa y otra encogida, mientras el niño le reventaba el blanco buche palpitante a vergajazos.

El niño recogió la cesta de setas. Entonces oyó al caballo piafar y mordiscar los hayucos colgantes. Se acercó y sus ojos se abrieron como lunas. El mozo del conde yacía boca abajo. Descubrió a pocos metros, ya preparado para cualquier escena, el bulto del cuerpo exangüe del caballero. Este tenía la garganta abierta, los globos de los ojos salientes, cubierto el pecho de sangre, y el puño oxidado de una daga so-

bresalía de su corazón. Entonces el niño advirtió la presencia del repulsivo ser que había visto el día anterior. Ahora empuñaba una soga. La escriña de setas cayó rodando por la hierba y el muchacho huyó despavorido. Su terror no tuvo límites cuando el ogro que echó a correr tras él le alcanzó. No podía soltarse de la garra de aquel monstruo.

—¿Por qué me huyes? No tienes que tener miedo de mí. ¿Para qué iba a hacerte daño? Al espolique sólo le he dado un golpe en la cabeza, pronto volverá en sí. Yo sólo soy un hombre que he venido a despedirme de esta tierra. No tengo razones para vivir.

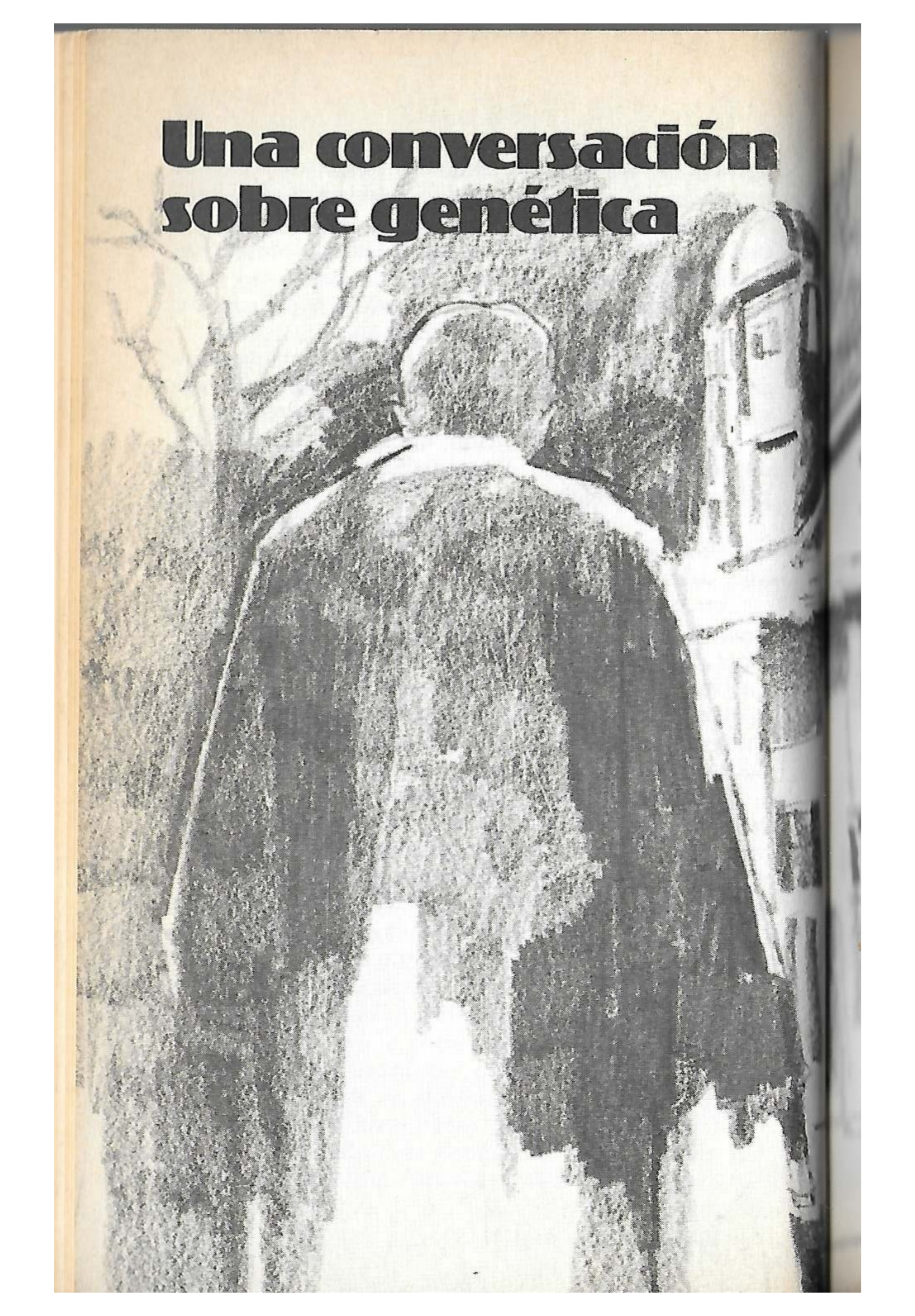
El niño temblaba al escucharle.

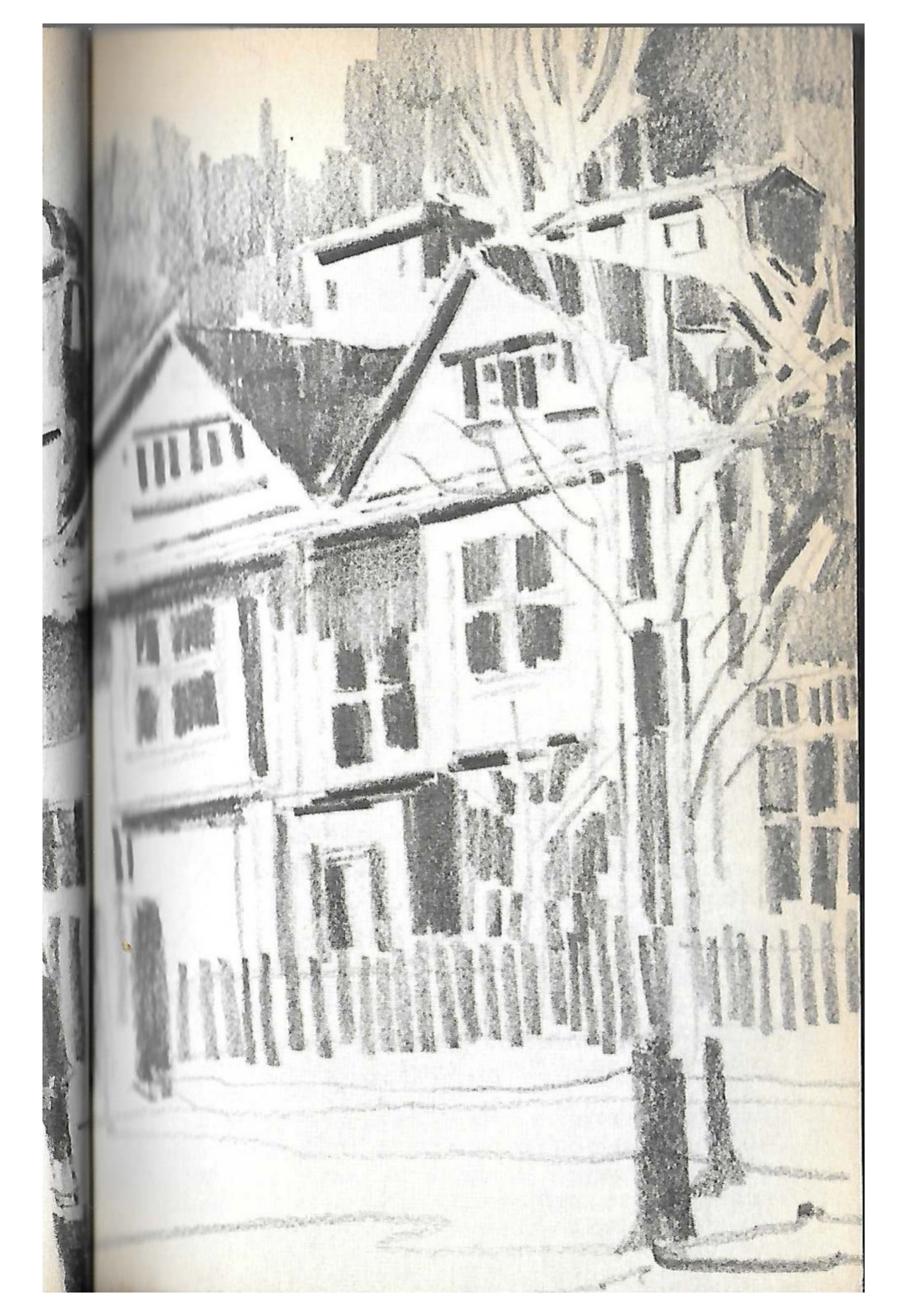
—Voy a colgarme. Pero dí a todos que al tirano le degolló Karel de Susice, hijo de Regina y de Zdenek, que volvió vivo de la guerra.

Con esta declaración falsa, Hannes impedía para siempre que Jana se enterara de que el abyecto visitante, que luego encontrarían ahorcado, fue su primer novio, su Hannes. Y daba una revancha póstuma a su amigo Karel, que había jurado matar al conde antes de sufrir una muerte horrible en la segunda batalla de Nordlingen.

Hannes vio desaparecer al niño corriendo con su cesta de setas vacía. El muchacho llegó a salir del hayedo a la acebeda. Pero luego un impulso morboso le empujó a desandar lo recorrido. Y escondido entre los troncos blancos espió al horrible viajero. Este, en el filo de una pequeña hondonada, se pasaba el nudo de la soga por la garganta. Y luego lanzó hacia arriba, hasta que dobló por cima de una gruesa rama, el cabo de la cuerda.

Una conversación sobre genética





Una conversación sobre genética

José Luis Velasco

¿Qué sucede cuando las leyes de la genética van más allá de la preponderancia de los rasgos físicos fuertes en los herederos...? ¿Es posible heredar también los rasgos morales que, en consecuencia, producen una transmisión preponderante del Mal?



CIERTO hombre de cuarenta años subió aquella tarde hasta el piso de Oliverio Suances, un joven profesor de Metafísica en la Universidad Complutense con una brillante carrera, ya que su edad no sobrepasaría los treinta y cinco años. La tarde estaba lluviosa, tan sólo chispeaba a ratos, pero el hombre de cuarenta años era una persona prudente, o mejor dicho, previsora, puesto que llevaba un espléndido paraguas comprado por el barrio de Maravillas (hoy más conocido como distrito de Malasaña). Y anoto que el paraguas era espléndido no porque tuviese un diseño particular o determinados complementos poco usuales, sino por todo lo contrario. Se trataba de un paraguas perfectamente clásico, de los que ya no se suelen ver: grande y negro, con el puño de caña de Malaca y el extremo inferior metálico más largo de lo que es habitual, sólido y elegante.

El hombre de cuarenta años se llamaba Julio Martín. Llamó al timbre del segundo piso, letra B, de un inmueble situado en la calle de Leganitos, y salió a abrirle su viejo amigo Oliverio Suances. Hacía años que no se veían, y lo primero que hicieron fue darse

un efusivo abrazo no exento de enérgicas manotadas mutuas en la espalda.

—¡Julio Martín! ¡Cuanto tiempo! Cuanto tiempo...

La casa había sido de los padres de Oliverio; ahora era suya. Se trataba de un piso grande, con muebles isabelinos, pasillos oscuros y habitaciones interiores en tinieblas donde se amontonaban viejos camastros, cajas llenas de trastos diversos y toda esa clase de residuos persistentes que la gente, a pesar de su inutilidad y su deterioro, no se deciden a eliminar, como si esos vejestorios ejercieran una muda presión sentimental sobre sus propietarios, por medio de la cual prolongan al máximo su existencia en la penumbra de húmedos desvanes antes de ir a parar al basurero.

Oliverio dirigió a su amigo hasta un saloncito alargado y acogedor, con dos buenos sillones del siglo pasado situados junto al balcón, un reloj de pie, una credencia, un aparato de porcelana para filtrar agua y algunos óleos. En todos los detalles se apreciaba que el joven profesor provenía de una de esas familias que, en otros tiempos, no sólo poseyó una notable fortuna, sino también ese sello peculiar que distinguió a la aristocracia del siglo XIX.

—Bueno, quizás yo sea conde o cosa así —dijo—. Mi bisabuela, polaca, era la condesa de Zaborowsky... No sé cuál habrá sido la trayectoria de ese título.

Oliverio Suances era un hombre de aspecto muy especial. Tenía la cara alargada y huesuda, de piel pálida, y el cabello, intensamente negro y lacio, le caía sobre la frente en unos mechones curvos y brillantes. Sus ojos, ligeramente achinados, de un tono indefinido entre el color miel y el gris acerado, cuando miraban de frente, mostraban una fijeza tan contundente que muy pocas personas la podían aguantar. Esa clase de miradas frías y persistentes que parecen penetrar hasta el fondo de cualquier interlocutor descubriendo justamente sus más ocultas debilidades. Para Julio Martín, después de un trato asiduo durante muchos años, la mirada de Oliverio había dejado de tener aquella fuerza devastadora que le impresionara

durante los primeros tiempos de amistad. Aunque no del todo. Si las pupilas de Oliverio se clavaban ahora directamente en sus ojos, con severidad, tampoco podía resistirlas sin experimentar cierto azoramiento.

El profesor de Metafísica había preparado unos tés con pastas de almendras, que transportó al saloncito en una bandeja china. Tras los primeros cambios de impresiones, después de tantos años de separación, Oliverio orientó la conversación por un camino quizá no azaroso, sino perfectamente previsto antes de la llegada de su amigo.

—Como sabes, según los mecanismos genéticos de la herencia, se transmiten predominantemente los rasgos físicos de mayor tamaño y los tonos más oscuros...

—Bueno, no lo sabía...

—Sí, ¿comprendes?; las narices grandes prevalecen sobre las narices achatadas, el pelo oscuro sobre el claro, los labios abultados sobre los finos, etcétera, etcétera...

—O sea, la naturaleza propende a perpetuar una estética humana donde predomine la gente morena, de buena estatura y con rasgos prominentes en el rostro...

—Exactamente.

—No sé hasta qué punto eso coincide con nuestros gustos actuales sobre la belleza... ¿Qué te parecen las mujeres con grandes narices?

—Bellísimas, si el resto del cuerpo está bien coordinado con esa nariz. Figúrate una mujer alta, morena, de cuello largo, denso cabello oscuro, rostro ovalado, ojos nocturnos y una gran nariz; algo mucho más subyugante y más serio que esa clase de walkiria nórdica pálida, rubia, de inconcreta mirada azulada. ¿No te producen esas mujeres la impresión de algo a medio terminar? Por otra parte, tú lo sabes bien, una de las damas que la historia ha consagrado entre las más seductoras fue Cleopatra... Una hija de Egipto, morena sin duda, provista de una nariz respetable según la tradición... En cuanto a los tiempos actuales,

¿no es hermoso el rostro singular de Barbra Streisand?

—Yo creo...

—En fin —interrumpió Oliverio con un gesto brusco—, no es eso lo que yo quería plantearte, no. Supongo que no es una novedad para tí el hecho de que también se transmiten los rasgos intelectuales. El hijo de progenitores inteligentes tiene todas las probabilidades de ser un tipo lúcido, ¿quién lo duda? Pero hay más, estoy persuadido de otra cosa que, no es para menos, puede resultar escalofriante...

Tomó un trago de té y engulló de un solo bocado una deliciosa pasta de almendras. Julio Martín aguardaba expectante.

—También se heredan los rasgos morales... Y, ahora estoy seguro de ello, en esa continuación de los caracteres éticos, lo mismo que desde un punto de vista físico predomina el tono oscuro y los rasgos pronunciados sobre lo claro y lo pequeño, en el aspecto moral *se produce una transmisión preponderante del mal.*

—¿Quieres decir que un padre normal, hablando en términos sencillos, y una madre pérfida, producirán un hijo malvado?

—Seguramente; y lo que es peor, la maldad se suma. Los vástagos de gentes malignas son cada vez, de generación en generación, más perversos.

—Bien, esa es una hipótesis más o menos literaria que podría resultar interesante si pudieras aportarme alguna prueba...

—¿Hipótesis literaria? —dijo Oliverio más o menos alterado—. Yo tengo esas pruebas, y las tengo bien cerca: en mi propia familia.

Ahora los ojos de Oliverio Suances se habían clavado en las pupilas de Julio Martín, escrutando en ellas la reacción que podrían producir sus palabras en el ánimo de aquel circunspecto amigo bastante inalterable. Julio bajó los párpados machacado por aquella agresión visual. No dijo nada.

—Ya sabes las curiosas circunstancias de mi ascen-

dencia. Nací aquí, pero procedo de franceses y polacos. Mi bisabuela fue polaca; vino a España en 1863. ¿A qué? Esta complicada genealogía me ha llevado a husmear durante años en viejos papeles de mi familia; he viajado a Francia y a Polonia, a las comarcas natales de mis antepasados con la intención de aclarar en lo posible mis orígenes... Y he tenido mucha suerte. Fíjate, gran parte de mis antecesores, por las dos ramas, tuvieron aficiones literarias, en plan amateur, no más allá, y esa circunstancia me ha ayudado mucho para aclarar diversos aspectos de sus particularidades psicológicas y morales.Tengo notas, diarios y cuadernos que confirman mi teoría. En la línea de los Zaborowsky se rastrea un cuchillo de perfidia que, de generación en generación, ha ido en aumento... La primera noticia que tengo es de mi bisabuela, María Zaborowsky... He podido elaborar un inquietante esquema, una trayectoria de episodios execrables protagonizados por mi familia que, si es de tu agrado, puedo exponerte brevemente.

—Estoy deseando que lo hagas.

—¿Quieres otro té?

—Prefiero una copa de algo... Whisky con agua, si no te importa.

Oliverio se desplazó a otra habitación y regreso en seguida con una bandeja provista de dos vasos largos, una jarrita de agua y una botella de *Antiquary.*

—En mi bisabuela, María Zaborowsky, los rasgos de maldad son todavía leves, pero significativos. Es esa señora que ves ahí...

Oliverio señaló a un óleo que mostraba a una dama con el cabello partido por una raya central, aplastado a ambos lados de las sienes. Vestía de luto; en el cuello y los puños de su tocado lucía finos encajes. Tenía un devocionario entre las manos y una expresión ambigua: su rostro dibujaba una mueca severa, y, sin embargo, en los ojos oscuros brillaba una chispa de burla maliciosa.

—Esta señora, según una semblanza redactada por un sobrino suyo, tenía un carácter ambivalente; por

un lado era una mujer muy aniñada, de reacciones simples y sentimentales, lloros infantiles cuando no conseguía llevar a cabo algún capricho, una afición extemporánea a las muñecas, que se prolongó hasta la ancianidad, y una sorprendente capacidad para fabular historias que contaba a los niños de la casa (sobrinos, nietos, etc.) haciendo los oportunos cambios de voz según hablasen unos personajes u otros... La voz del narrador, que era ella misma, la modulaba siempre con ese tono tierno y misterioso que las personas sensibles suelen adoptar cuando se dirigen a los niños... Y, sin embargo, paralelas a estas peculiaridades, una sombra de perfidia se mezclaba siempre a las manifestaciones más inocentes de aquel carácter complejo. Le gustaba martirizar a los niños, todavía sin demasiado rigor, es cierto. Mientras les contaba esas historias, o en otros momentos imprevistos, metía su mano subrepticiamente bajo los pantalones de los chicos o los vestidos de las niñas y les infligía dolorosísimos pellizcos con sus uñas afiladas en los muslos o las ingles, punzando tan violentamente en algunas ocasiones, que les levantaba la carne haciendo brotar la sangre. También le gustaba pinchar a la gente en las circunstancias más inesperadas, a sus familiares, a las criadas e incluso a ciertas visitas de confianza. Usaba esos largos alfileres de cabeza redonda con que se sujetaban el velo las señoras hasta hace pocos años, punzando de improviso los glúteos o los brazos de sus víctimas... Pero quizás es aún más reveladora su afición a espantar a los niños o los miembros adultos de la familia. De una forma ingenua, desde luego, pero sin duda eficaz: una vez (no sé cómo podría hacerse con ella) escondió la mano cortada de un cadáver en la cama de su yerno... El pobre hombre, un discreto abogado, estuvo varios días enfermo después de aquel horrible suceso. En otras ocasiones se levantaba a intempestivas horas de la madrugada cubierta con una gran sábana blanca, se acercaba despacio hasta el dormitorio de los niños y les urgaba suavemente en las orejas y en las narices

hasta que se despertaban. ¡Figúrate su inaudito sobresalto al encontrarse frente a frente con un fantasma...! Estos sucesos le proporcionaron muchos conflictos con la familia, a los que ella no prestaba demasiada atención; sostenía siempre que se trataba de juegos inocentes...

—Curioso, muy curioso —dijo Julio Martín, mientras la tarde se había cubierto de sombras y Oliverio mantenía la luz apagada, de modo que el saloncito sólo quedaba iluminado ahora por las farolas de la calle y en la estancia se producía un extraño ambiente inquietante.

—Su hija, María Poillot (mi abuela se casó con un francés), fue un caso más serio. No existe, o yo no he podido encontrarlo, ningún retrato suyo, pero, por referencias escritas, sé que era una mujer alta y delgada, aficionada a los peinados recogidos sobre la cabeza y los vestidos negros, con un rostro alargado y pálido de gesto severo e impenetrable. Vivió durante la segunda mitad del siglo XIX, y la perfidia de tintes benévolos que presidiera la vida de su madre, adquiere en ella caracteres más siniestros. De esta mujer sólo tengo un dato sobrecogedor que anota con espanto una prima suya en una carta dirigida a su marido. Vivía mi abuela en una espléndida mansión de las afueras de Nantes, una casa llena de perros, gatos y pájaros... En los corrales, dedicados al consumo casero, había cerdos, gallinas, conejos y unas cuantas cabras. Seguramente te producirá un escalofrío saber que mi antecesora, María Poillot, *había dejado ciegos a todos estos animales...* No he podido averiguar cuál era el motivo de esta espantosa costumbre. Cuando llegaba algún animal a la casa, un perrito o algún escogido canario, la primera execrable ceremonia que se llevaba a cabo consistía en vaciarle los ojos... Ella misma —su prima lo relata, pues fue testigo de uno de estos hechos con motivo de la entrada en la mansión de un gato siamés—, con un diestro movimiento de los dedos índice y pulgar, se encargaba de hacer saltar los globos oculares a los desgraciados anima-

les... Y hay otro dato sobrecogedor: mi abuela tuvo permanentemente atada en el jardín, desde que nació, a una perra setter, con una cadena muy corta que apenas le permitía moverse. ¿Te figuras lo horrendo de toda una vida amarrado a un punto fijo, imposibilitado para cualquier expansión física? Pues bien, ahí no acaba todo: a las ocho de la mañana y al atardecer, María Poillot, callada y con una expresión indescifrable, se dirigía puntualmente al lugar de martirio de la desgraciada perra y, aquejada de una ira callada, pero inflexible, la golpeaba furiosamente con una gruesa vara de almendro durante varios minutos, sin decir una palabra. La desdichada perra, entre locos aullidos de dolor y sin la menor posibilidad de defensa, se orinaba temblorosa durante todo el tiempo apenas percibía que su dueña se aproximaba. Ni un sólo día faltó a esta macabra cita hasta que se produjo la prematura muerte del animal...

—¡Es horroroso! ¡Horroroso! Pero, ¿por qué?

—Eso no lo he podido averiguar... Pero es posible aventurar una hipótesis probable: *por nada,* por simple satisfacción de unos instintos de crueldad insuperables. Se trata también, supongo, de una penetración como otra cualquiera en el misterio de la vida. Quien inflinge dolor está experimentando de un modo especial sobre las posibilidades de la existencia... Después se produce también un goce incomparable, una emoción equivalente, sin duda, a esa enervante experiencia que protagoniza el artista en el momento más crítico de su trabajo creador...

—Pero, es intolerable...

—¿Quieres que siga? Le toca el turno a alguien ya muy próximo: a mi padre.

—¿No enciendes la luz?

—Después... El marco de este salón en penumbra creo que se ajusta bien al tema de nuestra conversación. ¿No son inquietantes y hermosas las sombras de los muebles sobre los muros?

—No sé que decirte... En fin, háblame de tu padre.

Supongo que si la perversidad va en aumento, su historia será espantosa...

—Lo es. Escucha. Pero te ruego que jamás reveles a nadie lo que te voy a decir. Sería tan sólo manchar su memoria de un modo inútil. El murió hace veinte años, y sus culpas, sus delitos, jamás fueron detectados por nadie. ¿De qué serviría ahora hablar de ellos? Sin embargo, no seré explícito en este caso... Fue mi padre; para mí y para mi madre un modelo de virtudes. Tan sólo deseo apuntarte la dirección y la intensidad que tomó en su persona la maldad transmitida de padres a hijos. Unicamente te ofreceré algunos datos que te permitirán hacerte una idea de su capacidad para la infamia. Tampoco me preguntes como he llegado a conocer esos datos. Era médico y tenía clínica propia. Resultaba muy sencillo: diagnósticos deliberadamente equivocados que se seguían de escogidas amputaciones gratuitas: los testículos, por ejemplo; los senos de las pacientes más hermosas, las manos de un pianista... Inoculación de enfermedades nefastas que él mismo evitaba curar para permitirse el deleite de ver fallecer a los enfermos en un estado ignominioso: sífilis, por ejemplo; lepra... Inyección de células cancerígenas en el feto de madres gestantes particularmente bellas y bien constituidas...

—¡Basta, basta...! No sigas, no puedo escucharlo —interrumpió de pronto Julio Martín—. Es espantoso, espantoso... No sé si realmente ha valido la pena oír todo eso... Tengo el ánimo deshecho.

Oliverio se había levantado y encendió la luz. A pesar de que tan sólo se trataba de una tulipa con una bombilla de poco voltaje, en contraste con la penumbra, la claridad repentina incidió sobre los ojos de Julio Martín deslumbrándole. Se puso en pie.

—En fin, tu teoría sirve hasta cierto punto, pero no está demostrada en su totalidad. La cadena de perversidad creciente iniciada en los Zaborowsky, termina en tu padre... ¡Gracias a Dios tú eres un tipo normal! Y no cabe la posibilidad de que la transmisión se

haya producido en un hermano tuyo, ya que, si no recuerdo mal, eres hijo único...

—¡Estupendo paraguas! —dijo entonces Oliverio cambiando bruscamente de conversación, al fijarse en el que había traído su amigo. Descansaba apoyado en la pared y lo tomó entre sus manos para observarle mejor.

—¡Magnífico! ¡Verdaderamente un buen paraguas! Sólido, de diseño impecable, severo y a la vez elegante. Y fíjate en la punta inferior... De buen acero, con una longitud mayor de lo que es corriente... Del todo señorial.

Le había dado la vuelta para mirar de cerca aquella punta. Julio, con la expresión satisfecha a causa de los elogios de su amigo hacia un paraguas que había buscado insistentemente por tiendas antiguas de varios distritos, se aproximó para comentar algo...

—Lo he busca...

No pudo terminar. Porque Oliverio, inopinadamente, con un movimiento rápido y violento acompañado de un grito seco, como quien usa un taco de billar con toda su energía, empujando con la mano derecha el puño del paraguas hacia arriba, bruscamente, acababa de incrustar la punta metálica en el ojo derecho de su viejo amigo Julio Martín. Fue algo horrible y sangriento. Julio Martín, con cierto retraso, un retraso de unas décimas de segundo ocasionadas por el estupor, lanzó un hórrido grito de espanto, de dolor y, conjuntamente, de miedo, mientras se llevaba la mano al ojo deshecho, sanguinolento y tumefacto. La mejilla izquierda se le cubrió en seguida de sangre tibia y miró aterrorizado a su amigo con el único ojo que le quedaba útil, entre una especie de veladura rojiza y alucinante. Por poco tiempo, ya que, moviéndose con agilidad y buena puntería, Oliverio, sumido en una especie de extraño delirio, había procedido, brutal e implacable, a reventarle el ojo izquierdo por el mismo procedimiento. Histérico y confundido, presa de un temblor incontrolable, Julio Martín retrocedió en su infierno mien-

tras balbucía un «¡no, no, no!» rastrero, y su viejo compañero, blandiendo el paraguas precisamente por su parte inferior, le infería un espantoso golpe en el cráneo, que repitió las veces necesarias hasta reducirle al estado de inconsciencia.

Corrió entonces a la cocina y, acercándose a un rincón donde permanecía apoyada, tomó una barra de hierro que medía casi un metro de longitud y tres o cuatro centímetros de grosor. Sus movimientos, rápidos y tensos, delataban una naturaleza impulsiva y nerviosa. Cuando llegó de nuevo al saloncito, su amigo gemía como un cerdo, no sólo por el dolor que le quemaba los ojos y el cráneo; mucho más aún al comprender con claridad que ya era ciego para siempre, algo inimaginable apenas tres minutos antes, cuando se disponía a salir de aquella casa para dar un paseo tranquilo hasta su hogar gozando del anochecer templado.

—¡Oh, calma, calma, calma! —vociferó fuera de sí Oliverio—. Ha sido un accidente. ¡Ha sido, ¿entiendes?, un ac-ci-den-te! ¡¡Un accidente!!

Y en seguida, perturbado por una rara furia, descargó frenético la destructora barra de hierro, una y otra vez, sobre los muslos y las piernas del desgraciado Julio Martín; golpeó, nefando, los brazos y los antebrazos, hasta destrozarle ignominiosamente los huesos de las cuatro extremidades, hasta machacarlos. Después, exhalando expiraciones ruidosas al ritmo de los impactos, le partió las caderas. Julio ya no gritaba, tan sólo hacía estertóreas muecas con la boca, que, instantes después, fue taponada con un gran esparadrapo.

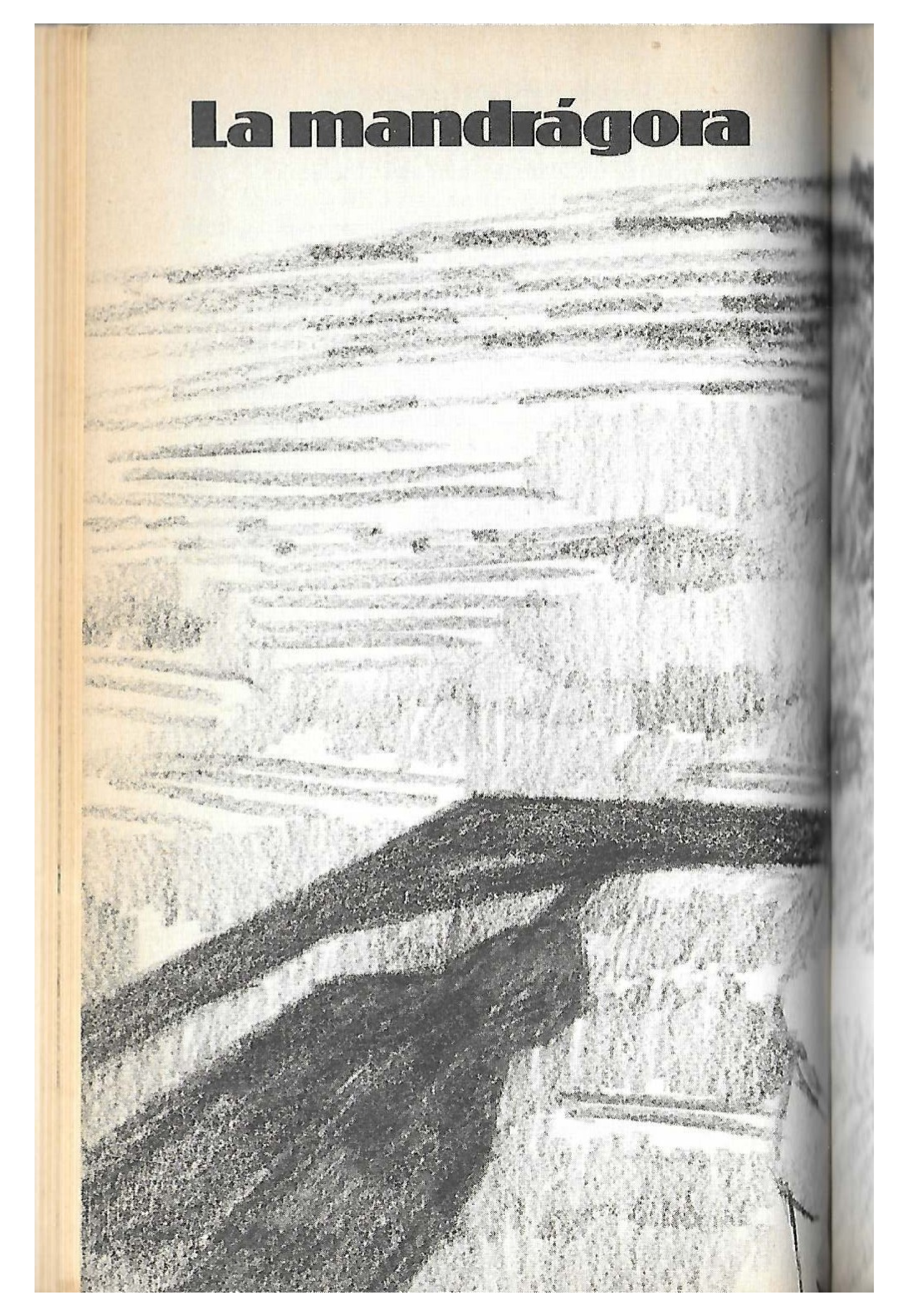
Acto seguido, moviéndose con decisión y rapidez, Oliverio Suances arrastró por las axilas aquel cuerpo, desarticulado como el de un muñeco de trapo, a través del salón, del corredor oscuro que comunicaba con el fondo en tinieblas del piso, allí donde estaban las habitaciones llenas de residuos y humedad, donde, tras un recodo, también aguardaba una puerta grisácea que abrió de una patada para recibir, desde

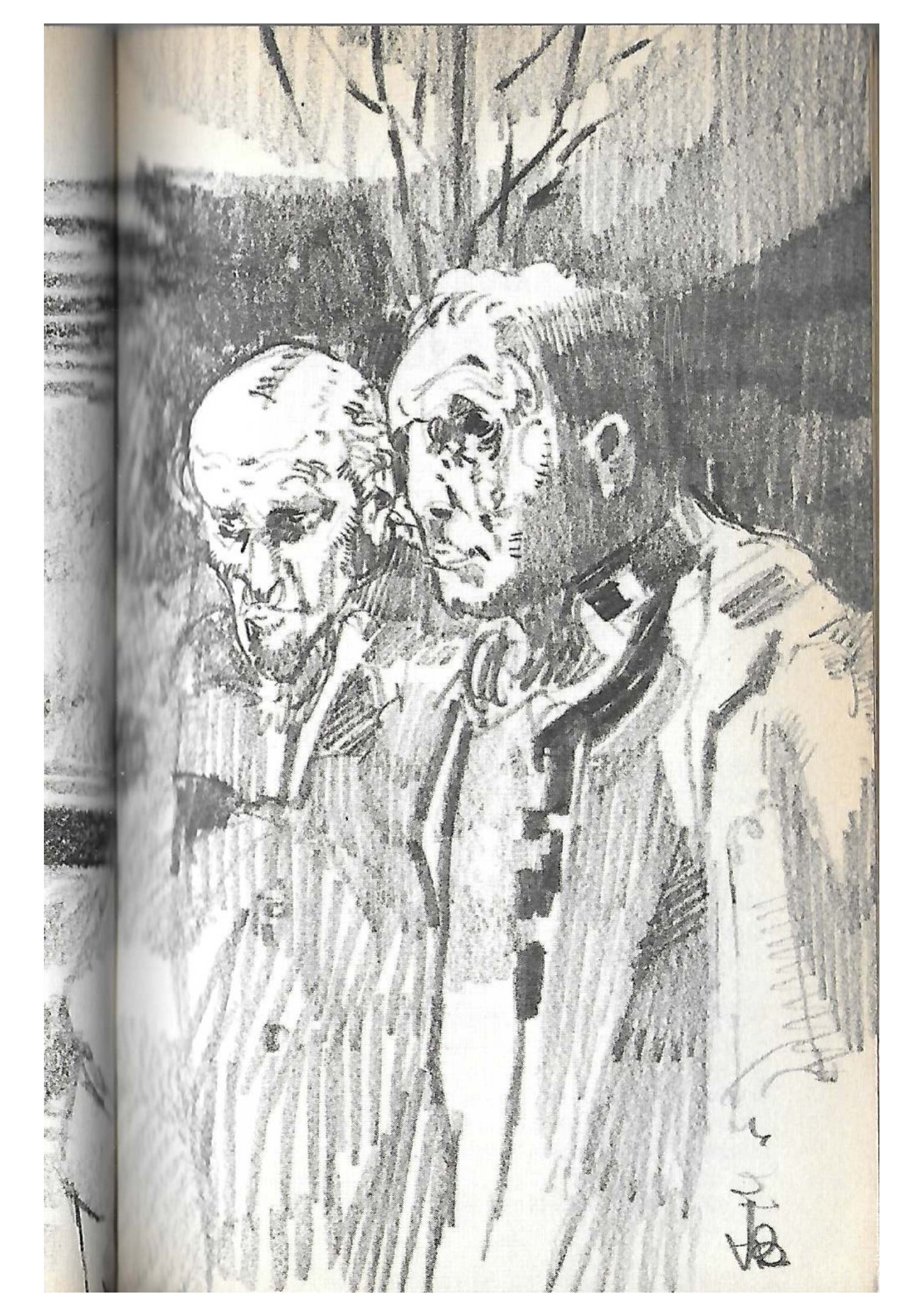
el interior de una sala en penumbra, un nauseabundo olor a matadero. Era una estancia de mosaicos blancos, donde, a lo largo de las paredes, se veían hasta diez garfios incrustados en los muros. Todos tenían residuos de sangre seca. De uno de ellos, ensartado por la garganta, colgaba un tipo joven, como un guiñapo, con las cuencas de los ojos espantosamente vaciadas y un gran esparadrapo tapándole la boca. Aún respiraba débilmente. Lo había colgado el martes. Algunos duraban hasta dos y tres días. Cuanto más aguantaban, con sus cabecitas lúcidas dándole vueltas sin duda a una situación demasiado espeluznante para ser descrita, provocadora con toda seguridad de muy buenas ideas, de hondos descubrimientos sobre lo contingente de la existencia y la perfidia del azar, Oliverio experimentaba compensaciones más placenteras. Sólo tuvo que levantarle hasta que la base de la mandíbula inferior quedó situada sobre el agudo pincho del garfio. Después lo soltó. Su propio peso le dejó perfectamente ensartado en el hierro. Se escuchó tras el esparadrapo un murmullo sordo, profundo, desde luego bastante helador. Sus brazos rotos no podían subir hasta el garfio para intentar algo. Pero sus dedos se abrían y cerraban con odiosos movimientos inútiles.

Antes de salir, poniendo en ello todo su empeño, Oliverio Suances, le conectó un nefasto puñetazo en el hígado. Al otro también. Después cerró la puerta, se fue al cuarto de baño y, tranquilo, se tomó una ducha fresca. Se peinó a la raya. Ya le quedaban pocos amigos vivos. Se roció abundantemente con colonia de la casa Alvarez Gómez, que compraba en la calle de Sevilla. Salió a la frescura de Santo Domingo y se dirigió relajado, satisfecho, hacia la plaza de la Opera, con esa tranquilizante laxitud que produce el hecho de haber rematado un trabajo difícil. Avivó el paso. Llegaba tarde a la última sesión de la Filmoteca Nacional. ¿Quién podía perderse una película como *To Have and Have not?*


BR

La mandrágora





La mandrágora

Delfín Rodríguez

«... Sólo fructifica allí donde la tierra ha sido fertilizada con la sangre de los condenados a muerte. Su raíz tiene forma humana y al ser arrancada de la tierra grita de forma escalofriante. Quien oye ese grito estremecedor enloquece o muere presa de horribles convulsiones...»



EL calor era agobiante. La llama de la vela estaba a punto de expirar y los ojos comenzaban a escocerme. Entonces entró él, con paso vacilante y se fue acercando poco a poco a la mesa. Se le notaba nervioso. Traía el rostro descompuesto y las manos y las piernas le bailaban como a un muñeco de guiñol. La débil luz de la palmatoria proyectó su sombra contra la pared y yo permanecí inmóvil, quieto como un cadáver.

La vela se fue consumiendo hasta que en un último estertor dejó todo en tinieblas. Sentí como se aproximaba unos pasos más hasta situarse a mi espalda. Un escalofrío recorrió todos mis miembros. Luego noté su mano caliente y sudorosa sobre mi cuello. Mi cuerpo se estremeció de nuevo pero seguí quieto. Comenzó entonces a hablar con voz entrecortada y cargada de emoción:

«Sí. Existe. Existe esa planta...»

Yo sabía bien de lo que mi tío me estaba hablando. Desde hacía mucho tiempo no tenía otra obsesión que aquella maldita planta que acabaría por trastornarle el cerebro:

«Sólo fructifica en las proximidades de los patíbu-

los, allí donde la tierra ha sido fertilizada con la sangre de los condenados a muerte».

Su mano seguía aferrada a mi cuello, transmitiéndome su emoción y un terror frío que recorría mis venas a cada nueva presión que ejercía con sus dedos sobre mi carne:

«Es una planta cuya raíz tiene forma humana y que, al ser arrancada de la tierra, grita de forma escalofriante. Quien oye ese grito estremecedor enloquece o muere presa de horribles convulsiones».

Apretó aún con más fuerza mi cuello, casi hasta hacerme daño, para irme soltando poco a poco y dejar salir de su garganta una risotada apenas alterada por los carraspeos oscuros que obligaban a subir hasta su boca unas flemas que parecían brotarle de las entrañas:

«Sí, querido sobrino. Existe. Es la mandrágora. ¡La mandrágora!»

Tras las exultantes muestras —no sé si de temor o de alegría—, quedó de nuevo en silencio. Luego, poniendo otra vez su mano sobre mi cuello, escupió contra el suelo y siguió diciendo:

«Yo sé dónde está y tú me ayudarás a cogerla. Ella nos dará riqueza, felicidad, salud...»

Acercó su boca a mi cara y pude notar sobre mis mejillas el calor de su saliva espesa y húmeda. Hice ademán de retirarme, pero antes de hacerlo él ya se había incorporado. Se dirigió a una vieja alacena llevando las manos por delante para no tropezarse. Una vez allí la abrió y sacó un largo cuchillo que blandió en la oscuridad. Volvió más tarde hacia mí, palpando con su mano una de las paredes.

Yo me levanté asustado y permanecí en pie, firme como una estatua. Se situó enfrente y alzó el cuchillo hasta la altura de los ojos:

«Alberga las almas errabundas de los ajusticiados y se alimenta con su sangre. Sí, puede proporcionarnos el amor, el poder, la fortuna y... y la muerte».

Giró suavemente el cuchillo y un rayo de luna que se filtraba por la ventana hizo brillar su hoja. Se in-

clinó hacia la mesa y palpó con avidez toda la superficie hasta encontrar la palmatoria. La tomó en sus manos y la apoyó sobre el pecho. Entonces introdujo la punta del cuchillo en el hueco en el que estaba la vela consumida y raspó su interior.

Cuando hubo concluido, dejó el cuchillo sobre la mesa y sacó del bolso de su vieja chaqueta otro cabo de vela. Lo clavó en el agujero y lo encendió. Lo alzó, como antes había hecho con el cuchillo. Pude ver entonces toda la sangre, toda la ansiedad que anidaba en ellos:

«No te miento, sobrino. Soy verdugo y conozco muchas cosas de ella. Verás».

Se dio media vuelta y se dirigió a un rincón, en el que había un viejo baúl, repitiendo sin cesar: «verás, verás...». Sobre su puerta medio destartalada había un montón de harapos que él arrojó al suelo de un manotazo. Abrió por fin y, a pesar de mi posición un tanto alejada, pude ver su contenido. Eran libros. Libros empolvados y raídos que despedían un fuerte olor a rancio:

«Mira».

Tomó un montón con su enorme y poderosa mano —en la otra mantenía la palmatoria— y los llevó hacia la mesa. Los depositó de golpe y arrastró una silla:

«Escucha bien».

Abrió uno de aquellos tomos —creo que era una vieja biblia— por una página marcada con un papel negro, y comenzó a leer y comentar:

«Aquí dice que se la consideraba como un poderoso afrodisíaco; es el filtro de amor que hacía del hombre más repugnante un auténtico e invencible galán en lides amorosas».

Yo estaba perplejo. Nunca hubiera imaginado que el tío Nicolás supiera tantas cosas de aquella planta que tan estrechamente estaba ligada a los patíbulos. Pero mi asombro no había hecho sino comenzar. Aproximó aún más la palmatoria al libro y siguió:

«También dice que es válida para ahuyentar los sinos funestos, para proteger a los hombres en las bata-

llas y para poner en la pista de tesoros fabulosos escondidos en las entrañas de la tierra. Sí, hijo mío. Pero además, era un ingrediente fundamental en los filtros de encantamiento en los que, amasada con sangre de murciélago y grasa de ajusticiado o de un niño muerto sin bautizar, servía a brujas y hechiceros para transformarse y adquirir cualquier fantástico aspecto».

Aquello era asombroso, sin embargo, la parte más cruel y terrible de la leyenda —yo todavía no daba crédito a cuanto estaba oyendo de sus labios—, aún no me había sido revelada:

«Pero todo tiene un precio. La posesión de una mandrágora siempre ha sido terriblemente difícil porque sólo es posible bajo un signo de cruel tragedia: el que la arranca de la tierra muere irremisiblemente».

Sus palabras retumbaron en mis oídos como el estruendo magnífico de un volcán que entra en erupción... «muere irremisiblemente». ¡Irremisiblemente!...

Mi tío creía profundamente en toda esa historia y su seguridad, rayana en la más obstinada terquedad, llegó a confundirme y a hacerme vacilar. ¿Sería posible que todo cuanto me contaba fuera cierto?

«La descubrí cuando ahorqué al último reo. La ví con mis propios ojos cuando el hilo de sangre cayó desde su boca al suelo, sobre aquellas ramas desnudas y misteriosas».

Hizo un minuto de silencio y le sobrevino un vómito que aguantó mordiéndose la bocamanga de su chaqueta. Parecía como si la dramática escena reviviera en su cerebro o se clavara en su retina. Luego continuó:

«Pero no es suficiente con que yo te lo diga. Tienes que verla, sentirla tan cerca que casi roce tus carnes; aspirar su aroma, beber su embrujo, como yo lo he hecho».

Se puso en pie, tomó la palmatoria y me invitó a seguirle agarrándome del brazo. Yo sentía un temor

atroz, oscuros presentimientos que se comunicaban a mis extremidades hasta hacerlas tiritar. Atravesamos el pasillo que daba acceso a la sala principal y salimos a la calle.

La noche me oprimió el corazón como si una serpiente se hubiera enroscado en él y presionara sin piedad con sus viscosos anillos. Un golpe de viento apagó la vela. Su enigmático silbido, que hacía crujir, temblar y estremecer a los tejados, se fue extinguiendo a medida que nos adentramos en aquel sendero estrecho plagado de cañas desnudas y espinosas.

De pronto y a lo lejos, descubrí la macabra silueta del patíbulo. Mis piernas perdieron fuerza y sentí filtrarse en mis oídos los latidos del corazón, como si repicara incesantemente sobre el mundo: ¡tac!, ¡tac!, ¡tac!... Y es que me figuraba que yo era el condenado que caminaba como un corderillo inocente e indefenso tras el implacable verdugo.

Al llegar ante aquel turbio ingenio de madera, mi tío extendió su mano para señalar la planta:

«Mira».

Estaba allí, quieta, muda, acechante. Me quedé maravillado. En verdad comunicaba extrañas sensaciones. Al menos yo las sentía: un intenso hormigueo por la espalda y una fuerte impresión cómo de estar flotando. Su voz partió el silencio como un hacha:

«Es la fortuna, la dicha, el amor...»

Sin embargo, yo seguía teniendo muy presente el altísimo precio que había que pagar por arrancarla, por sacarla de aquel sueño en el que parecía estar sumergida. Mi tío, como adivinando mi zozobra, se apresuró a decir:

«Hay que cogerla con arreglo a un ritual determinado y estricto. Debemos de poner un gran cuidado en la elección de la hora, que será la tercera o décima de una noche de sábado, cuando la luna se halle en condiciones favorables».

Me calmé. Parecía tenerlo todo previsto. De cualquier forma, seguía teniendo en mi corazón como

una negra nube que no acababa de dejarme ver con nitidez:

«Factores esenciales para llevar a cabo nuestra tarea son el ayuno, la castidad y la invocación de poderes superiores. Tendremos que disponer nueve objetos rituales...».

Y comenzó a citar, entre otros, el mirto combinado con sangre de murciélago y los sesos de un gato negro. Luego citó joyas, como perlas negras y una extraña figura pentagonal de plomo que debería de estar cubierta de dibujos sagrados. Finalmente habló de una varita mágica de sauce o avellano cortada con luna menguante y adornada de siete anillas metálicas de orígen planetario, de un cuchillo con mango de pino y de una espada, también mágica, con hoja de plomo.

Se había desbordado en explicarme todo aquello, pero no me había dicho todavía la forma de adquirir tan raros elementos:

«Tenemos que desnudarnos de pies y manos y trazar los tres círculos mágicos dentro de los cuales oficiaremos. Si la lluvia o el viento los borra, estaremos perdidos porque entonces...»

Y esto lo dijo con voz mucho más grandilocuente:

«... Entonces seremos entregados a las fuerzas del Maligno sin defensa posible. Si todo sale bien, la arrancaremos protegiéndonos las manos con algo que evite el contacto directo con ella».

No había duda de que mi tío había pasado largas horas estudiando el complicado ritual:

«Luego trabajaremos la raíz para darle aspecto humano: dos vainas de enebro constituirán los ojos y una de escaramujo perfilará la boca. Hecho esto, la colocaremos en una vasija con tierra consagrada de color rojo. La planta, regada diariamente con sangre de chivo o murciélago, se convertirá al cabo de cuarenta días en un ser humano diminuto que se desprenderá espontáneamente de la vasija. Entonces habrá sonado la hora».

Su relato me crispaba los nervios y no pude por

menos de comunicarle mis temores y vacilaciones:

«Con arreglo a esta creencia —me dijo—, hay otros ritos más fáciles de llevar a cabo. Así hay quien aconseja trazar un círculo entorno al tallo y, descubierta la raíz hasta sus «manos» y «pies», se la ata mediante una cuerda al cuello de un perro negro y hambriento. Después se pone comida ante su hocico de forma que no pueda alcanzarla si no es tirando y arrancando la planta. El animal morirá ahuyentando los espíritus malignos y errantes albergados en ella. Luego la cogeremos sin peligro».

Esta explicación me tranquilizó. Sin duda, era más viable:

«La historia está jalonada de ejemplos que atestiguan cuanto digo. Así, por ejemplo...»

Me citó alguno de ellos ciertamente increíbles. Por eso, y a la luz de la sabiduría que demostraba tener el tío Nicolás, comencé a preguntarme que ¿por qué no habría de ser como él decía? Y me decidí a ayudarle sin reservas ni temor.

El día que comenzamos los preparativos fue de una febril actividad. Compramos un rebaño de chivos para irlos sacrificando diariamente y alimentar con su sangre a la mandrágora y compramos también el perro negro de un posadero huraño y medio tullido.

Cerrados los tratos, llevamos el perro y los chivos a casa. Al perro, noble como un borrego, lo encerramos en una jaula de madera que habíamos fabricado a tal efecto sin echarle de comer en todo el tiempo. También adquirimos unos guantes, azadón, cera para taparnos los oídos y evitar escuchar el gemido maldito de la mandrágora, un saco de esparto y todo lo demás.

Confieso que estaba muy nervioso al llegar la gran noche. Era ya casi la hora —décima de un sábado en que la luna era favorable— cuando salimos de casa cargados como mulas para dirigirnos al lugar en el que estaba levantado el patíbulo en el que mi tío ejecutaba las sentencias.

El temblaba tanto como yo. Y no porque tuviera

miedo, sino porque estaba infinitamente emocionado. Siempre había sido un hombre criticado y vejado por la función desagradable que tenía que realizar y ahora veía la posibilidad de vengarse de cuantos le habían humillado en repetidas ocasiones.

Tomó el perro con una cuerda larga atada con un nudo corredizo al cuello y se echó el azadón al hombro. Luego comenzamos a caminar en un silencio sepulcral. La noche estaba negra, aunque serena, sin amenzar lluvia ni viento que podrían haber perjudicado nuestros planes. A lo largo del camino que separaba nuestra casa del lugar del patíbulo reinaba un silencio de muerte y en el suelo resonaban las pisadas huecas, como si patearan sobre estómagos vacíos.

Nada más llegar vimos la planta. Permanecía allí, orgullosa como una bella mujer. Mi tío me miró a los ojos y yo adiviné en los suyos una lágrima. Luego me apretó uno de los brazos. En sus labios asomaba una ligera espuma y sus ojos —me fijé bien— parecían como arrancados de sus negras órbitas.

Comenzó rápidamente a hacer el círculo entorno a la mandrágora utilizando la punta del azadón. Cuando hubo acabado, se puso los guantes y tomó con ambas manos la cuerda que ataba el cuello del perro. La llevó cuidadosamente hasta la planta y ató una de sus ramas. Cogió luego la comida para ponerla a una distancia prudencial del perro.

Mientras él hacía esto, yo sujetaba al pobre animalillo, que se removía inquieto entre mis piernas. Comenzó entonces a descubrir la raíz. Cuando alcanzó las «manos» de la mandrágora, destapó con avidez el resto del cuerpo.

Ninguno de los dos habíamos olvidado que si la planta no tenía forma humana, todos los esfuerzos habrían sido inútiles. Por fin llegó a los «pies». Si, allí estaban aquellas dos minúsculas extremidades tan perfectamente humanas que helaron mi corazón. Era un pequeño hombrecito, una sorprendente figura de apenas unos centímetros de largo.

Hecho esto, hurgó con sus enormes manos alrede-

dor de la raíz hasta dejarla casi en el aire. Luego se incorporó y me ordenó alejarme dejando libre al perro. Cuando me di cuenta de que mi tío no se había puesto en los oídos los tapones de cera ya era demasiado tarde. El perro, que confundía su piel con la profunda oscuridad de la noche, corrió hacia la comida como alma que lleva el diablo tirando con fuerza de la mandrágora.

Antes de que la hubiera alcanzado, cayó fulminado, como si un rayo sorprendente le hubiese atravesado el corazón de parte a parte. Quedé mudo, incapaz de mover una sola articulación. Poco a poco me fui quitando el emplasto que me había colocado en los oídos: el silencio seguía reinando en todo el contorno.

Mi tío se acercó lentamente. Me miró con gesto angustiado y me dijo que había oído el gemido horrible que la mandrágora emitió al ser desenraizada. Yo me asusté y él se inclinó hacia el suelo hasta poner el corazón sobre la tierra. Estábamos abatidos aunque nos fuimos tranquilizando al comprobar que en su cuerpo no se obraba ninguna extraña mutación ni que su cerebro daba señales de alguna incipiente locura.

Tras permanecer unos segundos en esta posición, se levantó y volvió la cabeza hacia la mandrágora que permanecía tumbada en el suelo como un auténtico cadáver. Se enfundó los guantes que momentos antes se había quitado y se inclinó para recogerla. La agarró por una de las cañas y la suspendió en el aire sin poder evitar un brillo triunfal en los ojos y dar un grito de júbilo. Sin duda estaba muy emocionado. Lo delataba el temblor de la mano con la que cogió el saco para meter la mandrágora. Cuando la hubo introducido, todo comenzó a desarrollarse de forma vertiginosa: yo recogí el cuerpo del perro y me lo eché al hombro, también el azadón y la lata de comida...

Comenzamos a caminar con paso rápido y nervioso. Mi tío, de vez en cuando, murmuraba algunas palabras sin dejar de llevar la vista al frente:

«Por fin. La fortuna, la dicha. Por fin, por fin...»

Al llegar a casa puso el saco sobre la mesa y, rápi-

damente, con el afán con que el avariento abre el cofre para contar las monedas, rasgó el esparto y fue sacando la planta suavemente. Cuando la tuvo sobre la mesa, se acercó a un recipiente que habíamos llenado con tierra roja, y clavó sus uñas en él hasta hacer un agujero en el que colocó la mandrágora. Rellenó más tarde la raíz con aquella tierra roja, sanguinolenta, y llevó el recipiente, con la religiosidad con que se transporta un cáliz, hacia una repisa situada al lado de una ventana.

Hecho esto retrocedió unos pasos, buscó una silla y se puso a contemplar, con los ojos inyectados en fuego, aquella planta que a la luz de la luna parecía un auténtico y escalofriante esqueleto.

Al cabo de un momento se levantó y, dando una media vuelta enérgica, comenzó a caminar hacia la cocina. Yo estaba asustado. En todo aquel tiempo mi tío no había pronunciado ni una sola palabra y yo temía que el gemido lastimero de la mandrágora le hubiese trastornado definitivamente.

Seguí sus evoluciones. El corazón me latía con fuerza. Había cruzado el umbral de la cocina y tomado entre sus manos un enorme cuchillo y una cazuela de porcelana. Ahora regresaba otra vez al salón de la mandrágora y tomaba la dirección de la calle. Me apreté contra la pared y contuve el aliento. Abrió la puerta y salió.

Pasaron unos segundos interminables, de gran angustia. El sudor resbalaba por mi cara y en mis labios pude notar su humedad y hasta su sabor. De pronto oí un chirrido. Di un salto y me apreté aún más contra la pared. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué pasaba? Quise acercarme a la ventana pero no tenía fuerzas ni para dar un solo paso.

Tras unos minutos más de zozobra y desasosiego, llegó hasta mis oídos el balido desgarrador del chivo que estaba sacrificando. Su lamento se fue apagando a medida que los cuajarones de sangre le iban invadiendo la garganta y la boca. Di un respiro de alivio y también de tristeza.

Cuando regresó, traía en las manos el cuchillo y la cazuela que rebosaba de líquido viscoso y humeante. Puso el cuchillo sobre la mesa y se dirigió con la cazuela al lugar en el que reposaba la mandrágora. Luego comenzó a echar la sangre sobre la planta hasta que la tierra quedó empapada.

Hubiera jurado que la mandrágora se estremecía al contacto con la sangre y que toda ella comenzaba a estirarse perezosamente, como si saliera de un profundo letargo, pero eso sólo debían de ser figuraciones mías.

Acabó el sangriento riego y se dirigió a su habitación de la que regresó con una manta que luego echó en el suelo, justo debajo de la repisa en la que estaba la mandrágora. Aquel extraño comportamiento se debía, creo yo, al miedo que tenía de que alguien pudiera descubrir su secreto, tan celosamente guardado, e intentara robarle la planta en una de las noches que habrían de pasar hasta que ésta se convirtiera en la pequeña figura humana que debería tener, según los libros, casi hasta alma.

A mí no me había vuelto a dirigir la palabra. Parecía como si también desconfiara de mis intenciones. Poco a poco me fui desaplastando de la pared. Estaba muy cansado y deseaba tomarme un merecido reposo. Le eché un último vistazo a la siniestra figura de la planta y me fui a la cama.

Fue una noche de perros. Tenía constantes pesadillas y horribles alucinaciones. Al final caí extenuado en un profundo y prolongado sueño que culminó en un sobresalto. Un grito helador me había hecho saltar de la cama. Me asomé a la sala de la mandrágora y lo vi. Estaba allí, arrodillado, en actitud suplicante, bebiéndose con la mirada de unos ojos desmesuradamente abiertos aquellas ramas que parecían tener movimiento, vida.

Lo saqué de su mística posición y nos tranquilizamos. Teníamos que hacerlo. Teníamos que mantenernos serenos hasta que llegara la esperada noche cuarenta. Pero era imposible. Cada ruido, cada voz

de nuestra misma boca y hasta cada movimiento, parecía erizarnos los cabellos.

Los días fueron cayendo uno a uno y con ellos los chivos a los que fuimos enterrando en tres hileras en la huerta. La tensión era creciente. Los dos, sin decirlo, esperábamos y temíamos algún suceso nuevo y espectacular. Aquella maldita planta parecía darnos órdenes y hasta manejar a placer nuestras conciencias.

Una de las tardes en que mi tío salió de casa, me decidí a tocarla. No podía aguantar ni un segundo más. Algo me impulsaba a ello. Eran tantas cosas las que decían los libros que ocurrirían si se tocaba, que estaba decidido a comprobarlo para salir de mi zozobra.

Me situé ante ella y alargué la mano derecha para tocar una de las puntas de sus cañas. La impresión que recibí al rozarla con la yema de los dedos fue tremenda, brutal. Estaba tan fría y resbaladiza como el hielo y, sin embargo, a los ojos parecía tan seca y árida como la mismísima arena del desierto.

Durante algunos días esperé con impaciencia a que algo fantástico e insospechado me sucediese, pero a medida que pasaba el tiempo me iba dando cuenta de que eso sólo era superstición y que la mandrágora podía ser acariciada con la mano desnuda sin peligro alguno.

Al llegar el día cuarenta, mi tío se mostraba extraordinariamente nervioso. Quedaban pocas horas para que sus deseos se hicieran realidad y un dolor, según me dijo, le atenazaba el estómago hasta el punto de hacerle vomitar repetidamente.

Después de cenar —él no probó ni una miga—, permanecimos sentados a la mesa durante un buen rato. Mi tío se mesaba los cabellos y se frotaba la cara continuamente. De pronto se levantó, se acercó a la repisa y se situó ante la mandrágora a la que le había nacido una extraña pelusa semejante en todo al pelillo de un recién nacido.

Yo le seguí y tras dos o tres minutos de permane-

cer a sus espaldas, me fui a la cama. Faltaban todavía unas horas para que se obrara el enigmático suceso que esperábamos y mis pies no soportaban más el peso de mi cuerpo. Vi, antes de alcanzar mi alcoba, como mi tío se enrollaba en la manta y se dejaba caer de rodillas para acabar tendido en el suelo.

Ya avanzada la noche, me pareció oír un gemido angustioso al que no le di demasiada importancia. Pero aquel gemido pertinaz y oscuro, que parecía provenir de ultratumba, volvió a repetirse por lo que decidí levantarme. Los ojos tensos de la noche acechaban tras la ventana.

Tomé un cabo de vela, lo encendí y avancé lentamente dando tumbos. Por fin llegué a la sala. La recorrí con la vela sin notar nada extraño, salvo las lógicas sombras que se proyectaban desde los muebles.

Me acerqué más, un poco más, y tropecé con los pies del tío Nicolás. Proyecté la luz de la vela hacia él y no pude por menos que retroceder unos pasos. En mi garganta permanecía atenazado un grito de terror. La visión que tenía ante mí era cruel, espantosa.

Quise huir, pero di un traspiés y algo se me clavó en la pierna. Sentí un dolor infinitamente agudo, pero aquella visión horrible era más fuerte que el mismo dolor. También tuve la sensación de que me estuvieran arrancando a tiras la piel del cuerpo. Las palpitaciones de mi corazón aumentaban y parecía que iba a estallar de un momento a otro.

En mi febril imaginación creí que en el boquete de la pierna me habían ensartado la vela encendida, tal era el calor que tenía en ella. Me acurruqué en un rincón y permanecí quieto, mudo. El tiempo pasaba con lentitud desesperante y yo no me atrevía a acercarme más al cadáver de mi tío.

Las oleadas de dolor seguían recorriendo mi cuerpo. Las pupilas debían de reflejar toda aquella horrible escena. Alcé el cabo de vela hasta la altura de los ojos e intenté proyectar su luz hacia la repisa de la mandrágora. Entonces, sólo entonces, me dejé caer de golpe.

La mandrágora, aquel maldito vegetal —o lo que fuera—, no estaba allí. Había saltado de su recipiente y se encontraba subida sobre el cuello de mi pobre tío. Se lo había apretado tanto y de forma tan sobrehumana, que prácticamente se lo había seccionado. Sin embargo, a la luz deformadora de la vela, parecía que estaba vivo aunque tuviese un rictus entre amargo y dulce, agrio y espantoso en su cara.

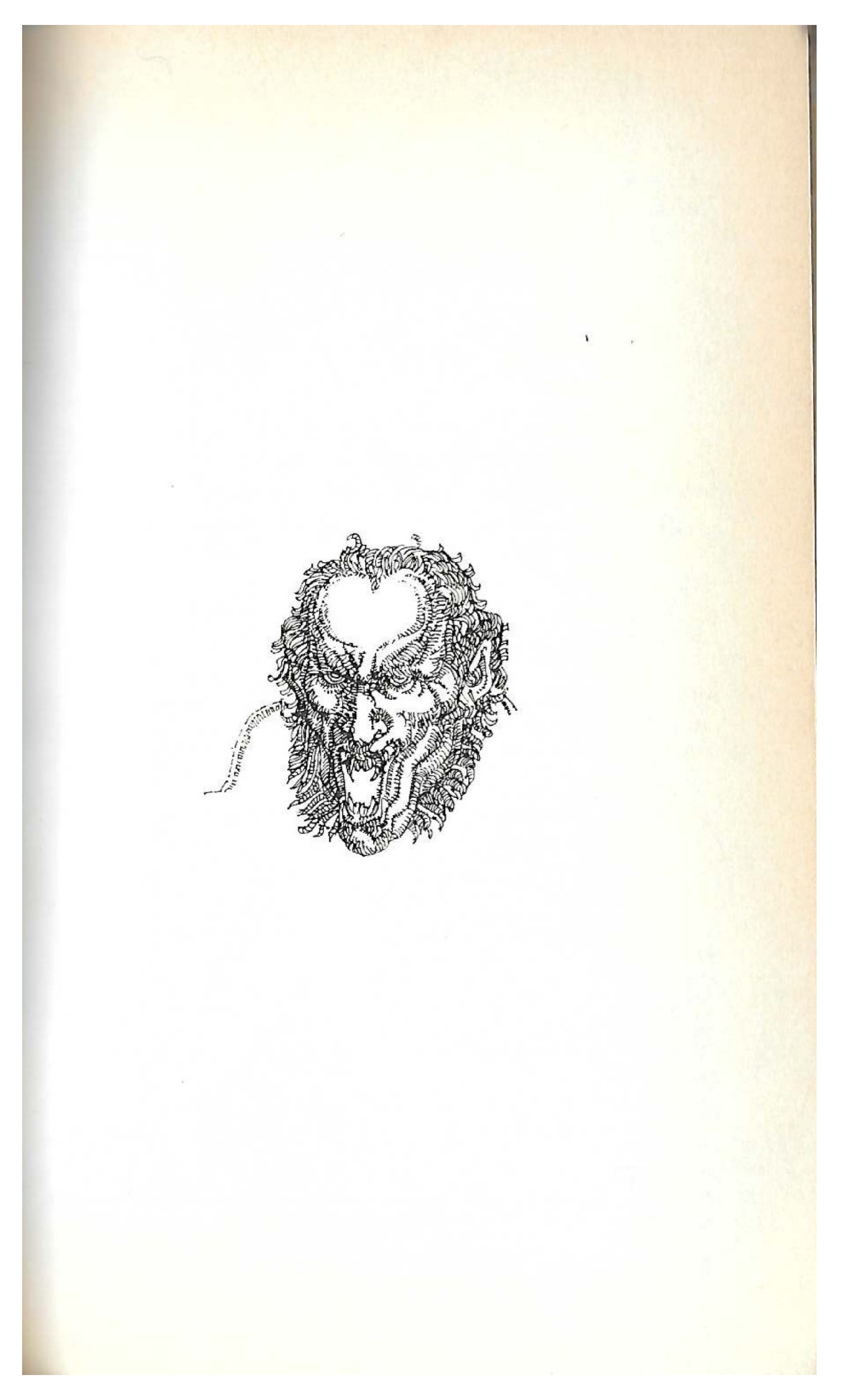
También parecía como si la mandrágora le hubiera chupado como una sanguijuela toda la sangre. Y lo parecía porque permanecía absolutamente blanco, como un vellón de lana o un montón de harina.

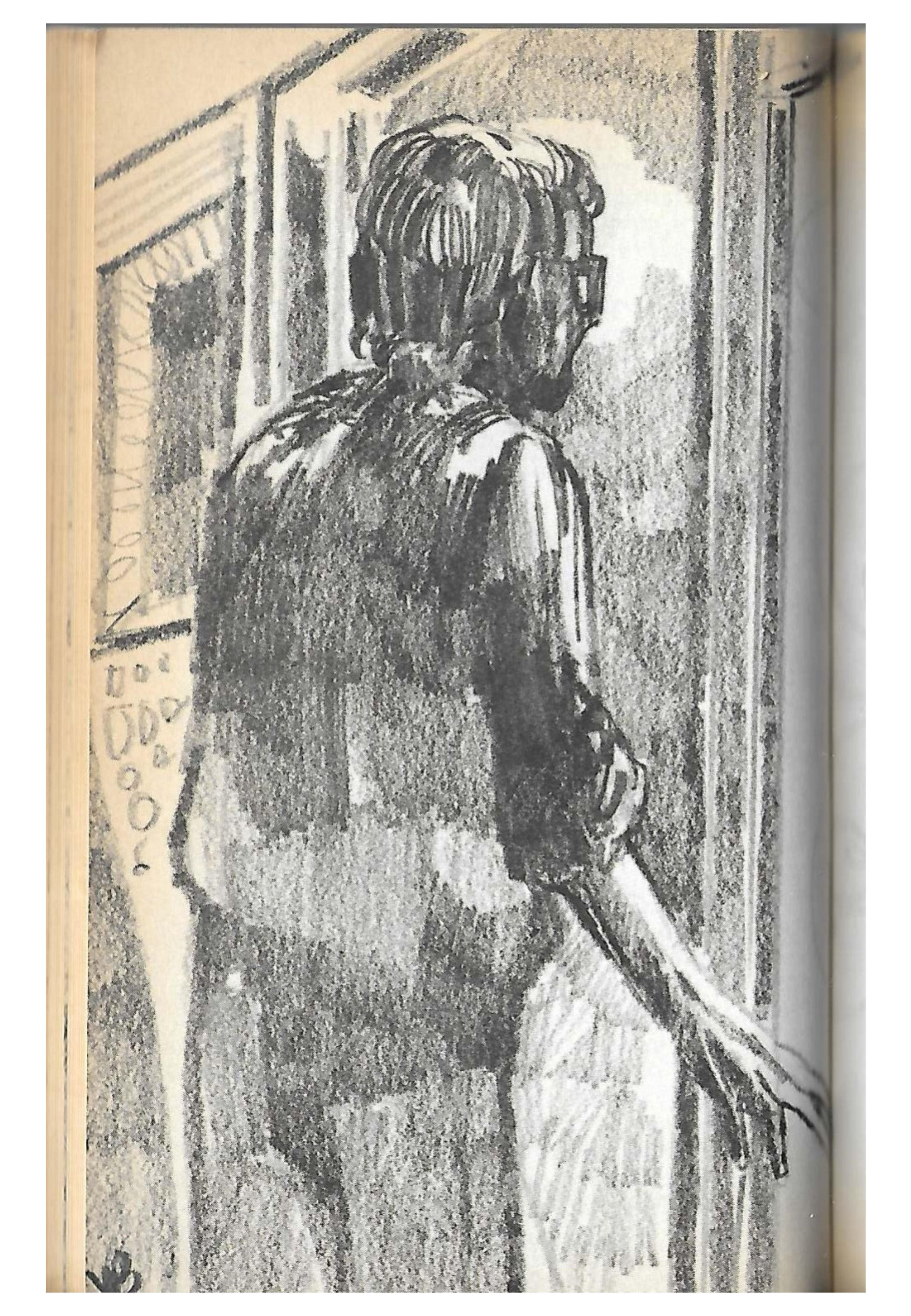
Aún sin salir de mi asombro, acerqué la vela un poco más. La mandrágora estaba allí, erguida sobre sus piernecillas, con su repugnante pelusa teñida de sangre y en una actitud que me pareció desafiante. Estuve a punto de perder el conocimiento. Todo me parecía el fruto de una imaginación enferma. Quise incluso pellizcarme, pero me pareció absurdo. La escena era real. Podía verla con mis propios ojos. Sí, era nítida, real.

De lo que pasó luego, casi no recuerdo nada, sólo que debí de apurar hasta el final la copa amarga de aquella indescriptible noche. Cuando desperté, el sol me hería los ojos. Hube de guiñarlos para no quedarme a ciegas. En aquella inconsciencia del despertar, creí que alguien me había robado el alma.

Quise levantarme de un salto, pero caí de nuevo presa de un terrible dolor. Volví entonces la cabeza hacia un lado y vi que estaba en la sala de la mandrágora. Mi tío estaba tendido a un palmo de mí. ¿Qué había pasado? Sólo minutos después recordé la dramática historia de la noche anterior.

Los pensamientos habían comenzado a bullir en mi cerebro y a dar vueltas como en una noria de locura y espanto. Al fin comprendí el por qué de aquel suceso extraordinario: mi tío, el verdugo, había sido la víctima de las almas errabundas que un día se albergaron en los cuerpos por él ajusticiados. Se había consumado una venganza.







Fantasma para un apartamento

Fantasma para un apartamento

Raúl Chávarri Porpetta

A fuerza de repetir la mentira, de bucear en la historia de un personaje que nunca existió, una mano invisible le inscribió para siempre en el Registro General de Fantasmas...



Mi perro, Lord Archivald Leavenwhort, más conocido por «Gato», se estremeció en los territorios lejanos del sueño. En la puerta sonó un golpe de suave firmeza; estiré todo lo que permite mi desmedrada estatura y miré a la esfera luminosa del reloj, que indicaba las cuatro y media de la mañana. Cuando confirmaba el dato horario, volvió a sonar el golpe seco de los nudillos contra la puerta, «Gato» se conmovió nuevamente, pero sin abandonar la cacería fantástica que debía mantener por las praderas del sueño. Pensé que no era la hora más apropiada para recibir visitas, pero que, por otro lado, los golpes se oían demasiado corteses para ser preludio de una agresión o anuncio de la siempre inquietante defensa de la Policía. Por ello, me levanté, introduje los pies en mis zapatillas de tacón, que siempre contribuyen a prestarme una confortable seguridad, y envuelto en la bata, abrí la puerta.

En el dintel había un hombre que me pareció altísimo, enormemente pálido y de una exagerada delgadez. En el primer momento, pensé que su vestidura correspondía a un despistado que buscara el baile de

disfraces, al que pensaba concurrir vestido de Daniel Boone. Pero no tardé en identificar sus ropas. Era un traje de viaje, no demasiado flamante, de un caballero acomodado del siglo XVII, francés o italiano, llevaba jubón y calzas de cuero, una camisa de seda con ligeros síntomas de deterioro, un talí labrado del que pendía una espada y unas botas de ancha vuelta y cuadrado guardafrente. La manera que el visitante empleó para preguntar mi nombre, utilizando la lengua italiana con giros y modismos que me parecieron un tanto arcaizantes, era la propia de una persona educada; había en su acento una inflexión de cortesía, pero, al mismo tiempo, una cierta aseveración, como si la interrogación fuera gratuita y supiera perfectamente a quien se dirigía.

Con mi execrable acento lombardo, que en esta ocasión me avergonzaba mucho más, le respondía afirmativamente, inquiriéndole con todo respeto a quién tenía el honor de hablar y cuál era la razón de su visita. Con una voz indefiniblemente preñada de tristeza me dio su nombre:

«Soy Anteo Selignano».

Hizo una pausa esperando mi reacción al identificarse. Reprimí mi sorpresa, mientras que mentalmente recapitulaba todo cuanto me recordaba nombre y apellido. En 1963 me correspondió catalogar la colección de los herederos de un Grande de España, cuyos antepasados desempeñaron en diversas ocasiones el Virreinato de Nápoles. El conjunto de cuadros y esculturas, muy rico, había sido depredado por los acreedores en diversas ocasiones y sólo unas cuantas obras de interés venían a colmar parcialmente las esperanzas de los herederos.

Con un gesto, invité a pasar a mi visitante, indicándole un asiento sobre el que distribuyó sus plegadas longitudes. Al tiempo, yo iba recordando la historia. En la catalogación y valoración de las obras surgían constantemente cuadros y esculturas atribuibles y dudosos, copias de estilo, réplicas de taller y en general realizaciones de escasa importancia. Ante los he-

rederos deseosos de escuchar nombres familiares, yo sólo podía exhibir aproximaciones de ambigüedades. Y entonces se produjo la idea. En la colección había una serie de ocho grandes cuadros, probablemente del siglo XVII italiano; en ellos se advertían distintas influencias, la composición de Gentileschi, la luz de Pretti y la vital dinámica de Lucas Jordan, demostraban el limitado talento creador del autor, pero su extraordinaria capacidad de producir una obra espectacular y placentera a partir de las invenciones de otros.

Decidí dar una pequeña satisfacción a mis clientes y al mismo tiempo jugar un poco con la historia del arte y la ignorancia de mis colegas. Me fijé en una figura repetida por tres veces en diferentes cuadros, un hombre alto, delgado, apuesto, vestido con un jubón de cuero, una camisa blanca y un talí labrado; atribuí a esta figura la condición de autorretrato y rápidamente inventé un nombre que no se encontraba lógicamente en el Benezit ni en ningún otro repertorio universal de artistas: Anteo Selignano. Acompañé al nombre de una breve referencia biográfica, establecí las pautas de una cronología y puse en manos de los herederos el único conjunto de cuadros de Selignano que se conocía en el mundo.

La inocente trampa, que sólo benefició a mis clientes, alcanzó un éxito imprevisible; los cuadros fueron adquiridos por el Instituto de Arte de una Universidad americana y tres años después ya había dos tesis doctorales y una monografía sobre la vida y la obra de Selignano, al que se atribuían espléndidas aventuras galantes y violentas, secretos amores con nobles damas y bellas princesas y fieros combates contra el turco en las tierras del Levante Mediterráneo. Retazos de obras y existencias de artistas de los que no había quedado el nombre, vinieron a engrosar el caudal de su recién nacida fama. Nadie se sorprendió de la falta de documentación y referencia entre los cronistas, historiadores y artistas de la época; por el contrario, en el pueblo de Caserta de Selignano, importante centro productor de pedruscos y de miseria, ra-

dicado en la Apulia, se descubrió el solar de la que fue casa de Auteo, que una suscripción popular reforzada por la mecenática ayuda norteamericana, convirtió en una bella y anacrónica reconstrucción.

Como si hubiera sido un padre desnaturalizado, yo olvidé a Anteo; no escribí una línea más sobre él, después del informe y renuncié a participar en las identificaciones que se me propusieron y en las discusiones que en torno a las diversas atribuciones se me ofrecían. Y, ahora, más o menos ectoplasmático, ligeramente desmejorado desde el cuadro en el que lo encontré y bauticé, Anteo venía a interrumpir mi noche y probablemente a darme cuenta de sus bienandanzas. Por ello, me acomodé en una silla, calmé la extrañeza de Lord Archivald, inquieto al encontrar unas botas que no ofrecían resistencia a sus dientes y dejaban pasar el noble hocico como si estuvieran hechas de niebla, y me dispuse a escuchar al inesperado visitante.

—«He tardado mucho —comenzó mi interlocutor— en localizarle. Prácticamente me he perdido en un bosque de revistas y de libros escritos en idiomas que no comprendo bien. He vagado por universidades y bibliotecas, escrutando ficheros y laboratorios de arte, buscando mi verdadero origen y mis raíces con la misma angustia de un hombre que hubiera perdido la memoria de sus progenitores. Ahora sé que usted y su absurda caridad son el único vínculo que me liga al mundo de los hombres».

—«Perdone mi extrañeza —respondí—, pero aún cuando conozco perfectamente la manera que tuvo de incrustarse su nombre en la historia del arte, no comprendo cómo y por qué lo lleva usted ahora y mucho menos las razones de un extraño parecido que advierto».

—«Todo es fácil cuando se explica; a fuerza de repetir la mentira que usted inventó, de encontrar la historia de un hombre que no existió nunca, un día alguna mano invisible me inscribió en el Registro General de Fantasmas, adquirí esta apariencia en fun-

ción de las imágenes que se creían mías y fui enviado a Caserta de Selignano para recorrer las estancias de mi reconstruida casa solariega. Pero no se sabe bien que amargo era este destino. Noche tras noche tenía que deambular por las habitaciones en las que se amontonaban estuches de carretes fotográficos, cajetillas de cigarrillos, envolturas de chicle y pequeños fragmentos de papel, con el teléfono más o menos privado de una mujer pública».

«Durante el día tenía que refugiarme en un sotabanco, donde escuchaba ininterrumpidamente las explicaciones de los guías, cada vez más ignorantes, más pedantes e irrespetuosos con la verdad, que confundían mi biografía con la de Caravaggio e indefectiblemente anunciaban la próxima película que se iba a hacer sobre mi vida, con fondos musicales e interpretada por Adriano Celentano en el papel de protagonista».

—«Aquello —continuó— era absolutamente insoportable. Me desplacé a Roma y solicité de la Intendencia General de Fantasmas y Apariciones de Interés Cultural y Turístico, que se me diera un nuevo destino. Viví sucesivamente entre los fantasmas que pueblan los museos y monumentos de la capital, los de Florencia, Perugia y Ferrara. En esta última ciudad, tomé conciencia de que yo no era un desdichado fantasma desmemoriado que no recordaba nada de lo que le atribuían como trabajos y aventuras, sino, sencillamente, que los cuadros identificados a mi nombre, único testimonio de mi paso por la tierra, al parecer habían sido realizados por un oscuro copista del final del siglo llamado Bato Batone, al que muchos habían conocido y que por su falta de talento nunca había alcanzado los honores de la reencarnación fantasmal. Este revelación me hizo mucho daño. No podía regresar a la nada porque yo era la nada misma. Los fantasmas de otros pintores, aquellos que se descuelgan de tablas y lienzos cuando se cierran los museos, me consideraban un advenedizo, me despreciaban y llegaban a preguntarme con insolencia a qué

nivel de recomendaciones o de influencias se debía mi presencia entre ellos. No se me invitaba a los aquelarres jubilosos de algunos sábados; las damas cuyo amor se me atribuyó, lamentaban no disponer de saliva para escupirme cuando nos cruzábamos en las salas palaciegas de Pitti o Bentivoglio. Me convertí en un paria en el mundo de los muertos. Y ante tanta sinrazón, decidí que tenía que encontrar las causas, buscar a mis familiares, conocer a ciencia cierta cuál era mi origen».

En este momento me recorrió un escalofrío. Pensé que el macilento caballero iba a levantarse de su asiento y abrazarme, identificándome como padre. Mi malestar fue tan ostensible, que incluso Lord Archivald lo notó proporcionándome dos o tres lametones confortadores. Me encontré sin palabras para solidarizarme con el desventurado, sin la posibilidad de introducir en sus manos unos billetes o un cheque discreto. No sabía qué hacer y mentalmente maldije a los herederos para cuyo consuelo tramé la invención.

—«Al fin —concluyó Anteo—, después de innumerables consultas y dificultosos desplazamientos, he llegado a adquirir la certidumbre de que nunca existió un hombre de mi nombre, que el primer testimonio que se conoce de mi existencia es un trabajo de catalogación y expertización firmado por usted en 1963. Ignoro las razones por las que lo hizo, pero así, como dicen que Minerva nació de una brutal terapia en la cabeza de Júpiter, yo he nacido en la de usted, y no tengo otro solar ni domicilio que aquel en que se encuentre. Por esta causa, vengo a pedir alojamiento hasta que, de la misma manera que surgí a la gloria por el camino de la casualidad, me hunda en el olvido y pierda mi fantasmal apariencia. De un caballero como usted, espero que me comprenda e incluso aguardo a que los años en que vivamos juntos podrán ser muy provechosos para mí, puesto que el mundo entero conoce de su prudencia y sabiduría».

Empleé muy poco tiempo en tomar una decisión.

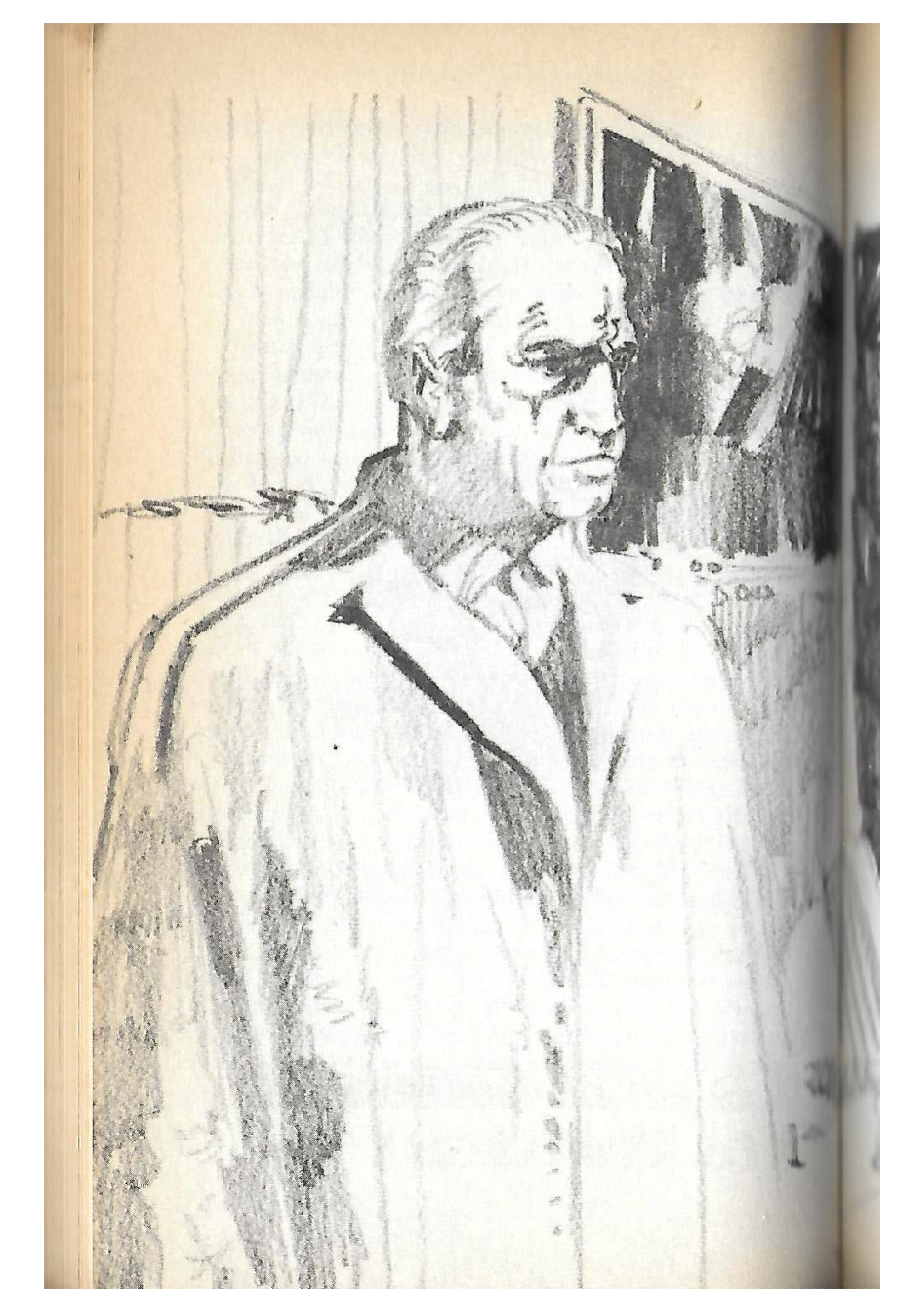
Lo que se me pedía era absolutamente justo y no había razón para que yo intentara compartir mi responsabilidad con los eruditos norteamericanos, biógrafos de Anteo, ni con la Universidad en que se conservaban sus cuadros. Pensé en mi pobre fantasma deslizándose a través de una pesadilla de Coca-Cola reiterada, de una angustia de inapagable aire acondicionado. Accedí a lo que me pedía. Y desde entonces, Anteo es mi huésped permanente. Nadie más discreto que él, jamás utiliza el cuarto de baño y sólo de tiempo en tiempo se embriaga destapando una botella de coñac o marrasquino y aspirando con deleitación el aroma que no puede beber. Durante la mayor parte de las horas del día, lee; me es altamente útil para refrescar mis conocimientos sobre la conversación italiana; ha llegado a intimar de manera sorprendente con Lord Archivald, al que en ocasiones y realizando un gran esfuerzo de su inmaterialidad consigue acariciar o estimular con suaves cachetes. Casi todas las noches saca de paseo al perro. Como vivo en el barrio de Salamanca de Madrid, en una zona muy frecuentada por la ultraderecha, nadie se asombra de su vestimenta cuando se lo cruzan por las noches y todos piensan que el talí y la espada no son sino nostalgias del imperio y premoniciones de su restauración.

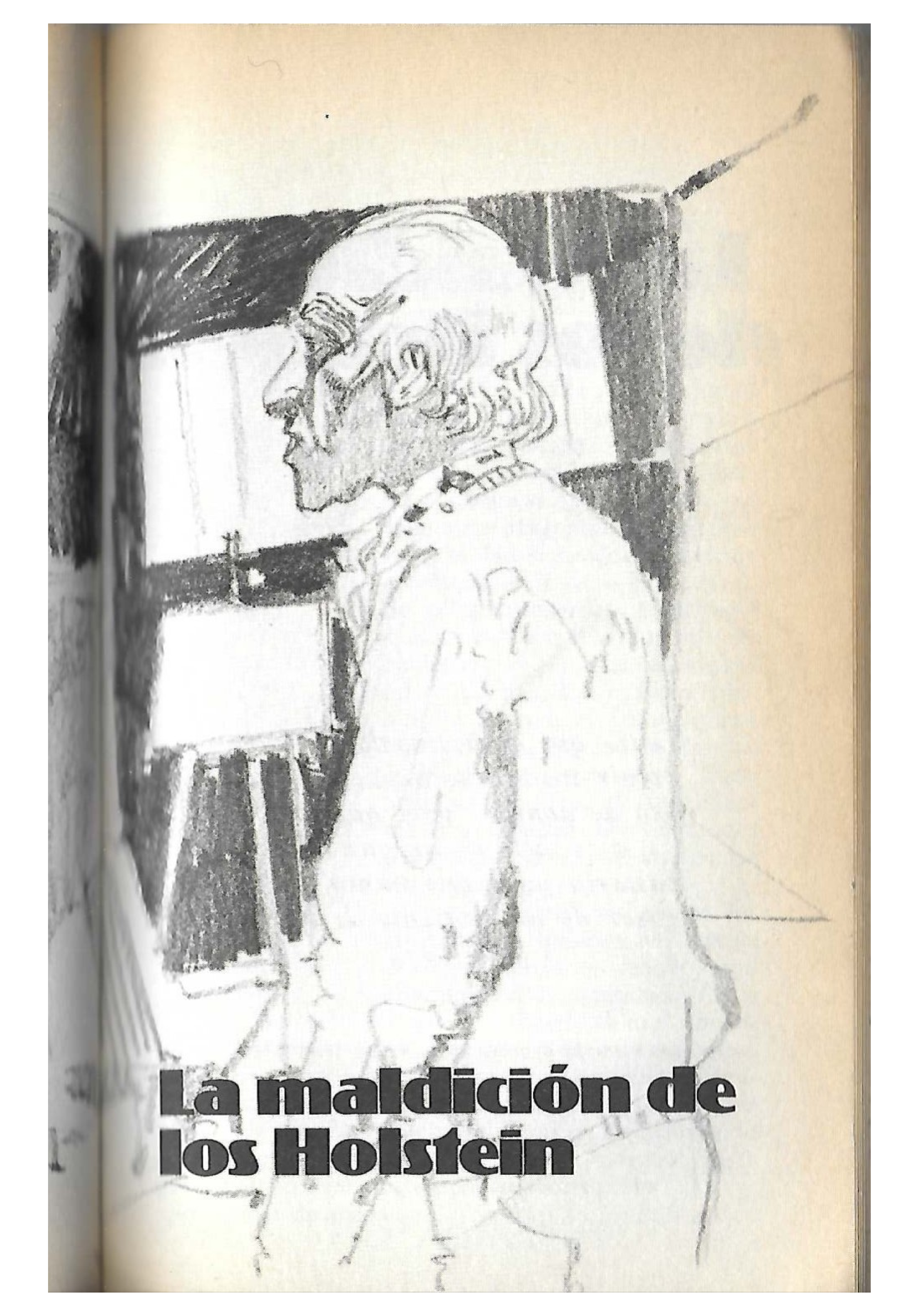
Algunas noches, cuando el destino me deparaba la compañía de alguna mujer que alivie momentáneamente mi soledad, Selignano lo adivina al escuchar las voces hablando quedo en el pasillo; abre la ventana y se lanza al vacío, prescindiendo de cualquier tipo de alarido que denotaría un estilo reñido con su natural elegancia. Sólo retorna cuando en las primeras horas de la mañana y desde la cornisa de un edificio próximo ve a la muchacha subir a un taxi. En ocasiones le he rogado que se quedara en pequeñas reuniones de escritores y artistas; una leve transformación del vestuario, prescindiendo momentáneamente del jubón y de la espada le ha convertido en un personaje que por su aspecto es más sobrio y menos ex-

travagante en el vestido que mis contertulios habituales. Habla en italiano, va aprendiendo francés e incluso he adquirido para él un curso audiovisual de español para extranjeros que estudia con disciplinada asiduidad. Ultimamente ya está aprendiendo a contestar por teléfono y a firmar los recibos de los telegramas y certificados. Durante las vacaciones permanece en la casa y no conozco cuidador más solícito.

Pienso que de nuestra compañía ha nacido una buena amistad, incluso un afecto. En ocasiones me obsequia con dibujos en los que agradezco el enorme esfuerzo que tiene que poner a contribución. De día en día, me acostumbro a consultarle mis problemas y a pedir su parecer, lo que me permite apreciar su buen juicio y la rapidez con la que integra los conocimientos que va adquiriendo. Una sola cosa me preocupa y pone en esta convivencia una sombra de dolor. Inevitablemente llegará un día en que Lord Archivald y yo, obedeciendo a la llamada de la especie, al plazo inexcusable que marca el fin de los días, no estaremos para acompañarle. La experiencia de los hijos y el conocimiento del egoísmo que abunda entre los amigos corpóreos, no me permite encontrar ninguna persona de buena fe para legarle mi apacible fantasma. Sé que a las amantes sólo se las puede dejar el recuerdo. Y en estas circunstancias, temo por mi pobre Anteo, acariciando el collar vacío de Lord Archibald y buscando mi tumba entre una de esas horribles metrópolis de muertos con las que especulan los empleados municipales. Por eso a usted, lector discreto, que a lo mejor vive con un perro que se llama «Gato» o con un gato que se llama «Perro», que le gusta escuchar a Albinoni o a Pedro Vargas, que ha logrado equilibrar entre amores y olvidos una vida serena, ¿no podría usted ser heredero de mi fantasma para un apartamento?







La maldición de los Holstein

La maldición de los Holstein

Stan B. Lukas

Tenía que exterminarlos si quería vivir tranquilo. Sabía que uno solo de aquellos seres que escapara a su acto de aniquilación, bastaría para que nunca pudiera gozar de un momento de reposo y de paz.



EL inspector Cristea sintió que se erizaban los cabellos de su nuca. La contemplación de los cadáveres hallados en la playa del moderno balneario de Neptun, totalmente desangrados, sin más heridas que una doble incisión en el cuello, le trajo el recuerdo de todas las historias de vampiros oídas, más bien ansiosamente escuchadas, en su infancia, pasada en el pueblecillo de Bran, próximo a Brasov, en los Cárpatos meridionales. Se trataba de dos jóvenes, uno de cada sexo. Pudo averiguar que eran dos estudiantes que pasaban sus vacaciones trabajando en uno de los hoteles del complejo.

Llamó su atención, entre los curiosos, un hombre del que le desagradó el largo cabello, que aburguesaba su apariencia en la opinión del veterano policía, efecto al que contribuían sus ropas, poco adecuadas a la avanzada edad del sujeto. Conviene advertir que en un país occidental, la impresión habría sido la contraria. Nadie habría tildado de aburguesamiento al hombre, sino que se le habría tomado por un ácrata, por un «pasota», hasta por un comunista en sociedades poco hechas a la contemplación de éstos.

Le recordaba a alguien. El anciano, molesto al parecer por su atención, se alejó, con paso firme y elástico, antes de que pudiera situarle. Se hizo la luz en su cerebro: ¡Vladimir Grigoriescu! Había sido un afamado pintor en tiempos de la monarquía, experto en el difícil arte del retrato. Le había supuesto —Cristea había pasado una época de vocación pictórica, de ahí su conocimiento del tema—, aventado por el torbellino de la guerra mundial y la revolución posterior. En el mejor de los casos, por incapaz de adaptar su fina manera de hacer al ciclópeo vigor impuesto al arte por los vientos revolucionarios. Trataría de hablar con él, antes de abandonar Neptun, sólo por curiosidad de antiguo admirador.

Distinguía todavía a lo lejos al viejo pintor. Se fijó en la forma peculiar de llevar el bastón, que para nada parecía necesitar. Recordó que había sido conocido por su afición a la esgrima, deporte en que llegó a formar parte de la selección rumana. Seguramente, se trataba de un bastón-estoque. Sí, sería conveniente hablar con el anciano, acaso como algo más que simple admirador.

Una llamada a su despacho de Mangalia le hizo regresar a Neptun antes de lo esperado. Otros dos nuevos cadáveres de jóvenes habían aparecido, ahora en el frondoso parque, casi bosque, que rodeaba la llamada «Aldea Rumana de Vacaciones». Justamente en una de sus típicas cabañas de madera, según se había informado, pasaban una temporada de descanso Vladimir Grigoriescu y sus dos nietos, siguiendo el primero uno de los tratamientos geriátricos de la doctora Ana Aslan.

Los dos cuerpos presentaban herizas punzantes, con toda la apariencia de haber sido causadas con espada o florete, que les atravesaban el pecho. Después, las cabezas habían sido destrozadas con una piedra.

Cristea inquirió cuál era la cabaña ocupada por Grigoriescu y se encaminó hacia ella, acompañado

por dos de sus hombres. La puerta se abrió de inmediato a su llamada, como si el anciano esperase su visita.

—¿Vladimir Grigoriescu?

—Sí. ¿Vienen a prenderme? ¡He matado a mis nietos, en cuanto he comprobado que por sus venas corría también la sangre maldita de los Holstein!

Cristea, mirando las ruinas ennegrecidas por el fuego del viejo castillo de los Holstein, coronando un cerro al que la nieve y los árboles revestían de una variada gama de grises, muy cerca de su Bran natal, se preguntó si habría algo de verdad en la incoherente historia de Grigoriescu, la que éste le había contado una y otra vez desde su primer interrogatorio, en el momento de su detención.

—Dios ha guardado mi vida para que exterminara a los Holstein. Para que borrara de la faz de la tierra hasta el último vestigio de su raza maldita.

Tras este exordio había comenzado su relato:

«Conocí a la bellísima Helena de Holstein en Bucarest, en la inauguración de una exposición de mis obras. Corría el año 1938. Desde el primer momento me atrajo su singular belleza, sobre todo un cutis alabastrino, casi transparente, como si no ocultara la presencia de venas por las que corriera roja sangre. La propuse que posara para mí. Pinté su retrato, que le regalé después, pues estaba completamente enamorado de ella para entonces.

»Parecía corresponderme, por lo que no me expliqué su súbita desaparición, que me causó una penosa impresión. Me resultaban fatigosos Bucarest y su ambiente, en aquellos días tensos que precedieron a la II Guerra Mundial. Pensaba en marcharme a París, aunque ninguna parte de Europa resultaba muy atractiva en aquellos meses, cuando recibí una carta del conde de Holstein, abuelo de Helena, en la que con gran amabilidad me rogaba accediera a pintar su retrato, subyugado, según él, por la calidad y belleza del que había pintado a su nieta.

»Esta fue la razón de que llegara poco después al castillo de los Holstein, ebrio de felicidad, pues estaba seguro de que mi amada no habría sido ajena a la decisión del conde de elegirme por su pintor de cámara.

»Estaba resuelto a prolongar mi estancia todo lo posible, aunque para ello tuviera que pintar los retratos de toda la familia y hasta de la servidumbre.

»No obstante mi exaltado y optimista estado de ánimo, me sobrecogió la apariencia del castillo, negruzco, dominando una montaña que, a su vez, parecía alzarse sobre las demás. Sentí algo así como un presentimiento, un escalofrío de ultratumba, que naciendo en la nuca, recorría toda mi espalda».

En ese momento, se excitó Grigoriescu. Muchas veces, en el curso de los interrogatorios, se compararía Cristea a sí mismo, con el burguesazo del héroe de Simenón, el comisario Maigret, por la paciencia que hubo de echarle a la escucha de los monólogos del viejo pintor, hoy recluido en un sanatorio psiquiátrico, por decisión de los tribunales del pueblo rumano.

«Un día, pintando, me di cuenta de lo que pasaba. ¡El conde de Holstein a quien yo retrataba y su antepasado, el que había combatido valerosamente a los turcos a las órdenes del «vaivoda» Vlad Tepes, eran la misma persona!».

—Grigoriescu, eso no podía ser. Comprenda que el primer conde de Holstein debió morir a finales del siglo XV.

—Desapareció en el campo de batalla, sin que nunca fuera hallado su cadáver, por lo que se le dio por muerto.

Pensó Cristea que era inútil argumentar con locos. Siempre encuentran algún argumento con que justificarse, en que basar absurdos, tales como que una persona no hubiera fallecido hacía casi quinientos años, porque no se hubiera encontrado su cuerpo. Pero debía seguir escuchando a Grigoriescu.

«Había llamado mi atención el retrato del primer

conde, que había en la galería familiar, justamente donde yo retrataba a quien creía su descendiente. Aunque la mano que lo trazara no tuviera la maestría de la mía, tocado aún su estilo de cierto medieval primitivismo, el artista había acertado a reflejar la mirada insondable de unos profundos, inquietantes ojos negros. El conde insistía en que trabajaramos de noche, pues aseguraba que sus ojos, delicados por la avanzada edad, no soportaban la claridad diurna. Prácticamente, yo tomaba bocetos por la noche, para seguir pintando de día en la misma galería, que a pleno sol tomaba un aspecto totalmente distinto. Compensaba la falta de sueño con prolongadas siestas. Fue una de esas mañanas, plenas de claridad, cuando intentando reproducir la profunda y oscura mirada del conde, la evidencia se abrió paso en mi cerebro. Mi mano de artista no podía engañarse. No era posible tal semejanza. ¡Los dos condes de Holstein eran una sola persona! Así lo atestiguaban los ojos negros que me miraban desde dos cuadros distintos, uno obra de un ignorado artista de hace medio millar de años, el otro, recién salido de mi mano.

»Estalló la guerra mundial y sólo nos quedó esperar que nuestro castillo, quedara lejos de las rutas de los ejércitos contendientes. El conde me invitó a permanecer en su mansión cuanto tiempo quisiera, pintando lo que me viniera en gana. Yo guardé en secreto mi descubrimiento, pues otras preocupaciones embargaban mi ánimo, como mi amor por Helena, exacerbado por la convivencia. Me sorprendió que fuera la propia condesa —buscando en la galería de retratos había llegado a la conclusión de que era otro cadáver viviente—, quien bondadosamente me facilitara el camino.

»Una noche, mientras daba los retoques finales al retrato que la pintaba, me sorprendió con una directísima pregunta:

—Vladimir, ¿por qué no se casa pronto con Helena? Podríamos hacer venir un pope de Bran.

»Pocas semanas después celebramos nuestra boda. Asistieron muchos parientes a la cena con que se agasajó a los invitados. Yo, recordando la galería de retratos familiares, encontraba tan sorprendentes parecidos, que tenía la sensación de que hubieran abierto todos los panteones, sepulturas y nichos de los Holstein, para que sus ocupantes acudieran a las nupcias de su descendiente.

»Comprendí que aquella situación no podía seguir, que estaba obsesionado por una ilusión, en la que jugaba, sin duda, destacado papel mi hiperestésica personalidad de artista y de la que había de liberarme, si quería ser feliz y hacer feliz a Helena.

»Pensé que sólo podía sacarme de la horrible duda una visita a los aposentos privados del conde. Si me introducía en su dormitorio y estaba durmiendo plácidamente, según aseguraba hacer para huir de la intensa luz matutina, mis sospechas carecerían de fundamento.

»A la mañana siguiente puse por obra mi designio. Nadie intentó impedir mi entrada en las habitaciones de Albrecht Holstein, si bien, tuve la sensación de que su criado personal, el turco Ahmed, me vigilaba disimuladamente. Una vez en su dormitorio, comprobé que la cama estaba vacía. Se me heló la sangre en las venas.

»Inicié una minuciosa búsqueda por la habitación, que me llevó a descubrir una disimulada puerta, que se abría justo dentro del gran armario donde el conde guardaba sus ropas. No resultó difícil abrirla. Había encontrado el acceso a un secreto corredor, de los que suelen abrirse en castillos y monasterios, aprovechando el grosor de los muros. Se iniciaba con una escalera de caracol, por la que descendí rápidamente, alumbrándome con una linterna de bolsillo. Lo desgastado de los pétreos escalones indicaba que había sido usada con frecuencia.

»Encontré una bifurcación al final de la escalera. Tomé el pasillo que mi sentido de la orientación me

indicaba se dirigía hacia la parte central del castillo. Lo encontré cubierto de polvo. No era éste el camino usual de los visitantes de estos secretos sótanos. No obstante esta evidencia, lo seguí hasta dar con una puerta de recia madera, aunque roída por la carcoma. Al asomarme al ventanillo enrejado que se abría en medio de la puerta, descubrí que aquello era un viejo polvorín, o Santa Bárbara del castillo, evidentemente abandonado hacía años.

»Desandé mis pasos, hasta llegar de nuevo a la bifurcación. Tomé ahora el corredor de la derecha, que descendía velozmente, en sentido paralelo al del foso, con el que debía comunicarse por algún punto, ya que pronto me hallé pisando agua, que con rapidez subió hasta cubrir mi cintura. Tenía la frialdad característica de todas las aguas subterráneas.

»Comprendí que, por su nivel, no podían estar en comunicación con el foso, como había supuesto, pues debía encontrarme bastante por debajo de éste. Debía tratarse de un riachuelo o canal, o bien de una combinación de ambos, ya que había huellas evidentes de trabajo humano en las paredes. También debía existir mejor medio de cruzarlo, que el que yo seguía, sumergido en agua helada casi hasta el pecho, con mi lenterna anunciando que su pila estaba a punto de agotarse.

»Descubrí en ese momento una especie de puente levadizo frente a mí, ahora levantado. Fue obra de un momento encaramarme hasta su base, para encontrar una nueva galería que se abría ante mis ojos.

»Estaba en un cementerio subterráneo. Había nichos a los lados, en las paredes, cubiertos con cristales, que permitían vislumbrar los ataúdes que los llenaban. Bajo cada uno de ellos aparecía el nombre de un Holstein o de una de sus consortes.

»De trecho en trecho hachones, uno de los cuales encendí, para preservar el resto de luz que quedaba a mi linterna. Las oscilaciones de la llama contribuyeron a dar un aire fantasmal y dantesco a la escena.

»El corredor desembocó en una más amplia ro-

tonda, en la que se abría lo que parecía ser la puerta de un mausoleo, que cedió, sin resistencia, al empujarla.

»La ocupaban dos lujosos ataúdes de rojiza caoba, a la que mi antorcha arrancó sanguíneos destellos. En uno de ellos, descansaba el conde, Albrecht de Holstein, fundador de la dinastía. Pero no vestía las ropas que corresponden a un guerrero del Renacimiento, sino un «pull-over» de cuello alto y un pantalón deportivo. Casi como dormía yo mi siesta, para preservarme de las corrientes de aire del viejo edificio. Pero él no respiraba, su inmovilidad no era la del sueño, sino la de la muerte.

»A su lado reposaba, en lo que debiera ser sueño eterno, su esposa. Ambos parecían mucho más jóvenes que cuando posaban ante mí, por las noches. Comprendí que se maquillaban, para aparentar una edad más avanzada. También, que los Holstein convivían en horrenda promiscuidad, vivos con muertos.

»Pero ahora tenía en mis manos su terrible secreto. Buscaría una estaca puntiaguda y terminaría con aquella abominación, con su cabeza al menos. Luego me llevaría a Helena lejos de aquel lugar infernal.

»Me retiré por temor a ser descubierto. En tanto no estuviera preparado, convenía que nadie se apercibiera de mi descubrimiento. Pensé en que había de exterminar a todos los vampiros, a la totalidad de los Holstein, si quería vivir tranquilo. Uno solo de aquellos muertos vivientes que escapara a mi acto de aniquilación, bastaría para que nunca pudiera gozar un momento de reposo y paz.

»La cercanía del polvorín que había descubierto me dio una idea. Estaba en mis manos volar el castillo, con cuanto contenía.

»Unos días después, cuando estudiaba la mejor manera de poner en práctica mis designios, Helena me comunicó que esperaba un hijo. Esto retrasó mis planes. Me hizo sonreír la idea de que sólo les quedaran unos nueve meses de «vida» a los eternos vampiros. Pensé que sería bueno estar en condiciones de

provocar la explosión a distancia del polvorín, o bien, utilizar una bomba de relojería de dilatada acción. En fin, arbitrar un medio que me permitiera huir con mi mujer y mi futuro hijo del castillo, antes de la voladura.

»Cada vez estaba más seguro de que Ahmed me espiaba. El tiempo transcurría en medio de una tremenda tensión nerviosa, pues era fácil deducir lo poco que valdría mi vida, en caso de que los Holstein sospecharan que conocía la verdad. Unicamente trabajé en el problema de preparar la explosión, lo que no fue difícil. ¿Hay algún artista que no posea cierta habilidad manual? Sin que nadie se apercibiera, un tendido eléctrico, hábilmente disimulado, puso mi habitación en comunicación con el polvorín, que podía hacer estallar con sólo accionar una palanca.

»Cuando Helena dio a luz una hermosa niña, viendo los transportes de sus abuelos, nadie se habría figurado estar ante monstruos de ultratumba. Comprendí que los Holstein estaban unidos por un fuerte sentido familiar, que formaban un apretado «clan». Parecía imposible que aquellos labios, que besaban con ternura un bebé, fueran capaces, en lenta succión, de extraer el fluido vital de un cuerpo humano hasta dejarlo exánime y sin vida.

»Comprendí el horror de todos mis antepasados campesinos, turbadas sus noches por el miedo a los muertos vivientes, tratando de protegerse de ellos con crucifijos y amuletos, de cuya eficacia dudaban en el fondo de su alma.

»¿Estaría en el secreto la dulce Helena? ¿Era posible que ignorase quiénes eran, en realidad, sus pretendidos abuelos? El amor me hacía estar seguro de su ignorancia.

»Una noche en que descansaba a su lado, con el pesado sueño de la satisfacción sexual, me despertó una sensación, como de punzada, en la garganta. Al despertarme, comprobé horrorizado que Helena bebía mi sangre glotonamente. La rechacé y lanzó un espantoso grito al verse descubierta. Me lancé sobre

ella, furioso por el súbito derrumbamiento de todos mis planes, de todas mis ilusiones. Al borde de la pérdida de la razón, apreté su garganta entre mis manos, hasta que brotó de ella un ronco estertor, que se apagó pronto. Helena, vampiro vivo, pasaba a la categoría de los muertos.

Salí de la habitación, para comprobar si el demoníaco grito de auxilio lanzado por Helena, había sido oído. Así había sido. Los Holstein me esperaban a la puerta. Dos de ellos me tomaron por los brazos y sin que el pavor que me paralizaba me permitiera oponer la mínima resistencia, me vi conducido a la presencia de Albrecht de Holstein, sentado en su sillón favorito, con toda la soberbia majestad de un viejo señor feudal.

»Me sorprendió que sujeto como yo, junto a la panoplia que sostenía diversas armas, entre ellas una afilada cimitarra, trofeo de un encuentro entre el conde y los otomanos, estuviera Ahmed, el criado. También, que el conde se dirigiera simultáneamente a los dos:

—Ambos habéis sorprendido nuestro secreto y debeis morir por ello. No creas, Vladimir, que tu ejecución se deberá a que has matado a Helena. A los Holstein nos importa poco estar vivos o muertos —rió con macabra ironía—. Pero, hemos llegado a conseguir que nuestros descendientes se conviertan en vampiros vivos. Somos ya los reyes de la noche y, protegidos por nuestros hijos, pronto dejaremos de temer al día. ¡Los Holstein serán los dueños del mundo!

Volviéndose hacia Ahmed, continuó:

—En cuanto a tí, desde el primer momento supe que habías llegado aquí buscando recuperar la cimitarra mágica que había sido patrimonio de tu familia —rio fuertemente—, la que creíais hacía invencible a quien la poseyera, ¡y así fue!... ¡Hasta que tropezó conmigo quien la blandía!

»Uno de los Holstein comenzó a hundir una daga en el vientre de Ahmed. No quería ahorrarle sufri-

mientos, ni tenía prisa en verle morir. Lo hacía lenta, pausadamente...

»La desesperación me hizo sacar fuerzas de flaqueza. Aprovechando la distración de mis guardianes, sacudí vigorosamente mis brazos para librarme de ellos. Lo conseguí y no sé por qué impulso, me lancé en socorro del desdichado turco, herido de muerte, derribando de un tremendo puñetazo a su verdugo.

»Me vi estrechado contra la pared. Conseguí de nuevo rechazar a mis enemigos, con un sobrehumano esfuerzo. En ese momento, me llegó la voz de Ahmed en expirante lamento.

—Tome la cimitarra y mate al conde.

»Me lanzó el arma, que tomé al vuelo por la empuñadura, al tiempo que agotado por su último esfuerzo, el turco caía, desangrándose por la boca. En el momento de asirla, sentí que el arma se acoplaba a mi mano perfectamente, que se convertía en una mortífera prolongación de mí mismo.

»Un terrible molinete me abrió paso hasta albrecht, que se levantaba del sillón para hacerme frente con su espada. No le di tiempo a ponerse en guardia. Mi cimitarra, de un solo golpe, le separó la cabeza del tronco. Brotó de su cercenado cuello un surtidor de sangre negruzca y hedionda, acogido con un clamor horrorizado por los vampiros.

»Antes de que se recuperaran de su sorpresa, con la cimitarra en la diestra y un taburete en la izquierda, que usé a guisa de escudo para defenderme de los golpes de sus armas, había ganado la puerta, no sin rebanar algún que otro brazo y hendir nuevas cabezas, entre los que quisieron cerrarme el paso.

»Ya en la puerta alguien se colgó de mi brazo derecho, para que no pudiera manejar mi arma, mientras con tremendos gritos incitaba a sus parientes para que me atacaran. Era Helena, resucitada a una nueva existencia.

»Con un tremendo golpe, asestado con el taburete, le destrocé el cráneo. El cuadro que presentaban los vampiros acosándome era dantesco. No sé cómo

pude soportar el horror de verme atacado por tantos cadáveres vivientes, entre cuyos labios sobresalían los afilados colmillos. Creo que fue mi entrenamiento de esgrimista que convertía en reflejos los movimientos de mi brazo armado, lo único que me permitió defenderme. A no ser que la cimitarra tuviera en verdad los poderes mágicos, que le habían atribuido los antepasados del desgraciado Ahmed.

»Unos molinetes de mi cimitarra contuvieron lo justo a los Holstein para que pudiera cerrar y atrancar la puerta, lo que me permitía unos segundos de respiro. Los justos para llegar a mi habitación, tomar a mi hija en brazos y lanzarme al foso, no sin antes accionar la palanca que volaría el castillo.

»Fue tremendo el ruido de la explosión, que me llegó cuando nadaba en el foso, sin soltar mi preciosa carga. Al trepar a la orilla opuesta, pude ver como se había hundido la fortaleza en gran parte, siendo el resto presa de un voraz incendio. Desde lo alto de las murallas vi como se arrojaban al foso algunos vampiros, convertidos en llameantes antorchas, en medio de un coro de infernales alaridos de dolor y desesperación.

»Hui, siempre con mi hija entre los brazos, transmitiéndola todo mi calor vital, de aquel maldito lugar».

* * *

Cristea dio una profunda chupada a su cigarrillo.

—¿Qué fue de su hija, Grigoriescu?

—Se crió en Hungría, donde yo me ganaba la vida dando clases de dibujo y pintando algunos cuadros, bajo nombre supuesto. Se casó muy joven y pronto me dio dos nietos gemelos. Nada sabía de su auténtico origen ni de quién había sido, en realidad, su madre. Yo era feliz y creía haberme librado para siempre de los Holstein y hasta de su maldito recuerdo.

Ante su interrupción, el policía le instó a continuar:

—¿Qué ocurrió después?

—Mi yerno empezó a enflaquecer a ojos vistas hasta que una mañana le encontraron muerto. Comprobé que tenía dos incisiones en el cuello y que estaba desangrado, lo que me hizo comprender que lejos había llegado el diabólico experimento de Albrecht de Holstein de crear vampiros vivientes, por medio de una monstruosa hibridez.

Tras una nueva pausa, ahora sin necesidad de nuevas instancias, prosiguió con su narración:

—Aproveché que vivíamos en el campo para quemar el cadáver en el patio y enterrar las cenizas. Después le dije a mi hija que era preciso que huyéramos a Rumania. No puso objeciones, por lo que nos embarcamos en un barco fluvial para seguir el curso del Danubio.

Un cloqueo alucinante, una verdadera risa de loco, brotó de sus labios:

—Los vampiros no saben nadar. Odian el agua. ¿No lo sabía? A mí, me lo contó mi niñera y pude comprobarlo la noche en que destruí el castillo de los Holstein. Ninguno de los que saltaron al foso, consiguió salir. Se ahogaron.

Hizo una nueva pausa, para tomar aliento:

—Por eso, cuando pasábamos ante Buda la hice subir a la cubierta, para que viera la panorámica de la ciudad. Aprovechando la oscuridad de la noche, la conduje a un rincón solitario de la cubierta, la amordacé para que no pudiera gritar y la arrojé al agua. Me alejé sin remordimiento alguno y con la esperanza de que sus hijos, mis nietos, no hubieran heredado la maldición de los Holstein. Cuando asesinaron a aquellos dos jóvenes, con los que habían hecho amistad, perdí toda esperanza y acabé con ellos, antes de que tuvieran tiempo de engendrar nuevos monstruos.

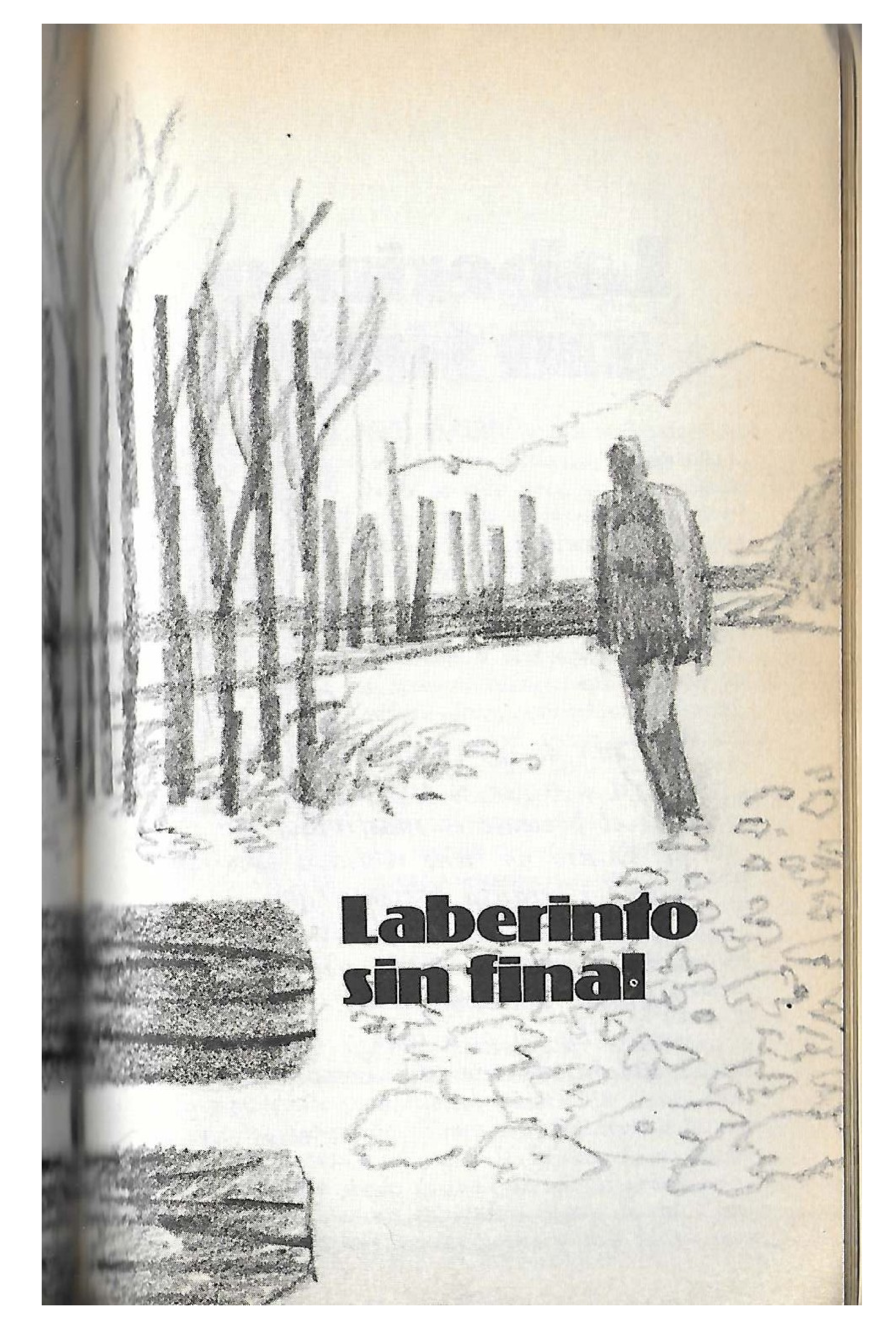
Cristea, poco a poco, casi sin darse cuenta, había subido hasta las ruinas del castillo y entrado en su recinto. Oficialmente se le había informado de que se

le consideraba destruido por la Luftwaffe alemana, que debió creer servía de refugio a las partidas de partisanos. Nada parecía confirmar la historia de Grigoriescu, al que habían considerado los tribunales y los psiquiatras un loco asesino. Sin embargo, la sinceridad y la convicción con que se la había contado, unida a su larga experiencia en el trato con hombres que mentían, aún ponían la sombra de una duda en los más recónditos rincones de la mente del policía.

Distraídamente, dio un puntapié a lo que tomó por una piedra. Al rodar vio que era un cráneo calcinado por el fuego, que parecía tener una expresión maligna. Lo que quedaba de columna vertebral adherido al mismo, presentaba un limpio corte, como si la cabeza hubiera sido separada del tronco de un solo tajo, dado con un bien afilado y muy cortante instrumento. ¿La cimitarra mágica de los Ahmed?, se sorprendió pensando. Bueno, en una forma u otra la historia estaba concluida. Inhalando una profunda chupada de su cigarrillo, inició el descenso hacia su automóvil, aparcado unos cientos de metros más abajo, en la carretera.







Laberinto sin final

Laberinto sin final

Alberto S. Insúa

«Una de las escuelas de Tlön llega a negar el tiempo: razona que el presente es indefinido, que el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, que el pasado no tiene realidad sino recuerdo presente. Otra afirma que mientras dormimos aquí, estamos despiertos en otro lado y que así cada hombre es dos hombres».

J. L. Borges «Ficciones»



ABRO los ojos y me enfrento con una totalidad blanca, difuminada. Sólo sé que veo, que mi visión no es nítida y que ese color es el blanco. Giro ligeramente los ojos —sé también que tengo ojos y que me sirven para ver— y la totalidad se fracciona: surgen dos esquinas y seis aristas que fraccionan el blanco; mi vista se va aclarando y percibo tres, cuatro, y finalmente cinco superficies; cuatro de ellas son blancas, perpendiculares tres a tres. La quinta, situada debajo, es de color marfil; recuerdo: marfil, color blanco amarillento, tejido dental de los mamíferos, colmillos de elefante... Hay dos superficies que son verticales, y descubro en ellas dos diferentes discontinuidades de un material distinto y forma rectangular. Comienzo a asociar: madera, cristal, puerta, ventana, paralelepípedo y punto de vista interno: habitación. Estoy dentro de una habitación. Tanteo, y descubro a la vez que tengo manos y el tacto de la tela. Giro lentamente la cabeza y veo el suelo desde lo alto y unos finos cilindros blancos, paralelos, detrás de mí. Continúo asociando mis percepciones y mis ideas: tela

blanca, barrotes blancos, media altura, posición supina. Estoy en una cama.

Todo resulta sorprendente. No sé nada, no recuerdo nada, y sin embargo, conozco las cosas a medida que las voy descubriendo. Sé que estoy en una habitación blanca, iluminada de forma artificial, ¡¡¡tumbada!!! en una cama blanca. No necesito mirar mi cuerpo, desnudo bajo la sábana, para saber que soy una mujer.

La puerta se abre. Entra otra mujer. Sonríe. Va vestida de blanco: la bata, la cofia, las medias, los zapatos. Esas palabras, que ahora recuerdo, se agolpan en mi cabeza junto con las ideas y objetos que representan generando asociaciones que se suman a las ya recordadas. Antes de que la mujer abra la boca y mueva los labios dirigiéndome la palabra, descubro que se trata de una enfermera. Deduzco de ello que estoy tumbada en la cama de un hospital.

Ahora la mujer me habla en un idioma cuyo nombre desconozco, pero que es el mismo en el que yo pienso. Su acento en cambio me resulta diferente y peculiar.

—¿Qué tal se encuentra? Ya veo que bien. No tiene que preocuparse. Una ligera conmoción, nada grave. Sólo estuvo inconsciente una media hora. Luego le aplicamos un sedante y ha dormido profundamente seis horas más.

Calla, esperando mi respuesta. Yo sonrío. No sé qué decir. Ella no parece extrañarse de mi silencio.

—Debe estar hambrienta. En seguida traerán algo. Cosas ligeras, claro. Un poco de caldo o zumo de frutas. ¿Recuerda como fue el accidente?

Calla de nuevo. Esta vez intento responder. Escucho, sin reconocerla, mi propia voz.

—No, no recuerdo nada.

—Bueno, no se preocupe, no tiene importancia. Sucede a veces. Creo que el carro sólo sufrió algunas abolladuras. Nada importante. El seguro se ocupará de todo. De administración me dicen que no pudieron encontrar los documentos del auto ni los suyos

personales. Deben estar en la cartera que usted llevaba, pero como tiene cierres de seguridad no han querido forzarla. Luego subirán para que rellene los formularios.

Me mira. Ahora si parece inquietarse por mi silencio.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, claro. Sólo estoy un poco aturdida.

—Es natural. Descanse un poco. Volveré dentro de una hora.

Sale de la habitación. Apenas cierra la puerta, salto de la cama. Descubro un armario empotrado y en su interior un vestido, un juego de ropa interior y unos zapatos de tacón alto. Deben ser míos. Me visto. El traje carece de bolsillos.

Abro la puerta con precaución y veo ante mí un largo pasillo vacío. Salgo de la habitación, cierro la puerta y camino sin ruido en la dirección de la derecha. Apenas andados unos metros descubro sobre la pared un rótulo de grandes letras rojas: SALIDA. Una flecha señala la dirección contraria a la que yo avanzo. Desando el camino. Hace un momento acabo de descubrir que existe el lenguaje escrito y que sé leerlo.

Recorro pasillos vacíos, me cruzo con personas a las que no extraña mi presencia, bajo escaleras. Trato siempre de guiarme por las flechas. Desemboco por fin en un hall gigantesco y cruzo la puerta que se abre a la calle. Salgo. Me vuelvo para leer el gran rótulo con el nombre del sanatorio: HOSPITAL ESPAÑOL. Bajo el rótulo un número: 2.975. Me alejo. En la primera esquina leo un nombre sobre una placa: Avenida Belgrano. Leo otros nombres en las calles perpendiculares a medida que las atravieso: Catamarca, Jujuy, Misiones, Saavedra... Son nombres vacíos que no hacen aflorar en mí ningún recuerdo.

Me he detenido ahora junto a lo que supongo es un quiosco de prensa. Leo las cabeceras de los periódicos: *Clarín, Crónica, El Cronista Comercial, La Razón, La Prensa, La Nación...* bajo todas ellas aparece

el siguiente epígrafe: Buenos Aires, 17 de enero de 1981. Me asalta el recuerdo: Argentina-Buenos Aires, Paraguay-Asunción, Uruguay-Montevideo, Chile-Santiago... Son nombres conocidos de ciudades y países pero no logro extraer ningún recuerdo más que los acompañe. Hay un detalle que me desconcierta. Al leer enero lo he asociado con invierno-frío-nieve. Pero yo siento calor, mi vestido y el de las personas que pasan son ligeros, debemos estar en verano. Paso a leer uno de los grandes titulares: La Junta de Comandantes designará antes de marzo el sustituto del general Videla. Más abajo, en la misma página leo la cabecera de un recuadro: Arte, Literatura. MACEDONIO FERNANDEZ. Por J. L. Borges. Videla, Macedonio, Borges, todos nombres vacíos. Escucho una voz a mi espalda.

—¿Desea algo?

Me vuelvo. El hombre del quiosco me mira con reprobación.

—No, nada. Sólo estaba mirando.

Me alejo. Escucho su comentario despectivo.

—¡Lista la mina! ¡Es de las que leen sin aflojar la plata!

Comprendo lo que ha querido decir, pero su lenguaje me resulta chocante. No es el mío. Plata-dinero. No tengo dinero. Las cosas se compran con dinero y yo no tengo.

Continúo por una calle perpendicular y cruzo una gran avenida. Leo su nombre: Rivadavia. Algunas calles más allá desemboco en otra: Corrientes. En la acera por donde camino hay grandes portalones. Deben ser cinematógrafos. Hay otros más en la acera de enfrente. Rótulos luminosos, ahora apagados, anuncian los títulos de las películas: *Superman II, Gente corriente, Moonraker, Alien, Viernes 13...* No recuerdo haber visto ninguna de ellas.

Llevo andando mucho tiempo y comienzo a estar cansada. Siento el estómago vacío. Hambre y sed a la vez. Evito mirar los escaparates de los restaurantes y

los pequeños quioscos que anuncian refrescos, pizzas, chorizos y empanadas.

He llegado a una plaza; en uno de sus ángulos hay un pequeño parque en el que juegan varios niños. Me dejo caer en un banco, bajo la sombra de un árbol. Hace un calor terrible y cada vez tengo más sed. Cierro los ojos; al abrirlos hay una sombra frente a mí. Levanto la vista. Hay un hombre que me mira. Consulta el reloj. Exclama:

—Quince minutos de retraso. Vamos, la están esperando.

Le miro sorprendida, pero me levanto como un autómata. Doy apenas unos pasos y él abre la portezuela de un automóvil. Subo y se instala a mi lado. El chófer arranca.

Mi compañero permanece en silencio mientras el coche rueda a bastante velocidad. Hemos dejado atrás el centro de la ciudad y el paisaje urbano ha cambiado de aspecto. Las calles son más estrechas, y las casas son ahora villas ajardinadas rodeadas de tapias altas.

El automóvil penetra por una gran verja de hierro que se cierra tras nosotros. Rueda todavía un centenar de metros por un camino de gravilla y se detiene ante la puerta de un chalet. El chófer uniformado desciende con rapidez y me abre la puerta. Bajo del coche. Dejo que mi acompañante me conduzca a través de un hall que desemboca en un salón en el que aguardan otros tres hombres. Son serios, de media edad, y van elegantemente vestidos. No se levantan cuando entro. El mayor de todos me señala uno de los sillones.

—Siéntese.

Me dejo caer en el sillón. Musito:

—Tengo mucha sed. ¿Podría beber algo?

El hombre se dirige a mi anterior acompañante.

—Sirva un refresco a la señora. ¿Coca-Cola?

Me encojo de hombros. De nuevo un nombre que no me dice nada. En seguida tengo frente a mí un vaso repleto de un líquido oscuro y espumoso en el

que flotan varios cubos de hielo. Bebo, y el sabor ácido y azucarado me resulta familiar. Apuro el vaso.

El hombre hace un gesto que no llega a ser una sonrisa.

—Estaba realmente sedienta. ¿Desea algo más? No, ¿verdad? Entonces vamos a lo que importa. Veo que trae las manos vacías. Una sabia medida de prudencia. Díganos donde están los papeles e iremos a buscarlos.

—No sé de qué me habla. No recuerdo nada. Tuve un accidente y...

Veo que su cara se demuda al escuchar mis palabras. Luego la sangre vuelve a sus mejillas, tempestuosa. Está francamente indignado.

—Si lo que pretende es más plata está realmente equivocada. No se haga la viva, si me permite un consejo. Este asunto ha costado ya dos vidas y usted es responsable de una de ellas. Una tercera no importa mucho.

Otro de los hombres interviene, interrumpiéndole.

—Espere coronel. Déjeme a mí. La señora va a comprender en seguida. Conocemos sus movimientos, paso a paso. Usted llegó en avión desde Madrid, la noche pasada. Teníamos su foto y la reconocimos en seguida, entre los viajeros. En el aeropuerto hubo un pequeño revuelo. Su anterior enlace llevaba a cabo un juego doble y tuvimos que eliminarlo. Usted aprovechó la confusión para escapar. El chófer del viejo la estaba esperando. En su casa él le hizo entrega de los papeles y usted le mató. No era necesario, pero lo pasaremos por alto. Incluso hemos borrado las huellas de su presencia; ya sabe, su bolso y sus documentos falsificados. Escapó con el coche y ese fue el momento en que la perdimos. Como teníamos una cita concertada no nos preocupó demasiado...

El tercero de los hombres interviene:

—Como ve, sabemos perfectamente casi todo lo que sucedido. Hay sólo ocho horas en blanco. Pensábamos que las había pasado en el hotel, descansando.

Usted cuenta ahora la extraña historia de un accidente. Bueno, es posible. Pero la policía no tiene registrado su nombre para nada. Nos habrían avisado de inmediato. Investigaremos, de todas formas. Siga con su historia. Tuvo un accidente y...

Miró a los tres, uno tras otro. Aguardan mis palabras con ansiedad.

—Quedé inconsciente. No recuerdo nada. Desperté en la cama de un hospital...

—¿Qué hospital?

El que me ha preguntado es de nuevo el mayor de los tres.

—El Hospital Español.

—¿Y los papeles?

—La enfermera habló de una cartera con cierres de seguridad...

Los tres hombres se levantan. El primero de ellos se dirige a mí y luego al hombre que me acompañó desde el parque.

—Investigaremos en el hospital. Usted se quedará aquí, esperando. Vigílela.

Salen. El hombre se sienta frente a mí. Saca una pistola y la coloca sobre sus rodillas. Me dice:

—Por favor, pórtese bien y no haga tonterías.

Trato de sonreír.

—Favor por favor, ¿puede darme algo de comer? Estoy desfallecida.

Se levanta. Va hasta el muebe bar y regresa con un paquete de galletas saladas y otro de frutos secos. Rellena mi vaso con más Coca Cola.

Como y bebo en silencio. Luego cierro los ojos. Seguramente me duermo.

Me despierta el timbre del teléfono. El hombre lo ha descolgado y escucha atento. Cuelga y me mira.

—En el hospital no hay ninguna ficha a su nombre. Nadie sabe nada de la cartera.

Mientras habla oprime con fuerza la culata de la pistola. Comprendo que corro un serio peligro.

Del jardín llega el ruido de un automóvil que arranca. El hombre gira la cabeza... y yo le estrello en

la nuca la botella vacía de Coca Cola. Rueda por el suelo.

Es cuestión de un segundo que salga del salón, atraviese el hall y franquee la puerta que lleva al jardín. Corro desesperadamente hacia la verja de hierro. La puerta está cerrada, pero junto a ella, en la pilastra que soporta sus goznes, hay un juego de botones. Oprimo el de color verde y se abre con un chasquido.

Corro ahora por la calle. Al girar una esquina descubro un coche estacionado. Voy a retroceder, cuando la puerta derecha se abre y una voz me grita imperiosa:

—¡Vamos, sube!

Sin saber por qué obedezco y entro en el coche. Arranca sin darme tiempo a cerrar la portezuela.

El automóvil marcha a toda velocidad. Miro al conductor. Es un hombre joven, bien parecido. Comienza a hablar de forma apresurada y un tanto singular.

—Escapaste por los pelos. Sabés, amor, lo tengo todo previsto. Esta noche, a las tres, hay un vuelo de Air France para París. Tengo un boleto reservado y un pasaporte en regla. Falso, por supuesto. Hay también unos dólares, no muchos, los que pude reunir. Vos tomás el vuelo y me esperás en París, en nuestro nido. Yo creo poder salir en una semana. Tengo amigos que me ayudan. Pasaporte diplomático, ya sabes.

Ha detenido el coche junto a un motel. Descendemos. Comienza a anochecer, y a lo lejos se vislumbran las luces del aeropuerto. El pone en mis manos un bolso negro. Entramos en el motel.

La habitación es pequeña, impersonal. Hay una sola cama, de matrimonio. Nada más cerrar la puerta me toma en sus brazos y comienza a besarme. Yo me dejo hacer, sin participar. Se separa y me mira con extrañeza.

—¿Qué pasa? Ah, ya sé, estás nerviosa, han sucedido demasiadas cosas. Pero, ¿vos me querés? Decímelo, ¿me querés?

—Sí, claro. Claro que te quiero.

He contestado sin pensar. El me abraza y comienza a desnudarme. Luego se libera de sus ropas y me empuja sobre la cama. Me besa y susurra en mi oído:

—Es la última noche que pasamos juntos.

Siento que me penetra y comienza a hacerme el amor. Pasa todavía un tiempo hasta que yo comienzo a sentir y me abandono. El placer de ambos llega simultáneo y estalla, borrándolo todo. Luego viene la laxitud y con ella el sueño.

Noto que me agitan y abro los ojos. El está allí, de pie junto a la cama, ya vestido.

—Apuraté. Es hora de ir al aeropuerto.

Me visto rápidamente. Unos minutos después estamos en el coche rodando a toda velocidad.

Aparca el coche en la zona internacional. Baja conmigo y camina delante, abriendo marcha. Yo le sigo, apretando fuertemente el bolso negro que cuelga sobre mi cadera. Entramos en el hall del aeropuerto. El me encamina hasta el principio de un pasillo y se detiene.

—Aquí nos separamos. Al final del pasillo torcés a la derecha. Cien metros más allá está el control de pasaportes. Junto al boleto llevás la carta de embarque. Todo okay. ¡Chao!

Se da la vuelta y se aleja. Comienzo a andar en la dirección indicada. Antes de doblar el pasillo me vuelvo y veo que dos hombres le han rodeado sujetándole los brazos. Veo como su cara se crispa mientras sus piernas se aflojan. Le sueltan y se desploma, llevándose las manos al pecho.

Tuerzo por el pasillo y corro desesperada. Me mezclo con un grupo de gentes que sale por una puerta acristalada. Van sonrientes y cargados de equipajes.

Sin saber cómo atravieso de nuevo el hall del aeropuerto y me detengo, ya fuera, al borde de la calzada.

Un automóvil se detiene. El chófer desciende y me abre la puerta.

—Suba, por favor. El señor me envía a buscarla.

Dudo un momento, incluso me vuelvo y miro hacia el interior del hall. A lo lejos creo ver a los dos hombres que acaban de matar a mi compañero. Eso me decide. Subo y el automóvil arranca.

Hay un nuevo recorrido, unos nuevos arrabales con palacetes ajardinados y tapias altas, una nueva verja de hierro que se abre y un corto camino de gravilla.

El chófer desciende y me conduce, en el interior de la villa, hasta un lujoso salón.

—Siéntese, por favor. El señor baja en seguida.

Me siento. Sobre la mesa hay una caja de plata. La abro. Está llena de cigarrillos. Enciendo uno, y al hacerlo, una pequeña brasa cae sobre mi vestido y deja en él un diminuto agujero. Aplasto el cigarrillo con fastidio. Es mi único vestido.

Oigo pasos a mi espalda. Me vuelvo. Un hombre, viejo y grueso, me mira sonriente.

—Así que ya llegó. Por una vez el vuelo ha sido puntual. En un momento le entrego los papeles.

Toma de un cajón una cartera negra con cierres de seguridad y la abre. Está vacía. Va luego hasta una de las paredes y hace girar un cuadro, descubriendo la puerta de una pequeña caja fuerte. Manipula la cerradura y la caja se abre. Lentamente va sacando papeles que deposita en la cartera. Luego la cierra con llave y me la entrega.

—Antes de que se vaya me gustaría hacerle unas preguntas. Supongo que comprende la importancia de su misión. Si estos documentos llegaran a manos del coronel y sus hombres, la vida de miles de personas y el porvenir de todo un pueblo estarían en un gravísimo peligro. Cualquier retraso sería también fatal. ¿Me permite ver sus documentos?

Sin esperar respuesta, alarga la mano y toma el bolso negro. Estudia el pasaporte y el billete de avión. Pone cara de extrañeza.

—¿París? No era eso lo convenido. ¿Conserva el billete de ida? No lo encuentro.

—No, no lo tengo —balbuceo.

Ha abierto un cajón y extrae rápidamente una pistola. Me encañona.

—Todo esto es muy extraño. Tal como están las cosas no puedo fiarme de usted. Devuélvame la cartera y comience a explicarse de una forma convincente si es que estima en algo su vida.

Le miro a los ojos y comprendo que estoy perdida. Hago ademán de entregarle la cartera, y le golpeo con ella en el brazo que sujeta la pistola. El arma cae al suelo. El retrocede, trastabilla y cae hacia atrás golpeándose la cabeza con el borde de la chimenea. Queda inmóvil en el suelo, mientras la sangre empieza a fluir empapando la alfombra.

Salgo corriendo del salón, atravieso el hall y abro la puerta que da al jardín. El coche está detenido junto a la puerta de entrada, vacío y con las llaves puestas. Me siento en el asiento del conductor. En ese momento descubro que tengo en mi mano, aferrada, la cartera negra. La lanzo sobre el asiento trasero y pongo el coche en marcha. Conduzco lentamente por el camino de gravilla y veo ante mí la verja abierta. Antes de traspasarla oigo gritos a mi espalda. Miro por el espejo retrovisor. El chófer corre hacia mí, empuñando una pistola. Acelero y escucho un disparo. Al salir de la villa ruedo unos cien metros por una calle silenciosa, doblo una esquina y escucho el ruido de un automóvil que se pone en marcha. En seguida veo dos faros deslumbrantes clavados en el retrovisor. Me persiguen. Acelero y ruedo a toda velocidad por las calles desiertas y oscuras. No sé cómo desemboco en una autopista. Me lanzo a toda velocidad, alejándome del coche negro de mis perseguidores. A la salida de una curva me desvío por un camino lateral. Entro en él derrapando. Recorro todavía un kilómetro y ante una nueva curva descubro que voy a demasiada velocidad. Trato de frenar. Hay unos faros que me deslumbran, y me siento impelida hacia delante...

Abro los ojos y me enfrento con una totalidad blanca, difuminada. No sé nada, no recuerdo nada, y

sin embargo conozco las cosas a medida que las voy descubriendo.

Estoy en la cama de un hospital. Entra una enfermera. Me dice algo sobre un accidente. Tengo que rellenar unos formularios. En el coche llevaba una cartera negra con cierres de seguridad que ellos no han abierto. Sale de la habitación. Apenas cierra la puerta salto de la cama. En un armario empotrado descubro un vestido colgado. Debe ser mío. Tiene una pequeña quemadura producida tal vez por un cigarrillo. Me visto. Salgo a la calle. Camino.

He llegado a una plaza con un pequeño parque en el que juegan varios niños. Me siento en un banco. Cuando levanto la vista hay frente a mí un hombre que me mira. Consulta el reloj y exclama:

—Quince minutos de retraso. Vamos, la están esperando.

Me levanto como un autómata. Doy apenas unos pasos y él abre la portezuela de un automóvil. Subo. El chófer arranca...

RR
25

DULCE, QUERIDISIMA MAMA

EL LARGO VIAJE

EL CAZADOR

UNA CONVERSACION SOBRE GENETICA

LA MANDRAGORA

FANTASMA PARA UN APARTAMENTO

LA MALDICION DE LOS HOLSTEIN

LABERINTO SIN FINAL